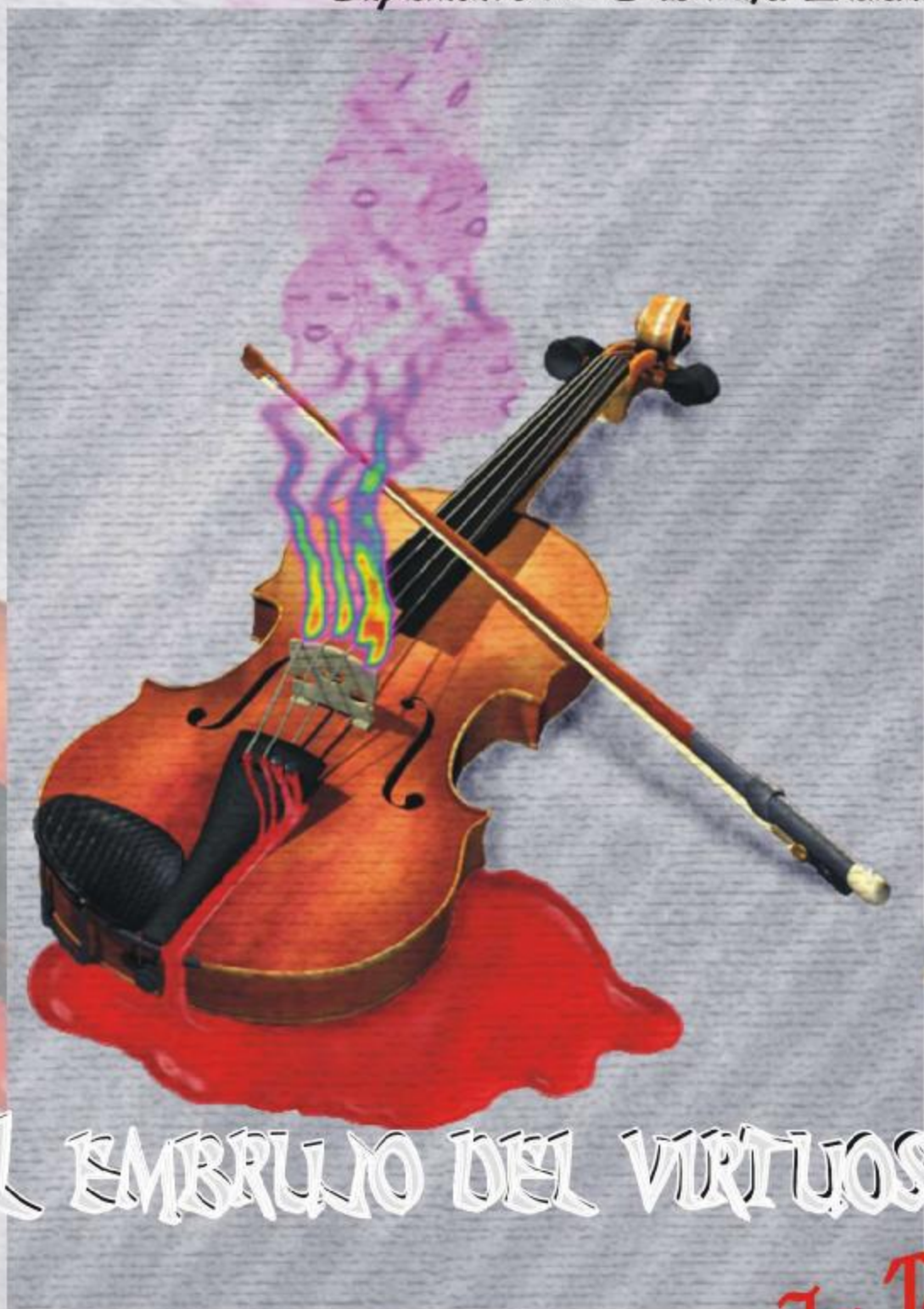




ridano

Suplemento Nº 8 de Alfa Eridiani



EL EMBRULLO DEL VIRTUOSO

Y otros relatos de Terror



ISSN: 1696-6538



EL EMBRUJO DEL VIRTUOSO Y OTROS RELATOS DE TERROR

Editor: José Joaquín Ramos de Francisco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustradores: Cucha (Ruth Miralles), Enzo Milone, Ferrán Clavero, Gustavo Felix Claramunt, Isabel Sánchez, Marina Muñoz, Mauricio-José Schwarz y Fernando León González.

Subido a la red en noviembre de 2004

Aviso Legal Importante:

Los contenidos del presente suplemento, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ERÍDANO. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ERÍDANO y su logo son © del equipo editorial.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ERÍDANO.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir este suplemento siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite se hace en el contexto de la obra escrita que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

PRÓLOGO por Fabián Álvarez López.....	3
DEL HOMBRE DE NEGRO Y EL JOVEN CON UNA NAVAJA EN EL CALLEJÓN por Sergio G. Bayona Pérez (ilustrado por Enzo Milone).....	5
TUS ZONAS ADORADAS por Ricardo Castrilli (Ilustrado por Isabel Sánchez).....	7
UNA VISIÓN PARTICULAR por Franco Arcadia.....	9
EL SECRETO DE ANDREA por Alfredo Álamo	12
EL SOBRE NEGRO por Francisco Ruiz Fernández (ilustrado por Ruth Miralles).....	15
EL MONSTRUO por José M. Sala Díaz (ilustrado por Isabel Sánchez).....	17
EL EMBRUJO DEL VIRTUOSO Por Alfredo Álamo	22
DE TODO CORAZÓN por José Antonio Suárez (ilustrado por Ruth Miralles).....	26
ALFONSITO ESTÁ SEGURO por Santiago Egido Arteaga.....	34
UN DULCE AROMA A FLORES ULTRAVIOLETA por Jorge De Abreu (ilustrado por Isabel Sánchez)	46
DANZAS por Alfredo Álamo (ilustrado por Mauricio-José Schwarz)	48
EL DESPERTAR DE LA BESTIA... por Daniel Gianatti.....	50
REVENTANDO por Javier Álvarez Mesa (ilustrado por Fernando León González Y Felix Claramunt).....	51
LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS por José Carlos Canalda Cámara (ilustrado por Marina Muñoz)	68
FELIZ NAVIDAD por José Antonio Fuentes Sanz.....	78
UN MUNDO DE SOMBRAS por Adriana Alarco De ZadrA.....	91
EL CADÁVER EXQUISITO por Rubén Mesías Cornejo	101
PRISIONERO por Graciela Inés Lorenzo Tillard Y Fabio Ferreras.....	105
LOS EXPLOTADOS por Sergio Gaut Vel Hartman	110
DESPERTAR por Francisco Ruiz Fernández.....	121



PRÓLOGO

por Fabián Álvarez López

Estimado lector:

Parafraseando a Lovecraft, digamos que lo terrorífico es aquello que una vez fue familiar, y ha sido olvidado. Recordemos a Machen, que decía que el horror es una rosa que canta. En este Eridano terrorífico, que me ha pedido prologar José Joaquín, y a lo que accedí con bastante nerviosismo, hay de todo, como en botica o en bodega.

No me atrevo a dar una fecha de nacimiento para el terror en la literatura, pero sí sé que es fácil encontrar rastros, sombras, pistas, manchas de sangre y de otros fluidos en textos muy antiguos. Me pregunto si hay mucha distancia entre la brutalidad de las tragedias griegas, tantas veces olvidada o comentada de pasada, como si fuera un pariente al que no se quiere ver, y la sombría y barroca acumulación de horrores que presentaba al espectador el maestro del teatro jacobeo, John Webster.

¿Dónde se encuentra la frontera entre aquellos horrores que se presentan para provocar un efecto moral en el lector, y aquellos que son puro entretenimiento morboso? ¿Existe tal frontera? Sade afirma en el prólogo de una de sus obras, que a menudo se le ha acusado de pintar el vicio con colores demasiado vivos. Y él responde que, si hace tal cosa, es para que se le vea con claridad y, reconociéndole, se le tema y no se le ame. Aunque podamos, y quizá debamos dudar de la sinceridad de tal afirmación, viniendo de alguien tan malicioso como el Marqués, no hay nada de descabellado en sus palabras.

No quiero, la verdad, presentar cada relato uno por uno, porque soy partidario de la inmersión directa en el texto, sin salvavidas, pero si voy a adelantarte, estimado lector, que estoy casi totalmente seguro de que aquí encontrarás algo para satisfacer el deseo que te ha traído hasta estas páginas, sea cual sea. Tras este prólogo acechan vampiros y otros seres de la noche, oscuros rituales necrománticos, y crueldades dignas de la imaginación de un Poe, un Lovecraft (otra vez el maestro de Providence, dirá alguno... pues sí, otra vez), un Huysmans, un Sade, o un M.G. Lewis...

Si alguien encuentra extraña la falta de nombres españoles en esta lista, se debe a mi prácticamente total ignorancia en el terreno del cuento de terror en español. Estudiar una filología que no es la de la lengua propia en ocasiones tiene efectos secundarios, uno de los cuáles suele ser el perder el



contacto con la literatura en la lengua de uno mismo. Mencionaría a Jorge Luis Borges, pero él es tan grande que encasillarle como escritor de terror es hacerle un flaco servicio. Aunque lo mismo se podría decir de varios de los autores mencionados...

Al hacer un prólogo no se deben tener favoritos, me han dicho, pero una vez leídos todos los relatos con detalle, yo me quedaría con *De todo corazón*, de José Antonio Suárez. Dejadlo para el final, si de todos los consejos que os he dado, queréis seguir tan sólo uno.

Para terminar, tan sólo deciros que disfrutéis de *El Embrujo del Virtuoso y otros relatos de terror*, y... no seáis confiados en entregar las llaves de vuestro espíritu, no sea que se cuele dentro algo... repelente.

© Fabián Álvarez López

Fabián Álvarez, nacido en 1974, es estudiante de Doctorado, y Licenciado en Filología Inglesa, por la Universidad Complutense, en las especialidades de Literatura Inglesa y Literatura Norteamericana. Sus obras han aparecido en varias revistas electrónicas, entre ellas *Pulsar* y *Alfa Eridiani*, así como en el *Sitio de Ciencia-Ficción*. Cultiva la poesía, y la prosa de fantasía, terror y ciencia-ficción, así como terrenos más afines a la literatura mayoritaria.



DEL HOMBRE DE NEGRO Y EL JOVEN CON UNA NAVAJA EN EL CALLEJÓN

por Sergio G. Bayona Pérez

ilustrado por Enzo Milone

Las nubes se cierran sobre la oscuridad de la noche y la quietud se enseñorea de las calles de la ciudad. El silencio pesa en todos los callejones.

De un oscuro rincón se oye el ruido de una botella rota y el bufido de un gato asustado. De ese callejón sale un golpeteo seco de tacos contra el pavimento y un rumor de cadenas contra cuero reptante entre la basura desparramada.

El gato maúlla dolorido y sale del callejón, seguido por un joven en campera de cuero negro y pelo brillante, con los colores del arco iris. Unas profundas ojeras enmarcan sus ojos y una gran navaja cerrada descansa en su mano derecha. Su risa, algo gangosa por el alcohol, se apaga de repente y la sonrisa se le congela en una mueca de placer. Frente a él está de pie un hombre, alto y enjuto, de pálidas facciones, ojos inyectados en sangre como un alcohólico trasnochado y cabello negro peinado hacia atrás, a la gomina, como hace tiempo se estilaba. Sus ropas están ocultas por una larga capa, sostenida por sus manos de dedos largos y fibrosos. Bajo ellas se ven sus zapatos negros muy lustrosos.

—¡Hola, gardelito! —dijo el joven con una navaja entre hipos— Buena hora para tomar algo —agrega mientras pulsa su navaja y sale la delgada hoja afilada con un chasquido cargado de siniestros augurios.

Los labios del hombre de negro se curvan en una sonrisa ansiosa, dejando ver unos dientes parejos, enormes, blancos, biselados.

—Sí, es cierto —murmura el hombre de negro. Alza sus brazos desplegando la capa, en ademán de bienvenida.



ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 8



La oscuridad cubre el joven con una navaja como una nube al sol y se escucha un suave sonido de succión.

Más tarde, el gato vence su miedo, gana su curiosidad. Se acerca al joven caído en el callejón y comienza a lamer un resto de sangre que le sale de ambos orificios en el cuello...

Moraleja: poné cuidado a quién invitás a tomar algo.

© Sergio G. Bayona

Sergio Bayona nació en Paraná hace 39 años y comenzó a leer cf a eso de los once, pero no sabía que era cf, hasta que se hizo más grande y empezó a comprar y a discriminar lo que compraba. Es técnico aeronáutico y Regente de una escuela técnica de su ciudad natal. Ha publicado en [LiterArea](#) de [QuintaDimension](#), [Axxon](#), [Golwen](#) en el Boletín de [CCF](#) y por supuesto en [Alfa Eridiani](#). En el 91, ganó sendas menciones especiales, una en [Cuasar](#) y otra en la ya desaparecida revista *Tierras Planas*.



TUS ZONAS ADORADAS

por Ricardo Castrilli
ilustrado por Isabel Sánchez

Ante todo, tus manos, esos instrumentos misteriosos que vagaban por mi piel dibujando maravillas, encendiendo fuegos fatuos como duendes traviesos, casi como si de veras poseyesen vida propia. Separadas del resto de tu cuerpo.

Es curioso: mientras evoco los placeres recibidos, Robin se frota contra mis piernas alternando maullidos y ronroneos. Juraría que, a su manera gatuna, está evocando esas caricias tuyas que jamás le resultaban demasiadas. El también te extraña.

Luego tus brazos, por supuesto. Los nexos. Con tus manos, jamás podré ir más allá de la sospecha; nunca sabré si respondían a tu voluntad o estaban, realmente, dotadas de albedrío. Si cuento, en cambio, con la certeza de tus brazos como nexo perfecto, vectores infalibles que las colocaban en el lugar y momento óptimos. Eras Circe, la Hechicera, armada con dos varas poderosas, y no una. Dos, asombrosamente conjugadas para hacer de cada hechizo una obra de arte.

Paso por alto tus hombros. No puedo entretenerme en cada detalle, o esto durará más de lo prudente. Paso al cuello, ése sí, el nexo de los nexos; y, de allí, directamente y con poca labor, a tu cabeza. Me demoro en tus cabellos, que me atrapan, como siempre, y una vez más escapo a mi pétreo destino merced a tus ojos, espejos que liberan mi mirada del encantamiento. De nuevo aparece la imagen de Circe, disfrazada de Gorgona. Llego a tu boca, y vuelvo a preguntarme por qué pronunciaste las palabras fatales, ese viejo y gastado parlamento de la magia que se fue, y todo eso. Lo siento; no pude soportarlo.



Y, sin embargo, tenías razón. La magia se acabó, y ya no estás, aunque yo juegue mi última baza aquí, recorriendo a mi manera solitaria tus zonas adoradas, evocando el hechizo particular en cada una. Voy a recordarte, mi pequeña Circe, por el resto de mis días. A mi manera, por supuesto; no hay nada que puedas hacer respecto a eso. Hasta es probable que termines en un altar, junto a las otras, muy pocas, de mi panteón interior. Una vez adentro, mis deidades no son celosas; siempre habrá sitio para una más. Yo sólo debo sentarme a esperar. Fatalmente, veré cómo tu icono va perdiendo sus



aristas terrenales, a cada día que me aleje del hoy y de ese ayer aún reciente en que las magias todavía funcionaban. Ya he vivido ese proceso. Primero es un barniz piadoso que mantiene tu envoltura a despecho de las fuerzas que conjuran en secreto, combinando caracteres ideales y reales; nada sé de lo que pasa en el caldero, pero siempre intuyo el resultado: el barniz se resquebraja, entreveo un resplandor por entre las rendijas y tu figura parece desdibujarse. Pero es sólo por un momento; el fénix surge desde adentro, devorando los fragmentos y dando paso al producto final: el Modelo Perfecto, extraído de mi biblioteca personal de arquetipos. Quién sabe cómo. ¡Ah, pequeña...! El tiempo obra maravillas en mis almacenes. Resignado, no tendré más remedio que asistir a esa implacable metamorfosis en la que mi memoria será despojada del menor vestigio de tus fallas y defectos, de tus gritos y egoísmos, exigencias insensatas y reclamos. Quedarán expuestos y en vidriera, en su lugar, los mágicos momentos de armonía, las promesas cumplidas, las caricias. Impotente, veré cómo se esfuman la verruga pequeña tras la oreja y esas otras nimiedades que te conservaban terrenal, para dar paso al recuerdo hiperrealista de la maravilla etérea de tu piel fresca después de la ducha, de tu aroma indescriptible en la danza previa al amor. Ritos interiores de desmembramiento y rearmado selectivo. Sólo lo mejor. El modelo terminado lucirá, bello, resplandeciente y a salvo, ya, de todo, en el altar. Como una perfecta cabeza de jabalí en la pared de la sala.

Descubro que, pródigo en reflexiones, me he traicionado a mí mismo y he, casi, terminado la tarea sin acompañarla con las evocaciones rigurosas que me había propuesto. Sin embargo, creo que es mejor así. No hubiera soportado un trayecto consciente por tus pechos indescriptibles, por tu vientre anhelado. Es mejor así. Mecánicamente, ya casi he concluido. Las bolsas negras aguardan por su dispersión final, y yo soy el despachante.

Antes de cerrar la última, me alcanza una inspiración. Con un par de incisiones decididas, te extraigo el hígado y se lo doy a Robin, que se aleja, agradecido.

El también te extraña.

© Ricardo Castrilli

Ricardo Castrilli nació en Buenos Aires en 1951. De formación heterogénea, incursiona en ciencias, técnica, música y letras. En 1981 se radica con su familia en la Cordillera de los Andes. Distinciones literarias: *Certamen Municipal Cuento y Poesía*, *Concurso Cuento Breve Fundación Cooperar*, *Premio Isidro Quiroga*, *Concurso de Cuentos Banco Provincia de Neuquén*. Trabajos publicados: en [Axxon](#), y en antologías *EL LUNES A LOS OCHO* y *FICCIONES EN LOS 64 CUADROS*.



UNA VISIÓN PARTICULAR

por Franco Arcadia

Otro día en el paraíso... ¡Qué buen título para una canción!

No, mejor no, no quiero que nada enturbie mi visión de ese maldito día.

Lo primero que pensé aquella vez al despertar fue: ¿con qué sorpresa me toparé hoy? Porque esos últimos días las novedades se sucedían amontonándose. Cada una mejor que la otra, eran caricias a la perfección.

Yo me sentía feliz. Todos éramos felices, cada uno a su manera. Y hasta parecía que, sin necesidad de hablarnos, nos organizábamos para darles la bienvenida a los que iban llegando. Por eso no nos asombramos al ver al nuevo vecino.

Era raro, bastante diferente a los demás, y eso lo hacía especial. ¡Sí! Más aún, me cayó bien de entrada, que sé yo, parecía bueno, ahí medio indefenso, medio perdido... no sé, hasta podríamos decir que me inspiraba ternura. Sí, dije ternura, porque yo también...eh, ¿en qué estaba? ¡Ah, sí! Cuando lo vi me deslicé un poco, como quien no quiere la cosa, con sigilo digamos, para ver si me registraba, pero nada, estaba en otra cosa. No me desesperé, todos al final, fueran como fueran, acababan conociéndome.

Expectante, lo estudié con curiosidad. Se la pasaba mirando para todos lados, como hicimos todos al principio, pero especialmente miraba para arriba, con una mezcla de intriga y inquietud...

Y ahí ya tuve la primera mala señal, como una vibración (de las feas) que me recorrió el cuerpo de punta a punta. Creí que era idea mía, pero pronto noté que el recién llegado estaba peor que yo, ya que parecía retorcerse de dolor. Ahí nomás el miedo me ganó y recé deseando mi error.

Fue la última vez que recé.

Porque la vi venir. Como de la nada, regándolo todo con su inquietante hermosura. Era tan linda que nos opacó por completo y, para que lo voy a negar, esa belleza inédita me tiñó los ojos de un color desconocido.



Con gusto amargo, me hundí en el delicioso refugio de mi árbol favorito, pensando en que, tal vez, ella era un error. ¡Sí, un error! ¿Por qué, no? Todos nos podemos equivocar, y cuando digo todos no hago excepciones.

Aposté a que alguien se diera cuenta, quizá el muchacho, que acababa de notar su presencia. Cuando vi que la señaló boquiabierto, mis esperanzas crecieron hasta desbordarse. ¡Claro, él iba a dar la voz de alarma y todo se iba a arreglar! Podríamos seguir viviendo en perfecta armonía, como si nada hubiera pasado... Pero no...

Fue tan sólo un instante. Un instante, apenas, lo que demoró en abrazarla y rendirse a sus pies. Mientras él agradecía de cara al cielo, ella, sin inmutarse, entrecerró sus ojos derrochando astucia. Ni siquiera intentó camuflar su mirada. Solamente estiró sus brazos, para tratar de abarcar todo su reino.

De un preciso empujón se sacó de encima a su endeble compañero y, sin perder tiempo, se dedicó a explorar sus nuevos tesoros. No quería perderse ninguno, de cada uno quería saborear un mordisco. Como antes lo hacían de mí, hasta los seres más amistosos huían de su camino. Con sólo mirarlos una vez podía conquistarlos. Era tal su influjo, que algunos parecían querer imitarla. El felino le copió su curiosidad tanto como la gacela su andar elegante.

Yo sería la excepción me prometí, mientras notaba como cada uno de sus pasos, al acercarse, hacía agigantar mi adrenalina. Ni siquiera me importaba que el muchacho la siguiera con docilidad. Ya el tema era entre ella y yo...

Lo admito: la odiaba.

Al tenerla frente a mis ojos, irónicamente pensé que nos parecíamos y hasta me descubrí poseedora de una maldad que yo no conocía, pero que fluía incontenible.

Mas me ignoró por completo. Sólo parecían atraerle las rojas riquezas que me rodeaban.

Mientras el cielo parecía proteger al sol tras oscuros copos de algodón, ella, impetuosa, estiró su brazo hacia el árbol.

—¡No! —bramó una voz poderosa.

Y todo se detuvo, envuelto en un silencio jamás escuchado. Ni las nubes se animaron a avanzar.



—¡No! ¡Ese no! Cualquiera, menos ese...

Por primera vez, en sus ojos se reflejó el temor. Se desconocía así, tan vulnerable como limitada. Inmersa en la más perversa confusión, noté que algo la empujaba, tal vez su infinito orgullo, a no retirar el brazo.

Sin mover más que sus ojos, nuestras miradas se cruzaron...

Era mi oportunidad para cambiar la historia.

Mi chance de ser recordada eternamente... ¿por qué no?

Apenas tuve que asentir.

Mientras ella, sonriéndome, clavaba sus dientes, yo saboreaba la fruta de la inmortalidad.

El jugo en la comisura de sus labios se transformaba en el sudor de su frente.

La deseosa mano extendida del hombre ya anhelaba la gloria del poder.

Fue mi instante de cielo.

Y aún no terminó.

© *Franco Arcadia*

Franco Arcadia nació en Buenos Aires, Argentina, una brumosa noche de Mayo del 73. Desde su infancia se mostró atrapado por la música y la literatura de los cuales nunca más logró librarse. Eternamente recorre laberintos donde persigue a la inspiración, con suerte dispar, para invitarla a sus cuentos. En la actualidad se murmura que acaba de publicar su segundo libro *EMOCIONES DESHILACHADAS*.



EL SECRETO DE ANDREA

por Alfredo Álamo

Andrea estaba cazando. Sola por el bosque de Endropos mientras en el cielo una luna lenta la guiaba. Los diminutos Schirrps cantaban ausentes sus reclamos amorosos. En los hormigueros se preparaban para recolectar el rocío.

El estanque rojo solía ser un buen sitio para acechar a las presas. Acudían a beber animales de todas las especies del bosque, Andrea los vigilaba, elegía al más débil y lo seguía con paso ligero a través de los laberintos del bosque. Andrea cazaba bien. Hacía varias noches que no había sentido el hambre, pero cuando la luna amarilla se hinchaba preñada en lo alto, Andrea sentía como si la tripa se le rompiera de hambre. Entonces tenía que correr entre los árboles, revolcarse por las hojas caídas, beber de los arroyos y clavar sus ojos en una presa caliente y suave. Si, siempre, caliente y suave.

A Andrea le gustaba cazar.

Una gársila acababa de acercarse a la orilla. A Andrea no le gustaban las gársilas, llenas de pinchos y garras por todas partes. Si te descuidabas, una de esas podía rajarte la cara y las manos al intentar atraparla. Unos pequeños harsops trinaban con la gársila. Demasiado pequeños para servir de cena. Andrea suspiró, era pronto. Todavía quedaban presas que venir. Las estrellas formaban espirales que se entrelazaban, el viento silbaba en forma de brisa. Las hojas recitaban sus poemas en idiomas perdidos. Andrea sonreía mecida por el bosque. Unos pasos turbaron las palabras de las hojas. Alguien más se acercaba al lago. Andrea se tensó y su respiración se hizo más lenta.

De entre los árboles surgió un palok. ¡Un palok! Andrea no había visto uno desde hacía varias estaciones. Eran una presa fácil de sabor exquisito. Y este parecía ser una cría. Una cría perdida en el bosque. Andrea se relamió.

Unas cuantas nubes cerraron el cielo claro mientras la cazadora bordeaba la orilla hacia el palok. Éste miraba a su alrededor, asustado, pero la sed que debía sentir hacía que se acercara a la orilla. A terreno descubierto. La gársila resopló y se alejó del palok. Los harsops trinaron con más fuerza antes de levantar su gordo y pesado vuelo tras la gársila. El palok se arrodilló delante de la orilla y empezó a beber. Andrea decidió que atacaría cuando el



palok estuviera a punto de terminar. Es cuando todos se volvían más vulnerables.

El palok engullía el agua con mucha ansia, debía de estar sediento. Andrea se puso detrás de él sin hacer el menor ruido. La gársila arrancó a correr. El palok se dio cuenta entonces de que algo no iba bien y trató de levantarse. Lo más que consiguió fue un violento golpe en la base de la nuca. Andrea se lanzó encima de él e inmovilizó sus piernas. Le pasó el brazo por al base del cuello y presionó para estrangularle. El palok intentaba librarse, pero era demasiado pequeño para ella. Poco a poco le abandonaron las fuerzas. Andrea emitió un aullido de triunfo antes de hundirle los dientes en el costado blanquecino. El palok gimió pero ya no le quedaban fuerzas ni para gritar.

Después de alimentarse Andrea se sentía bien. La luna volvía a iluminarla. El bosque volvía a la vida. Cuando los depredadores comen, los bosques respiran aliviados. Andrea miró los restos del palok. Los empujó hasta el lago. Se limpió con el agua de la sangre y el barro y se internó de nuevo entre los árboles. Ésta vez buscó el sendero, el camino de rocas que llevaba hasta la madriguera. Recogió sus ropas rojas en el árbol hueco cerca de donde las termitas hacían su guerra. La noche parecía tan eterna.

En la madriguera la chimenea humeaba sin cesar. Las luces estaban encendidas. Andrea estaba cansada. Le hacía falta descansar. Abrió la puerta de casa.

—¡Andrea! Llegas tarde —dijo su madre desde la cocina.

—Estaba dando una vuelta, madre —dijo Andrea.

—Le has llevado la comida a tu abuela, supongo —preguntó su madre saliendo a su paso.

—Sí. Pero ahora estoy muy cansada. No tengo hambre —suspiró Andrea— ¿puedo irme a dormir?

—No sé, no sé. Últimamente comes muy poco. —Andrea la miró desconsolada—. Bueno, va. A la cama. Pero luego no te levantes a media noche con hambre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo mamá —dijo alegre Andrea subiendo las escaleras.

—Ah, por cierto, Andrea. ¿Has visto a tu hermano por el bosque?



—Creo que me lo he cruzado. Pero no sé dónde iba.

—Ojalá fuera como tú, Andrea. Un día se perderá en ese bosque.

Andrea subió los escalones hasta su cuarto. Abrió la puerta de la habitación y se tumbó en la cama de su hermano, donde la luz de la luna, al entrar por la ventana, le daba en la cara. Escondió el cuchillo debajo de la almohada. Por si a media noche se levantaba con hambre.

Y mientras Andrea se dormía los Schirrps cantaban de nuevo y las gársilas corrían despreocupadas por el bosque. En la madriguera la madre esperaba impaciente a su cría mientras la comida se enfriaba en la cocina.

Que frágiles son los cristales con los que se construyen los sueños. Y qué afilados cuando se quiebran.

© *Alfredo Álamo*

Alfredo Álamo, Valencia (1975). Ha publicado en diversos medios digitales como [Axxon](#), [Tau Zero](#), [Qliphoth](#), [Ma-Ycro](#) y [Alfa Eridiani](#) y otros en papel como [Fobos](#) y [Revista 800](#), está última también accesible desde Internet.



EL SOBRE NEGRO

por Francisco Ruiz Fernández
ilustrado por Ruth Miralles

Hoy he encontrado un sobre negro entre el correo, dirigido a mí. El nombre está escrito con rotulador blanco; la caligrafía es delicada, preciosa. No tiene remitente, pero reconozco la letra: es de mi madre.

La carta es breve y extraña. Tras leerla me quedo helada: no tiene ningún sentido, no puede ser... Tiene que ser una broma. Cruel, muy cruel.

Mi madre llevaba enclaustrada dos años en su piso, por deseo propio. Sufrió una necrosis terminal, provocada por el tabaco y agravada por una predisposición genética. Murió sin brazos ni piernas, amputados en un horrendo intento de alargar su vida. Tras la autopsia nos dijeron que en el momento de su muerte no era nada más que un saco de gangrena: todas las vísceras estaban reblandecidas y purulentas, a punto de deshacerse. Como aquella boca suya, atorada por esa lengua hinchada y negruzca.

Los médicos aun se preguntan como pudo aguantar las últimas semanas.



Mi madre murió hace hoy siete días. Esa misma fecha marca el matasellos.

Una broma, brutal, cruel, salvaje... únicamente puede ser eso.

Un sonido me arrebató de mis lúgubres pensamientos: el timbre de la puerta. Con temor irracional me acerco al recibidor. Algo tira de mí, pidiéndome desesperadamente que no abra. Pero tiro de la manilla. No hay nadie al otro lado. *Todo debió ser fruto de mi imaginación*, pienso para tranquilizarme.

Entonces, como surgida de la nada, una brisa hedionda golpea mi cara. Todo se vuelve negro. Un susurro a mis espaldas: *Marta, estás preciosa, y eso me alegra: gracias por*



tu regalo. Es la voz de mi madre.

Recuerdo las escasas palabras escritas en la carta:

»Querida hija, espero que goces siempre de perfecta salud, no como yo. Esta tarde me voy a pasar a visitarte. Te tengo preparada una sorpresa. Y gracias por tu regalo.

Gracias por tu regalo.

No puedo hablar. Menos aun chillar. Ni patalear. Ni moverme. No tengo con qué hacerlo. Siento horriblemente tersa la piel de mis muñones. Y el olor a putrefacción es tan embriagador...

© Francisco Ruiz Fernández

Txisko, aunque actualmente afincado en Madrid, es del norte húmedo y boscoso. Desde crío tuvo cierta afinidad con lo fantástico, en concreto con el género del terror. No es extraño que, una vez leídos numerosos libros de dicho género, diera el paso a la escritura. Ha publicado tanto en formato electrónico ([Alfa Eridiani](#), [Axxon](#), [Katarsis](#), [Púlsar](#), [TauZero](#), [NGC 3660](#)...) como en papel Solaris (reseñas), Valis y [Revista Ochocientos](#) (también en formato electrónico).



EL MONSTRUO

por José M. Sala Díaz
ilustrado por Isabel Sánchez

El bermejo de su pelo enmarañado se funde con mis manos atezcadas, enérgicas e impasibles a cualquier súplica. Sus pómulos maquillados se ruborizan, para un segundo después contraerse de desesperanza. Mis dedos sellan sus encarnados labios húmedos, teñidos sin duda por alguna pincelada afrodisíaca. Todo su frágil cuerpo tiembla ante mi abrazo, titila como un recién nacido al borde de la angustia. El verde esmeralda de sus ojos se enturbia por las lágrimas, que en silencio comienzan su caída imparable hacia el cuello adornado con exóticas girdas. El negro de sus retinas se convierte en un vacío abismal, en un pozo sin fondo donde puedo ver reflejado mi rostro, sudoroso al igual que mis manos, temblorosas. Veo en su cara contraída mi frente amplia y mi sonrisa sarcástica, casi diabólica. Mi cuerpo desnudo es musculoso, atlético, perfecto. Todo él se halla inmerso en lo que estoy haciendo, cada nervio de mi cuerpo se halla contenido en los brazos que asfixian esta diminuta e inocente vida. Sus cabellos danzan sobre la almohada, desperdigándose por toda la cama como un líquido expandido sobre la colcha. Las gotas saladas continúan saltando en su loca carrera hacia la nada, hacia las sábanas blancas y escarlatas para fundirse en su tela limpia y seca. Oigo un gemido, siento cómo su boca intenta abrirse ante mis dedos silenciosos y fuertes. Suplica con un borboteo de quejidos, lo suficientemente bajos y agudos como para no oírse más allá de la habitación que nos rodea. Atenazo más a mi víctima, y poco a poco todo su cuerpo deja de moverse. Los pómulos llenos de vida se convierten en dos trozos de piedra, amoratados y grises como la muerte misma. El rostro se contrae, desiste a la inútil lucha que se le presenta. Los ojos profundos se convierten en cuencas vacías, en bolas de grasa ocular condenadas a la desintegración del tiempo. Uno, dos, tres parpadeos antes de quedar semicerrados para siempre. Sus pupilas no son ahora más que una mancha en su cara bella y muerta, fúnebre y triste.



Continúo pegado a ella, incluso llego a encoger mi cuerpo y compartir con ella el crujido de los muelles de metal, tan molestos y chirriantes como



sólo ellos podrían serlo. Pego mi oreja a su cabeza, adhiero mi mente a la suya tratando de encontrar algún atisbo de vida. Mi mano derecha se posa con suavidad entre su pecho descubierto, y compruebo que su corazón ya no existe, que dejó de existir apenas hace unos segundos. La prostituta ahora no es más que un despojo de la tierra, otro magnífico cuerpo con el que alimentar mi atormentada alma. Me levanto con lentitud del lecho de su cansancio, y para desgracia compruebo que no todo ha salido perfecto. Mis manos conservan cierta saliva de la joven, impregnadas de un certero tono sanguíneo, que me apresuro a limpiar. Mis piernas por fin consiguen cobrar su rectitud, y observo la habitación que me ha sido prestada durante una hora escasa.

Sobre mi cabeza una lámpara desprende su destello ámbar, tan sucio y grasiento como el ambiente que se respira en el aire. El cuarto es pequeño, tan pequeño que hasta yo creo empequeñecer. Las paredes son del color ébano de la madera, pero mi nariz aspira y descubre el marrón dorado que las cubre. Saben a plástico impregnado de enfermedades venéreas, enfermedades que a mí jamás me afectarán. Las esquinas donde se acumula el polvo y la humedad huelen a tabaco, a sudor, al alcohol derramado por las juergas nocturnas, consumido por los clientes de este lugar lleno de malicia. La luz que mantiene débilmente iluminado este antro de caos se mueve con debilidad, como un péndulo dorado sobre mi cuerpo plagado de matanzas como ésta. En ocasiones se mantiene un instante hacia la derecha, descubriendo un rincón oscuro y tejido por telarañas. Al cabo de ese minúsculo tiempo, vuelve a girar, mostrando la escena que vengo representando desde que tengo memoria. Mis músculos se relajan una milésima, acompañados del sabor aún reciente de la victoria nocturna.

Mis ojos continúan recorriendo la malsana estancia, el triste alojamiento para conseguir un alimento rápido ajeno a ojos traviosos y esquivos. La mesa que hay en la esquina rezuma antigüedad, tanta como el ruido de desagüe que recorre el techo cada media hora. La silla es decrepita, inservible para descansar, cosa que yo no deseo, ni que tampoco necesito. Sobre ella descansa mi bolsa, al borde del precipicio, al borde del choque con el sucio suelo que apesta a licor barato y a lágrimas humanas. Las palabras susurradas a través de mis labios deshacen los hechizos que la protegen contra manos desconocidas, las delgadas hiladuras que la mantienen sellada se deshacen, abriéndose como el lazo de una trampa a ojos del cazador experto.

Mis manos escudriñan el oscuro abismo que se esconde tras la piel cosida, que da significado a mi equipaje y también a mi vida. Mis dedos alcanzan la vasija de arcilla, al igual que las bolsas de plástico que ocultan la esencia de las cosas. Las deposito en la mesa rancia y áspera, a la vez que la lámpa-



ra se desplaza iluminando mi presa muerta tendida en la cama, cuya sangre, por fortuna, aún está por derramar.

Por último, la pipa de vidrio tintinea como una campanilla de visita, como una bienvenida alegre y jovial aunque los años de experiencia comiencen a pesar bajo mis espaldas. Arrojo la bolsa vacía al otro extremo de la habitación, la arrojo lejos, donde no pueda estorbarme. La silla, como ya he mencionado, no sirve para lo que se hizo, y a pesar de mi asquerosidad me agacho, sentándome con las piernas cruzadas en el suelo pestilente de orina y vello femenino. Mis brazos se estiran como correas enloquecidas, hacia delante y hacia atrás; los músculos de mi cuerpo se contraen, se enfurecen, a la vez que mis ojos contemplan la cama deshecha y su dueña fúnebre.

Mi mano derecha se introduce en el pequeño saco, mientras que la otra coloca frente a sí los instrumentos necesarios para la macabra función que presido. La barra de tiza es pequeña, gastada por el paso del tiempo y las ceremonias sucedidas en las oscuridades nocturnas. Mi mano forma un arco frente a mí, mientras que la tiza sigue el timón de los dedos y va marcando el círculo transformador, esencial y distinto para cada noche de luna llena. Cuando termino las yemas de mi índice y pulgar se hallan empolvadas de fino polvo blanquecino, que me apresuro a limpiar en mi torso. La barra de pintura se fragmenta ante un insignificante esfuerzo, y me limito a sonreír mientras que todo da comienzo.

Las pequeñas bolas sustraídas de la bolsa izquierda se colocan en línea recta, en una fila india que ni apruebo pero que tampoco corrijo. Abro el orificio de la pipa, alcanzo los diminutos balones y los introduzco en la negrura circular, mientras que oigo a esas esponjas esféricas caer, una a una. La llama de fuego surge de mi brazo, su lengua ardiente recorre toda mi extremidad hasta llegar al cilindro y calentar el agua que en su interior se oculta, inmóvil. Mientras que la droga se disipa en un mar líquido la vasija se deposita frente a mí, a la vez que extendiendo con no poca dificultad el contenido pardo y rojizo de las demás bolsas. Nada más caer provocan un levantamiento de polvo anaranjado, que tras unos instantes vuelve al resto sólido, a la vasija de los conjuros y las pociones antiguas.

El vapor surge del orificio de cristal, y mis labios secos aspiran el contenido de una bocanada, sin dejar tiempo a la respiración. El *extroxilon* se desliza por mis bronquiolos, cae sin resistencia hasta llegar a los pulmones, a la sangre y al sistema nervioso. Mi cabeza se encoge, arde en un mar de llamas artificiales, pero consigo aguantar y vuelvo a chupar el delicioso vapor de la ambrosía. La droga se adhiere a mi cuerpo como el cangrejo a su tumba, como las dúctiles almejas a la fina concha de sus vidas. Con los ojos entur-



biados por el goce y el furor que crece en mi interior, y conociendo el incorregible proceso, me dejo respirar a mí mismo, y mis labios se abren para depositar parte de ese barro en la vasija, mezclándose el vapor que allí flota con el contenido sólido y cristalino de las bolsas. Los cristales estallan al poco tiempo en débiles crujidos, y mi nariz enrojecida aspira el resultado de esa diabólica mezcla, con el sabor aún amargo de la anterior prueba.

Termino pronto, y todo mi cuerpo permanece quieto, aunque incontrolable. Mi corazón bombea más rápido, no se detiene ante nada y avanza como una locomotora, ajena a la precaución de la sabiduría. Mis piernas emiten un gemido cuando todo mi ser se levanta, se erige en la habitación de destellos amarillentos y tristes. El péndulo de ámbar continúa danzando sobre mi cabeza, impasible a los acontecimientos que allí se presentan.

Respiro. Aspiro aire por mi nueva nariz, por este hocico que huele a su presa desde una distancia corta. Mis ojos son ahora luciérnagas en un bosque lleno de susurros y sombras. Mis oídos consiguen escuchar los gritos de las otras habitaciones, los chillidos frenéticos en ocasiones no muy fingidos. El torno de mi mano parece determinar el tiempo, deslizándose por ella los minutos estáticos y congelados. Mis alargados dedos articulan figuras retóricas y extrañas, mientras los pequeños nudillos no cesan de crujir. Nervioso, excitado por los olores que percibo en mi nueva forma, observo más allá del techo y los cimientos que lo forman, y alcanzo por fin a las estrellas, los destellos de plata embadurnados por la esférica blanquecina. Parpadeo, una, dos, tres veces, y mis ojos se acostumbran a la oscuridad como el murciélago en la caza nocturna.

Y veo a mi presa. Delicada, frágil, muerta pero con la esencia de su vida contenida en sus pequeños brazos y piernas, a excepción de unas cuantas gotas derramadas por torpeza. Los muelles de la cama chirrían cuando me poso sobre ella, toda la habitación susurra oxidada por el mal estado en que se encuentra. Mis garras son afiladas, sublimes, acero frío capaz de cortar la carne como si fuera mermelada. El primer corte produce un estallido rojizo, un borboteo tan incesante como el movimiento de la lámpara de neón dorado, que impasible contempla la escena. Los tejidos se abren como una caja de sorpresas, pero yo sé lo que hay tras una capa de piel entumecida y maltratada. Mi lengua saborea el suave néctar de la sangre derramada, mis labios hambrientos se mojan por esa corriente líquida llena de furia. Las sombras reinantes estrechan la habitación cada vez más, y más, mientras yo devoro a mi víctima, a la insignificante vida humana, como vengo haciendo noche tras noche, desde que tengo conciencia. La vida sigue surgiendo, como un río interminable, pero mis zarpas ocasionan más cortes, en el cuello, en las contorneadas piernas... Y las sábanas blancas se tiñen del rojo sangre, e



hinchadas y llenas comienzan a caer las primeras gotas al final de la colcha, delgadas, luego gruesas, y poco a poco...

La puerta de la habitación se abre tras unos supuestos toques, que mi euforia y concentración no han sido capaces de percibir. Una mujer de tez morena, cuyo cuerpo ha tapado con una insignificante blusa, entra en la oscuridad, hablando con picardía, hasta que ve el aspecto de mi cara. Las palabras se atascan unas sobre unas en sus gargantas, sus párpados se abren al ver lo que queda de su compañera. Se lleva las manos a la boca, su cuerpo se estremece, tiembla de miedo. De sus labios sale un susurro que podía haberse convertido en grito, en una alarma, si no llega a ser por mis manos rápidas y mi furia descontrolada. Su cabeza estalla en silencio, su cráneo se parte en dos como una nuez moscada, y todo ello mientras cierro la puerta, me sumerjo en las sombras, y le invito cortésmente a compartir la cena.

© José M. Sala Díaz

José Manuel Sala Díaz (1988) nació en la ciudad de Murcia, aunque siempre ha vivido en Torrevieja (Alicante). Escribe relatos oscuros, ambientados a la vuelta de la esquina, donde se vislumbran las raíces de Lovecraft y Dylan Thomas, aunque a veces se escape más allá de las estrellas. Éste es su primer relato publicado en Alfa Eridiani. Espera que no sea el último.



EL EMBRUJO DEL VIRTUOSO

por Alfredo Álamo

Los dedos pálidos y anormalmente largos de Marcos sujetaron, con infinita delicadeza, la nueva cuerda de plata para el violín. Observó, bajo la luz halógena de la lámpara de mesa, su nueva adquisición, sonriendo de forma complaciente. Agarró el violín y, con movimiento medido y pulcro, procedió a introducir la cuerda desde el cordal al clavijero. El violín color vino viejo parecía recibir con agrado su nueva voz. Marcos tensó con mimo la cuerda hasta que, bajo su ojo experto, consideró que era suficiente. Respiró profundamente y rasgó, con la uña del dedo meñique, las cuerdas. Faltaba un poco más, ajustó la clavija de afinación hasta que el sonido le satisfizo. Tenía que ser perfecto, de otro modo, su esfuerzo carecería de sentido. Levantó el violín y lo acomodó en su hombro, donde su peso resultaba reconfortante. Marcó una nota sencilla, dejando una cuerda al aire, y deslizó el arco sobre las cuerdas en un largo acorde, casi un *sul ponticello*. El sonido inundó, como un atardecer dorado, la pequeña habitación donde Marcos vivía. Perfecto. La armonía estaba casi completa. Sólo faltaba encontrar la última voz.

#La 4

Tocó la primera cuerda, recordando la voz de Elsa en el conservatorio. Elsa, niña de ojos verdes, hada de voz suave. Recordó su rostro y su sexo, su abrazo, su última mirada. Volvió a tocar, era el sonido de su juventud. Cuando volvió a dejar el violín en su estuche, tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Cuánto había pasado? ¿Veinte años?

Recordaba la noche en que ella cantó para él, desnuda, inocente, los dos en la playa esperando el amanecer. Era tan hermosa. Mientras la penetraba, sus gemidos le parecían el motor del mundo, la verdadera armonía pitagórica. Aún notaba el tacto de su cuello entre las manos, la vibración de su garganta. Antes del amanecer, mientras ella dormía, rodeó su cuello con la primera de las cuerdas que había comprado para su violín. Apoyó la rodilla en su espalda y estiró con todas sus fuerzas. No hubo gritos, el hilo plateado se introdujo en la garganta como si fuera arcilla. La sangre y la voz de Elsa bañaron la cuerda. Se despidió con un último beso y luego dejó que la marea se la llevara.



#Mi 5

En París tocaba en la orquesta del Teatro de los Elíseos. Disfrutaba viéndose inmerso en la marabunta que poblaba cada función. Inmerso y a la vez alejado, superior, invisible en el foso tocando frenéticamente el violín. Se sentía joven y fuerte, capaz de enfrentarse al mundo cada noche.

La primera vez que vio a Raquel, su musa, su ángel, fue en el teatro. Formaba parte del coro que ampliaron para *El fantasma de la ópera*, pero él podía distinguir su voz, de flauta dulce, entre otras veinte que intentaban taparla. De hecho, casi perdió el ritmo en el ensayo, algo que jamás le había pasado, al quedarse embelesado con su voz. Dos noches más tarde, la del estreno, salieron a cenar.

De Raquel recordaba su pelo negro, rizado, largo, casi infinito; su mirada triste y su manera de ser definitivamente francesa. Ella sí que gritó al notar la cuerda abriendo su cuello, y él quería que así lo hiciera. Que le transmitiera esa vida, esa fuerza, que la llenara de sangre hasta rebosar. La plata se hizo cobre, la armonía comenzó a cobrar sentido.

Dejó París como quien deja un sueño.

#Sol 3

Isabel tenía el color de la canela y la voz del atardecer. Le costó mucho aceptar que el violín necesitaba de su alma, no quería dejar escapar esos momentos perdidos, o encontrados, junto al mar. *Tristessa non tei fin, a felicitá ye'sí*; cantaba a Caetano Veloso y cada palabra parecía estar hecha de un trozo de sol, rojizo y moribundo, que se rendía a la noche en Bahía.

De ella le quedaba su sabor, a sal de mar. Y su mirada, abandonada al destino que él le enseñó una noche. Ni siquiera se resistió, dejó que su vida manara cubriendo sus pechos y su sexo.

La cuerda se volvió negra y pesada. Se quedó con ella hasta que la rigidez deformó su rostro, le hubiese gustado tocar para Isabel, mostrar cómo su voz formaba la armonía perfecta con Raquel y Elsa. Sin embargo, no tuvo fuerzas ni para sacar el violín de su funda.

Escapó de Brasil con recuerdos amargos.



#Re 4

Pasó mucho tiempo hasta que Marcos volvió a sacar el violín. Retiró la última cuerda, y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Antes de salir a la calle, consideró arreglarse delante del espejo. Ya era un hombre maduro, las canas ocupaban sus sienes, pero mantenía el encanto del concertista. Una especie de elegancia natural que los años no le habían arrebatado. Se preguntó si sería suficiente para terminar el violín.

Lisa era americana. De ese tipo de americana que no soporta vivir en América. Vagabundeaba arriba y debajo de Europa como quien no tiene de qué preocuparse. Hacía ya tres noches que la escuchaba cantar en el Jimmy Glass, embriagado con su voz cambiante y distinta. Subía y bajaba los tonos, cambiaba el ritmo, la intención, tan solo en un segundo. Cantaba jazz de luna vieja, rodeada de un aura lenta. Aparecía y desaparecía en el escenario sin que te dieras cuenta. Él sabía que le gustaba tomar una copa después de cada actuación, así había logrado conocerla. La última vez le dejó pasar al camerino, donde, vestida con una bata medio desabrochada, esperaba compartir un trago antes de que llegara la media noche. Hoy esperaba lo mismo.

Cuando él se puso tras ella, le puso la cuerda, la última cuerda, a modo de collar. Ella se miró reflejada en el espejo, con el maquillaje medio corrido. A Marcos le dio la impresión que en lugar de resistirse, ella apretaba con fuerza sus muñecas para que la cuerda cortara mejor.

Armonía

Las cuatro cuerdas esperaban impacientes. Marcos levantó el arco, respirando con ansiedad contenida, y atacó el acorde con fuerza. No quería empezar lento, necesitaba encontrar la intensidad desde el primer momento. *Tremolo*, moviendo el arco adelante y atrás, una y otra vez. El sonido se convirtió en cristal a su alrededor, estallando luego en miles de pequeños diamantes. Allí estaba la dulzura de Elsa, la fuerza de Raquel, el anochecer de Isabel y el ansia de Lisa. Subiendo y bajando a través de su cuerpo, cambiando el mundo a su alrededor, transformando la solitaria habitación en templos y playas, bosques o palacios. No podía parar, aquello que había creado le superaba. *Pizzicato*, sujetó el arco con el interior de la mano y rasgó las cuerdas con los dedos. Necesitaba tocarlas de nuevo, sentir sus cuerpos, sus lenguas, sus pieles dulces y amargas. Escucharlas un vez más.



Terminó exhausto, devuelto a la realidad de su cuarto en penumbra. Sudoroso, enfebrecido y con una dolorosa erección. Todavía podía notar sus manos, sus almas entrelazadas en armónicos y dulces movimientos. Su amor. Tragó saliva con dificultad y se sentó en la cama. Guardó el violín en su funda; la armonía estaba completa, por fin. Y en ella soñarían juntas nuevas partituras, conciertos, mundos. Sus niñas, sus mujeres, sus amores. Contempló una vez más el violín, las lágrimas recorrían sus mejillas. *Descansad por fin, pequeñas musas*, pensó en silencio.

Cerró la tapa de la funda y enjugó sus lágrimas con un viejo pañuelo de seda. La pasión había desaparecido, no volvería a tocar nunca más. Ya no hacía falta.

Nunca volvería a estar solo.

© Alfredo Álamo

Poco nos queda por decir de **Alfredo**, salvo que trata de hacerse hueco en la literatura de anticipación y fantasía. Por el momento ha sido seleccionado para la antología Visiones 2004 y es finalista a los premios Ignotus en la categoría de Obra Poética. Actualmente publica un serial en el [Sitio de Ciencia Ficción](#) y se debate entre multitud de proyectos futuros. Entre sus aficiones destacan el baloncesto, el aikido y la cerveza irlandesa, siendo ésta última poco compatible con las dos primeras.



DE TODO CORAZÓN

por José Antonio Suárez
Ilustrado por Ruth Miralles

Ana se aplicó los últimos toques de maquillaje en el párpado izquierdo y se miró al espejo. Estaba horrible. Tendría que salir a la calle con las gafas de sol, en aquel día de nubes preñadas que encapotaban el cielo. Iría al supermercado del otro barrio, donde nadie la conocía, y haría allí la compra. No quería que volvieran a compadecerse de ella. Otra vez no.

Mientras esperaba el ascensor se encontró con la vecina de su planta, que enseguida comenzó a interrogarla. La noche anterior había escuchado una fuerte discusión y estaba preocupada. Había estado a punto de llamar a la policía, pero bueno, al final no lo hizo. Le preguntó por qué llevaba gafas de sol, pero Ana sólo quería que el ascensor llegase a la planta baja y marcharse de allí.

—Si lo llevas al juzgado, te dejarán a ti la casa y la custodia de tu hija, y tu marido se tendrá que marchar fuera —insistía su vecina—. Tengo el teléfono de un centro que te podrá ayudar. No es ninguna molestia, lo llevo aquí apuntado —rebuscó en su bolso, pero la puerta del ascensor se había abierto.

Ana murmuró un agradecimiento y salió a la calle, rehuyendo las miradas de otras vecinas, que la saludaban al pasar y trataban de que se detuviese a hablar con ellas. Aquello era humillante.

Hizo la compra rápido y regresó a casa. Adrián había dejado un mensaje en el contestador, avisándole que no iría a comer. Silvia, su hija, se encontraba de excursión con sus compañeros de instituto y no volvería hasta la noche. Por lo menos podría respirar un poco de paz.

Telefonó a Raquel.

—Ayer... volvió a hacerlo —dijo por el auricular, tartamudeando—. No sé qué hacer.

—¿Quieres venir a mi casa? Aquí hablaremos mejor.

—No... no me apetece volver a salir a la calle. Mi marido no vendrá a comer. Había pensado que quizá te apeteciese venir.



—Lo haré, cariño. Tranquila, no pasa nada, estaré ahí dentro de una hora.

Raquel fue puntual. Apareció con una botella de vino y pasteles. Ana se abrazó a ella y hundió la cabeza en sus senos, como un niño que busca cobijo.

—No puedo más —boqueó—. Necesito que me ayudes.

—Te lo he dicho mil veces y no me haces caso —Raquel le besó el párpado morado, la mejilla, acarició su pelo y mecía su cabeza en el regazo, tranquilizándola—. Tienes que separarte y denunciar a tu marido. No hay un camino intermedio.

—No hasta que Silvia sea mayor de edad. Entonces podrá decidir por sí misma con quién quiere quedarse.

—Silvia ya tiene diecisiete años, unos meses más no la harán cambiar de opinión. Sabes perfectamente que se quedará con él. Está enamorada de su padre, Adrián se las ha arreglado para ponerla en contra tuya. Tu hija siente celos de ti y deberías aceptarlo.

—Si pudiera llevármela conmigo, sé que esto cambiaría.

—No cambiará, sólo te odiará más. Quiere a su padre para ella sola. Muy bien, que se lo quede. Es una niñata malcriada que ha vivido demasiadas experiencias y no conseguirás enderezarla ahora. No mientras siga teniendo a su padre.

—Eso podría cambiar.

Raquel frunció el ceño, inquieta por el tono gélido con que Ana había pronunciado aquella frase.

—¿A qué te refieres?

—Adrián padece desde hace años cirrosis hepática. Su médico le ha advertido que si sigue bebiendo, le queda poco tiempo de vida.

—Poco es algo vago. Podrían ser meses, años, quién sabe.

—Ayer noche vino borracho a casa. Intentó violarme, pero me resistí —señaló su párpado hinchado, como si Raquel no lo hubiese visto aún—. Agarré sus huevos y se los exprimí como si fueran brevas.



—Bien hecho.

—Salió chillando a la cocina en busca de hielo. No quiero que vuelva a esta casa; y si lo hace, no quiero que vuelva a salir de ella vivo.

Ana descorchó el vino con gesto decidido, para respaldar sus palabras. Había preparado pollo relleno y cedió los cubiertos de trinchar a su amante. Confusa, Raquel clavó el tenedor en la carne, dorada y crujiente, y hundió el cuchillo en la pechuga para aserrar el espinazo.

—Quiero hacerle pagar por todo lo que me ha hecho —dijo Ana.

—Tienes la ley de tu parte y deseas asesinarle. Por favor, sé racional, te enviarían a la cárcel y tu oportunidad de rehacer tu vida desaparecería para siempre.

—He pensado en ello. Hay una forma de matar a Adrián sin dejar pistas.

—Imposible.

—Un ritual.

Su amiga detuvo el movimiento del cuchillo y la miró fijamente. Parte del relleno de jamón y piñones se esparció por la fuente de porcelana.



—No puedes pedirme eso —dijo.

—Raquel, quiero pasar contigo el resto de mi vida, eres lo más importante para mí, la única persona en quien confío; si no me ayudas ahora, estoy perdida.

—Dejé los rituales hace un año. Es peligroso y no quiero que me tomen por loca.

—Nadie se enterará. Lo haremos en tu casa. Adrián está condenado de todos modos, sólo se trata de acelerar un poco los acontecimientos.

—Suponiendo que lo hiciera, lo más seguro es que no funcione. ¿Qué harías entonces?

—Dejarle. Me separaría de él y me iría contigo.



—Me has dicho eso muchas veces. No veo por qué habría de creerte ahora.

Ana cogió la mano de su amiga, que aún sostenía el tenedor de trinchar.

—Porque hasta ahora no estaba decidida. Odio a Adrián y quiero que muera. Pero no puedo hacerlo sin tu ayuda.

Dos días después se dieron cita en casa de Raquel. Dentro de una bolsa, Ana traía un corazón de vaca comprado en la carnicería cercana a su portal. En la otra mano, envuelto en periódicos, llevaba una camiseta de algodón de Adrián sin lavar. Su amiga le había advertido que era necesario que fuera una prenda íntima que conservase algún tipo de fluido corporal de la víctima, para que el ritual surtiese efecto con mayor rapidez. La camiseta estaba empapada de sudor, su marido se la había quitado hace un par de horas, al regresar de una de sus habituales rondas por las tascas, antes de quedarse dormido en la cama.

Raquel la esperaba. Su salón estaba en penumbras y tenía la mesa preparada para comenzar.

—¿Es fresco? —dijo su amiga, abriendo la bolsa.

—Lo trajeron del matadero esta misma mañana —aseguró Ana—. Lo compré en la carnicería de mi calle.

—Perfecto, es un detalle importante —sacó el corazón y lo depositó en la mesa—. Toma —le alcanzó papel y bolígrafo—. Escribe en una hoja el nombre completo de tu marido.

Ana obedeció. Raquel hizo una incisión en el ventrículo izquierdo y abrió con cuidado las paredes elásticas, sacando un coágulo oscuro de sangre que entorpecía su labor. Tomó la nota manuscrita, la introdujo en el ventrículo y cosió el corte. Luego envolvió el corazón con la camiseta de Adrián, amarrándola con hilo negro de algodón. Recitó unas oraciones y al cabo de unos minutos encendió las luces.

—¿Ya está? —dijo Ana, extrañada.



—Falta una cosa. Hay que enterrar esto cerca del lugar donde compraste el corazón. Cuanto más próximo se encuentre al domicilio de la víctima, mejor.

—No puedo hacerlo. A mí me conocen en el barrio.

—Yo lo haré. Iré de madrugada y lo enterraré bajo un árbol. Con ello finalizará el ritual.

—De acuerdo. Gracias.

—No me las des aún y recuerda el trato que hicimos. Si tu marido no muere antes de quince días, tendrás que dejarle.

No fue necesario. Una semana después, su esposo se puso a toser en el salón mientras fumaba un cigarrillo. Puso la tapicería del sofá perdida de grumos marrones parecidos a granos de café, que escupía por la boca. La UVI móvil nada pudo hacer por él y Adrián falleció durante el viaje al hospital.

Su médico de cabecera firmó el certificado de defunción a la vista de la historia clínica, por lo que no se practicó autopsia. La causa de la muerte era hematemesis, hemorragia debida a la ruptura de varices esofágicas creadas por su afición a la bebida. Ana estaba confusa, en su fuero interno no creía que el hechizo de Raquel pudiera causar ningún efecto, y la verdad es que aún lo seguía dudando. Podía tratarse de una coincidencia, el médico ya le había advertido que pronto moriría por la cirrosis, aunque sin dar un plazo concreto. Que hubiera ocurrido a la semana siguiente de practicar el ritual podía ser una maravillosa casualidad.

Ana llamó desde el hospital a Raquel para comunicarle lo sucedido. Notó a su amiga bastante turbada por la noticia, quien le aconsejó que sería mejor que se dejaran de ver durante unos días, para evitar murmuraciones. No acudió al entierro, pese a que fue invitada, ni contestó ninguna de las llamadas que Ana le dejó en su contestador. Existía otra posibilidad que hasta ese momento no había barajado.

Raquel podía haber causado la muerte de Adrián sin magia alguna.



Era un contrasentido, porque ella misma le aconsejó que el asesinato no era una opción a considerar, pero quizá con ello lo que pretendía era alejar sospechas. Raquel siempre insistía en que se fuese a vivir con ella, tal vez su amiga consideró también quitarse de encima a Adrián sin esperar a que su hígado se rindiese.

Lamentó que no se hubiese practicado la autopsia al cadáver, eso al menos habría despejado aquella duda sobre su amante. Pero aunque hubiera sido así, ¿qué importaba? El objetivo era librarse de Adrián y ya estaba conseguido. Lo demás eran detalles secundarios; si Raquel no quería hablar de ellos, estaba en su derecho. Lo más probable era que ni siquiera hubiese enterrado el corazón de vaca bajo el árbol.

Se hacía la hora de comer. Ana fue a casa de Raquel y la llamó por el interfono, pero nadie le abrió. Aprovechó la entrada de un vecino para subir al apartamento y llamar a su puerta. Acercó el oído y se puso a escuchar. No parecía que hubiese nadie allí dentro.

Deslizó bajo la puerta una nota, para que la llamase en cuanto regresara. Luego volvió a su domicilio.

Su hija Silvia estaba poniendo la mesa y había puesto a calentar la comida que su madre dejó preparada en el frigorífico la noche anterior. Al revisar las llamadas recibidas no figuraba en ninguna el número de Raquel. Aún así, Ana preguntó si había llamado alguien.

—Tu amiga —respondió Silvia, sirviéndole vino—. Dice que estaba en el aeropuerto y te verá en unos minutos.

—¿Había salido de viaje? Qué extraño, no me comentó nada.

Silvia se sentó a la mesa, muy tensa.

—Tú y Raquel os lo contáis todo, ¿verdad?

Ana no contestó. Ambas comieron en silencio. El tiempo transcurría y su amiga seguía sin venir.

—Deja de mirar el reloj —le dijo su hija, levantándose—. Voy a tomar helado. ¿Quieres algo de postre?

—Un poco de fruta.



Silvia asintió y fue a la cocina. Desde la muerte de Adrián su hija no había vuelto a hablarle. Aquél era el único momento en cuatro días que se aproximaba mínimamente a una conversación.

Que Ana hubiera preferido no iniciar. Cuando la muchacha regresó de la cocina y dejó aquella masa de carne putrefacta en la mesa, entendió por qué.

—Sorprendí a tu amiga bollera merodeando por nuestra calle, días antes de que muriese papá. Era de madrugada, yo venía de la discoteca y vi su coche aparcado. Me quedé a observar lo que hacía.

Ana sintió que su visión se le nublaba; su hija presentaba un aspecto vidrioso que basculaba frente a ella como un péndulo. Aquello no podía estar sucediendo.

—Lo planeasteis todo muy bien —continuó Silvia—. No soportabas que mi padre me deseara a mí, y a ti te aborreciese.

—Tu padre era un monstruo —Ana intentó levantarse, pero sus piernas le flaqueaban—. No nos merecía ni a ti ni a mí. Sólo merecía la muerte que tuvo.

—¿Quién te ha dado permiso para decidir por mí? Yo amaba a Adrián.

—Eso es repugnante, Silvia.

—Lo que habéis hecho vosotras sí es repugnante —señaló los restos del corazón de vaca—. No me des lecciones de moralidad, por favor.

—Estoy mareada.

—Antes te mentí en una cosa. Raquel no llamó desde el aeropuerto. De hecho, dudo mucho que esté en disposición de hacerlo desde cualquier otro sitio. Pero el resto es cierto —alzó la copa de vino que había servido a su madre—. Pronto se reunirá contigo.

—No lo entiendes, quería librarte... quería librarte de este infierno y escapar... juntas. Tal vez ahora no lo entiendas, pero lejos de la influencia de tu padre habría... —la cabeza le daba vueltas—... sido distinto y...

—Mentira. Lo hiciste pensando sólo en ti, y no me sorprende, es lo que siempre has hecho. ¿Te has parado a pensar cómo me sentía yo cuando te echaste una novia? ¿Se lo llegaste a preguntar a papá?



—Él ya bebía antes... de que yo conociese a Raquel... no trates de justificar...

Ana se desplomó en el suelo. Apenas podía ver, pero el sentido del oído aún lo conservaba para seguir escuchando los reproches de su hija.

—Vosotras tramasteis su muerte. Eso sí que no tiene ninguna justificación.

—¿Realmente crees que... —su voz se había transformado en un silbido— ese estúpido ritual tuvo algo que ver?

—No me importa, me basta con saber que deseabais su muerte. Y ahora, mamá, se equilibra la balanza. Saluda a Raquel de mi parte.

Ana volvió a ver. Se encontraba en un túnel, viajando a gran velocidad hacia una luz lejana. Víctimas de la falta de oxígeno, sus neuronas curvaban su campo de percepciones lanzándola a un viaje alucinatorio. Hacía frío allí dentro, una corriente la arrastraba a la luminosa salida. Quería llegar allí cuanto antes, quería ver qué había más allá, y si era cierto que Raquel estaba muerta.

Su mundo sensorial se colapsó sobre sí mismo, el túnel se transformó en un cono y la luz quedó reducida a una cabeza de alfiler, extinguiéndose instantes después de que una cálida presencia le susurrara al oído lo mucho que la quería.

© José Antonio Suárez

José Antonio Suárez (Albacete, 1963) es licenciado en Derecho. Tiene publicados los siguientes libros: *REBELIÓN EN TELURA* (Edebé), *NUXLUM* (Espiral, novela ganadora del premio Ignotus 2001), *EL DESPERTAR DE NUXLUM* (Equipo Sirius) y *PEREGRINOS DE MARTE* (Espiral). Ha colaborado con diversas publicaciones, como *Ciberpaís*, *Asimov*, *Solaris*, *Artifex*, *NGC 3660*, *Ad Astra*, *Realidad Cero* y *Púlsar*.



ALFONSITO ESTÁ SEGURO

por Santiago Egido Arteaga

Alfonsito fue siempre un niño con problemas. Las cosas habían empezado desde muy pequeño, quizás porque su papá le pegaba. Sí, es cierto que su papá le pegaba también a su mamá y a sus hermanos, pero con Alfonsito la cosa era diferente: para él siempre había preparada una hostia.

Empezó a comprenderlo todo cuando cumplió cuatro años. Durante su fiesta de cumpleaños papá se emborrachó y montó uno de sus numeritos, durante el cual le cayeron unas cuantas bofetadas a todos los miembros de la familia. Y apareció de nuevo esa palabra tan familiar: *bastardo*. Alfonsito se había imaginado que significaba *tonto* o algo parecido, pero ése día se dio cuenta de que papá le llamaba bastardo únicamente a él. Todo el mundo era gilipollas, sus hermanas y mamá además eran unas putas, pero sólo él era un bastardo. Casi se podía uno enorgullecer de esa distinción, si no fuese porque estaba claro que era un insulto.

Al día siguiente Alfonsito le preguntó a su hermana mayor qué era eso de bastardo, pero no entendió la respuesta; ¿cómo era posible que papá no fuese papá? Su hermana tenía que estar tomándole el pelo.

Y es que Alfonsito estaba acostumbrado a que se riesen de él. Era el pequeño de la casa, y por tanto la víctima ideal de sus hermanos mayores, que aprendieron que era el único al que se podía pegar sin que papá tratase de imponer orden. Lo que era peor, papá no tenía problemas en unirse a las chanzas cuando el ridiculizado era Alfonsito. Más tarde sus compañeros de juegos en la guardería o en la calle aprendieron de sus hermanos a tomarle el pelo. Luego serían sus compañeros de clase los que recogerían la tradición de sus amigos, perpetuando la reputación que había empezado papá de que Alfonsito era un pringaílo despreciable y una víctima fácil. Los niños tienen un sexto sentido para descubrir quién está predispuesto a dejarse pegar.

La única persona que no maltrataba nunca a Alfonsito era su mamá. Bastaba con un beso suyo para curarle cualquier herida, y era curioso lo rápido que ella podía consolarle en el peor de sus momentos... bueno, también hay que decir que mamá tenía mucha práctica, porque Alfonsito necesitaba consuelo con bastante frecuencia.



Alfonsito pasaba tanto tiempo con mamá que ella decidió enseñarle a leer. Y lo consiguió; antes de los cuatro años Alfonsito ya podía estar solo con un tebeo.

Sus hermanos notaron la diferencia. Mejor dicho, notaron parte de la diferencia, porque no se dieron cuenta de que mamá les trataba bien a todos, sino que lo que vieron fue que ella era la única que trataba bien a Alfonsito. Le decían que era el hijo preferido de mamá, y que cuando fuese mayor iba a llevar faldas. Eso debía de ser malo, porque se reían mientras lo decían; pero Alfonsito no estaba demasiado seguro de que fuese un insulto, porque sus mismas hermanas llevaban faldas mientras se lo decían. También le contaban otras cosas que él no entendía, y solían acabar las conversaciones dándole algún golpe.

El papá de Alfonsito tampoco era un ogro. Para comprobarlo bastaba pillarle en el taller de carpintería que tenía en el sótano de la casa, donde hacía muebles en su tiempo libre para ganarse un sobresueldo. Le gustaba hacer cosas con sus manos, y siempre estaba de buen humor allí.

Alfonsito bajaba de vez en cuando a verle haciendo cómodas o armarios. Lo que más le gustaba era ayudarle a barnizar los muebles acabados, porque entonces todas las máquinas estaban apagadas y con el silencio papá se animaba a contarle cosas. Como, por ejemplo, que nunca se debía beber en un taller porque, según él, así se perdían demasiados trabajos.

Papá era muy cuidadoso; apagaba las sierras cuando no las usaba, y siempre guardaba la pistola de clavos lejos de su munición. De hecho escondía los cartuchos con los clavos en algún sitio, cosa que le fastidiaba mucho a Alfonsito. Él siempre había querido jugar con ese cacharro que podía atravesar planchas de madera de cinco centímetros con la misma facilidad con la que él pinchaba los topes de fieltro con alfileres.

Pero en cuanto papá salía del taller era mejor que Alfonsito cogiese uno de sus tebeos y se refugiase solo en su cuarto.

Un día Alfonsito bajó al sótano a trabajar con papá, pero él no estaba, así que decidió quedarse allí, leyendo mientras esperaba. Papá estaba haciendo una enorme cama de matrimonio y no había nada de sitio en el taller. Alfonsito movió unas bombonas de butano para poder sentarse a gusto, pero debió de hacer algo mal. Vaya cabreo más tonto pilló papá cuando vino, simplemente porque olía mal. Alfonsito lo negó todo y le echó la culpa a un hermano, pero no le sirvió de nada; papá le agarró por el cuello y le tiró escaleras arriba, haciéndole una cicatriz en el codo.



Aquella noche sus papás tuvieron una discusión más violenta de lo normal. Los golpes y los gritos asustaron a Alfonsito, que fue a esconderse debajo de su cama, el sitio más seguro de la casa.

Al cabo de un rato papá se fue a la calle, cerrando con un portazo. Alfonsito salió de debajo de la cama en cuanto se hizo el silencio. Mamá estaba haciendo unas maletas con prisas, llorando y con un ojo hinchándose. Al verle le abrazó y le dijo *hoy papá no te va a castigar más. Sé un buen chico y ponte tu jersey, anda*. Luego salieron a la calle, donde tomaron un taxi. Salieron del pueblo y se fueron a un lugar que a Alfonsito le recordó vagamente su escuela, porque sólo había niños y profesoras.

—Mamá, ¿qué sitio es este?

—Es un refugio de mujeres.

Aquello no tenía sentido... ¿para refugiarse de qué? ¿Animales? ¿Y no había hombres allí para proteger a las mujeres de los lobos? Eso sí, habían tenido suerte, porque papá estaba lejos, debía de haberse ido a un refugio de hombres. Unas maestras intentaron explicárselo, pero lo único que quedó claro es que lo entendería todo de mayor. Eso de ser mayor era muy raro; supuestamente, uno aprendía cosas y se portaba mejor cuando crecía, pero el caso es que los que tenían problemas estúpidos eran siempre mayores que él.

Alfonsito estuvo tres días en esa casa. Era un sitio muy extraño, todas las horas estaban cambiadas, y había siempre un montón de gente discutiendo sobre qué canal de la tele querían ver. Por alguna razón no tuvo que ir a la guardería de siempre, sino que iba a una clase con una señorita nueva y unos compañeros muy antipáticos y deslenguados que preferían jugar solos (esto era bueno). Y no había que salir a la calle para ir a clase, lo cual resultaba desorientador.

Pero lo que Alfonsito encontró más confuso fueron los papeles que había en esa casa. Algunos eran grandes y con colores y estaban pegados a las paredes. Otros papeles eran de tamaño normal pero estaban doblados, y tenían un sólo color, y estaban amontonados en unas estanterías con muchas copias idénticas. Alfonsito empezó a leer los panfletos por puro aburrimiento, cuando no tenía otra cosa que hacer. Eran bastante aburridos porque apenas tenían dibujos, y además tenían palabras difíciles y letra pequeña, pero él los encontraba muy interesantes.



De ellos aprendió, por ejemplo, que es normal que los hombres adultos peguen a las mujeres adultas, igual que papá pegaba a mamá. Por eso había refugios de mujeres, para que los hombres pudiesen seguir pegándolas. Eso estaba bien, porque Alfonsito tendría que devolverles todas las palizas a sus hermanas mayores algún día.

También supo que era malo tener hijos, aunque era bonito cuando funcionaba. Los médicos hacían planes y entonces había unas cosas que se llamaban fetos que crecían dentro de las mamás y que luego se convertían en niños. Alfonsito estaba fascinado con los dibujos; ¿de verdad que él había estado alguna vez dentro de una mujer? No era posible, porque lo recordaría. Pensó que mamá es mamá, y que tendría que haber otra palabra diferente para referirse a una mujer con un feto. Le fastidiaba el lenguaje confuso de los panfletos, no entendía nada.

Alfonsito empezó a imaginarse qué se debía sentir al ser un feto, esa extraña entidad que él nunca había sido. Tenía que ser estupendo el no tener que preocuparte por estar calentito; mamá siempre andaba regañándole para que se pusiese el jersey. A lo mejor era incómodo estar todo el día mojado, pero por lo menos no había que secarse con toallas rugosas. Y tampoco había que cambiarse de ropa, ni preocuparse por no ponérsela al revés, ni atarse los zapatos. Qué suerte. Alfonsito quiso ser un feto.

Durante la cena se fijó en que varias de las mujeres del refugio estaban embarazadas. Obviamente era porque ellas también habían leído los folletos y eso del embarazo les había parecido una buena idea. Así que se dirigió a una de ellas y le dijo que le gustaría ser su feto, si a ella no le importaba. Ella se rió y le explicó cosas que Alfonsito no entendió del todo, pero parecía que si una mujer estaba embarazada entonces ya tenía un feto, y si no estaba embarazada entonces no tenía sitio. Había que buscar otra forma de ser un feto.

Esa noche se construyó su primer útero cuando se fue a la cama. Se acurrucó en la postura que había visto en los folletos y después se envolvió en las mantas. Hacía un poco de calor, así que abrió un hueco para respirar. Luego se acordó de que los fetos respiran por el cordón umbilical, así que retorció una sábana hasta hacer una cuerda y la asomó por el agujero que había hecho para respirar.

La verdad es que ser un feto era un poco aburrido. Los folletos decían que se podía oír el rítmico palpar del corazón de la mamá, y sin embargo lo único que Alfonsito escuchaba era el tic-tac del despertador. Pero lo importante era que se estaba muy a gusto sabiendo que tu mamá te iba a proteger



de todos los problemas sin que tú tuvieses que hacer nada, simplemente porque eras un feto. Alfonsito se quedó dormido placentemente, y al día siguiente se despertó con el recuerdo de que mientras fuese un feto no tenía que preocuparse de ningún problema.

Ese día Alfonsito volvió a leer los mismos panfletos, y se fijó más en los detalles. Por la noche se ató la sábana alrededor de la cintura, para que el cordón umbilical se le uniese a la altura del ombligo, y el otro extremo de la cuerda no lo sacó fuera de las mantas por el agujero para respirar, sino que se extendía sobre ellas, por dentro del nido de mantas, para hacer una placenta. Ese diseño era obviamente mejor que el de la noche anterior, porque la placenta hecha de sábanas era más suave que el útero de mantas. Alfonsito se durmió satisfecho consigo mismo al ver que estaba aprendiendo a ser un feto, y decidió que iba a trabajar duro para llegar a ser el mejor feto del mundo.

Cuando se despertó, mamá ya estaba levantada y le preguntó que qué había hecho con la cama. Por alguna razón, a Alfonsito le dio vergüenza decirle a mamá que estaba embarazada de él. Además, había leído que las mujeres tienen sus formas de saber esto. Ya se enteraría ella de todas formas, así que respondió con un *nada, mamá* y empezó a vestirse.

Alfonsito estaba entusiasmado con sus progresos. En cuanto tuvo una oportunidad se escapó de la guardería y se fue al rincón del refugio de mujeres donde estaban los panfletos. Pero esta vez no aprendió nada nuevo de los folletos sobre embarazos que ya había ojeado dos veces, así que arrimó una silla a la pared, se subió encima, y empezó a mirar los folletos de una estantería más alta.

Había una cosa muy importante que se llamaba aborto. A las mamás no les gustaba que los niños tardasen en nacer, porque entonces se salían de cuentas. Cuando un feto no se convertía en niño su mamá no le quería, y por eso le abortaba.

Algunos folletos decían que era bueno abortar, pero había otros que decían que era malísimo. A Alfonsito le convencieron los últimos, porque eran los únicos que tenían fotos en color, y esas fotos de abortos eran atroces. Había niños muertos en la basura, y otros cortados en pedazos, con tripitas y mucha sangre. Era curioso porque, aunque los panfletos estaban llenos de palabras raras, los pies de esas fotos horribles eran muy fáciles de entender: cortaban a los fetos en trocitos pequeños dentro de la mamá, usando unas tijeras especiales, y luego sacaban los trocitos con ganchos y los volvían a juntar, para asegurarse de que no quedase ninguna pieza dentro de la ma-



má. Alfonsito no sabía qué era eso de la muerte, pero las mamás malas que abortaban también se morían. Sonaba espantoso, ¿por qué lo hacían?

En los papeles con las fotos horribles aparecía con frecuencia la palabra *cristiano*. Lo curioso es que esta palabra no aparecía en los otros panfletos, así que Alfonsito asoció las dos cosas y aprendió que los cristianos eran esos señores malísimos que mataban fetos usando instrumentos horribles como ganchos y sierras.

Esa noche Alfonsito durmió fatal. Se hizo su útero en la cama, pero tenía miedo de que hubiese un monstruo en el cuarto, quizás uno de esos cristianos malvados que esperaba a que se quedase dormido para salir de debajo de la cama, y después le abortaría con una percha de alambre doblada en forma de cruz, y le cortaría en taquitos, y le tiraría a la papelera. Al final Alfonsito decidió que no quería volver a ser un feto, era demasiado peligroso. Así que se levantó y arregló su cama. Su mamá farfulló algo sobre la luz, pero volvió a dormirse rápidamente. De todas formas hubo bronca al día siguiente, porque Alfonsito se había meado en la cama.

A pesar del terror que le habían inspirado, el caso era que los panfletos del refugio eran muy interesantes. Mucho más que las cartillas de aprender a leer. Alfonsito se preguntó por qué mamá no le había enseñado a leer usando los folletos sobre el aborto, en vez de aquellas aventuras tan tontas de Tonito y su perro, que era tan bobo que intentaba comerse las pelotas de colores. Así que, a pesar de su miedo, al final acabó cogiendo otra vez la silla y se subió hasta las estanterías más altas.

Las historias que había ahí eran demasiado complicadas; Alfonsito apenas podía entender nada. Cogió varios panfletos que llevaban escrita en letras gordas la palabra *feminismo* y fue a buscar a alguien que se los explicase.

—Mamá, ¿por qué los hombres despreciables manipulan a las mujeres para que aborten?

—¡Alfonso! ¿Qué estás leyendo? Anda, dame eso y vete a jugar, no tienes edad para leer estas cosas.

Mamá rasgó los folletos y tiró los pedazos a la basura con un gesto de enfado. Y así es como Alfonsito aprendió a tratar la propaganda feminista.

Lo que no le quedó claro fue si era malo o no que un hombre manipulase a una mujer para que abortase. Entonces, como abortar era malo, la culpa



tenía que ser de la mujer, ¿no? Qué complicado era todo. Le hizo un par de preguntas a las señoritas, pero ellas le dijeron que el refugio tenía normas y que no podían hablar con los niños sobre ese tipo de cosas. Tendría que discutirlo con su mamá. Y después intentaron convencerle para que siguiese jugando con ese pianito estúpido que hacía ruidos de animales. *Pues algunos mayores no son tan diferentes de los niños más tontos*, pensó Alfonsito.

Esa tarde Alfonsito y mamá volvieron a casa. Él no lo entendía; ¿por qué ahora no tenían miedo de papá, si era tan malo? Los mayores eran un asco, nunca le explicaban nada, pero por lo visto sus papás habían hecho las paces y ya no hacía falta refugiarse.

La vida en casa volvió rápidamente a la rutina habitual. Mamá llevaba a Alfonsito al parvulario por las mañanas y le compraba alguna chuchería por el camino. Sus compañeros de clase le pintaban caras de payaso en la bata y le hacían aguadillas en la piscina. Luego mamá iba a buscarle, le daba un beso para que dejase de llorar, y le traía a casa mientras aprovechaba para mirar escaparates y comparar precios, con alguna parada ocasional para comprar carne o huevos de oferta. En casa, sus hermanos le rompían sus construcciones y luego se reían de él mientras le tiraban las fichas a la cabeza. Papá pasaba algunas tardes en el taller del sótano, haciendo librerías, y entonces estaba de buen humor y contaba historias graciosas, como la de cuando estaba haciendo la mili en Murcia y le rompieron un diente en una pelea durante un entierro. Pero no había cambiado, y seguía emborrachándose de vez en cuando. Entonces les pegaba a todos y a Alfonsito le llamaba hijo de puta. Después mamá se encerraba en la cocina para olvidarse de todo haciendo alguna tarta.

Alfonsito no volvió a ser un feto durante una temporada, por miedo a los cristianos de debajo de la cama. Pero finalmente empezó de nuevo a hacerse úteros con sus mantas. Y hasta mejoró su técnica; empezó a chuparse el dedo gordo como había visto en los folletos. Al principio no entendía por qué alguien podría querer chuparse un dedo, pero el caso es que se encontraba mejor cuando lo hacía. Un día se le ocurrió una duda; ¿y si no tuviese dedos gordos para chupárselos? No era ninguna tontería, en los panfletos había leído que algunos niños nacen con muchos o pocos dedos, y por este tipo de cosas te podían abortar. Había tenido suerte en ese aspecto.

Pero Alfonsito no estaba satisfecho. Eso de ser un feto durante una noche no era suficiente, porque al día siguiente había que ir al colegio y los abusones le tiraban al suelo y le restregaban las manos contra la gravilla.



No, para ser un buen feto y resolver sus problemas había que ser más profesional. Así que empezó a hacer planes. Una noche robó las copias de las llaves de casa que se guardaban en el cajón de las emergencias, junto a las velas y los números de teléfono. Al día siguiente se fue a la guardería con mamá, como de costumbre, pero en vez de entrar se entretuvo en la puerta con un compañero de clase. En cuanto mamá se dio la vuelta, Alfonsito se escapó y volvió a casa, donde no había nadie.

Había decidido hacerse su útero en el taller del sótano porque era el sitio más apropiado, donde ocurrían menos problemas. Empezó a inspeccionar los armarios y se decidió por un altillo relativamente vacío al que tenía que subirse apoyándose sobre la mesa de la sierra circular. Era el mejor sitio porque estaba al lado de la calefacción, y los úteros son más bien calentitos. Apartó a un lado todas las cosas del altillo y subió sus mantas, sus sábanas, su almohada, y una mochila.

Dado que iba a estar en el útero durante nueve meses, que cada mes tenía treinta días, y que cada día se comería una lata, calculó que debería tener unas cien latas de sardinas o fabada. Daba igual qué comida tuviese, de todas formas iba a pasar por el cordón umbilical y no la iba a saborear, así que se trajo hasta espinacas congeladas (aggh, qué asco). Podría haber hecho un único viaje a la despensa, pero la mochila habría pesado demasiado, así que tuvo que hacer muchos trayectos. Al final estaba agotado, pero había valido la pena: la mochila estaba en el altillo llena de comida. También se trajo una cantimplora llena de agua, aunque no sabía si iba a hacer falta, porque en el fondo del altillo había unas tuberías que le iban a proporcionar toda la bebida que necesitase.

Finalmente se subió al altillo, se hizo su útero, y cerró las puertas. Alfonsito era feliz sabiendo que todos sus problemas se habían resuelto. Rápidamente se quedó dormido.

Se despertó a mediodía, al oír a sus papás cuando volvieron a casa para hacer la comida. Sus hermanos se quedaban a comer en el colegio y no vendrían. Alfonsito se sorprendió al descubrir que tenía un poco de hambre, y comprobó extrañado que su cordón umbilical estuviese bien metido dentro del bolsillo de la mochila.

De repente papá empezó a gritar algo sobre unos calzoncillos que había encontrado en su dormitorio. Parecía enfadadísimo. Alfonsito se había preguntado a veces qué harían papá y mamá solos en casa durante la hora de la comida, y se sorprendió al averiguar que papá no necesitaba beber para cabrearse cuando era mediodía.



La discusión prosiguió sin que Alfonsito entendiese mucho. Podía oír en el piso de arriba los tacones de mamá, moviéndose nerviosamente de aquí para allá. Después los gritos arreciaron y se oyó un ruido de cristal rompiéndose. Y vinieron los chillidos y los golpes. Solo que esta vez los golpes no sonaban como los correazos o las bofetadas de siempre, sino más graves y más rápidos. Además, se oían carreras en el piso de arriba, eso no era normal.

Las puertas del altillo donde había anidado Alfonsito no cerraban demasiado bien. A través de la rendija, desde su escondite, pudo ver cómo mamá entraba en el taller corriendo, tropezaba con uno de los cables, y caía al suelo. Intentó levantarse o arrastrarse, pero no sirvió de nada. Papá entró por la misma puerta armado con una lámpara, se situó encima de mamá tras darle un par de patadas y saltar encima de su espalda, y empezó a golpearla en la cabeza con todas sus fuerzas. La cabeza de mamá se cubrió rápidamente de sangre y después cambió de forma. Papá dejó de golpearla cuando su cabeza estuvo también cubierta de sangre.

Alfonsito estaba muy preocupado porque no era normal que papá estuviese enfadado en el sótano. Pero no tenía demasiado miedo porque él estaba a salvo dentro de su útero, así que observó la escena con una extraña curiosidad desconectada. Hubo un momento en que pareció que mamá le estaba mirando, pero después se dio cuenta de que aquello no era un ojo, sino un trozo de hueso.

Papá siguió pegándole patadas a mamá y le tiró la lámpara mientras le gritaba insultos y le hacía preguntas estúpidas como *¿era esto lo que querías?*. Después abrió un cajón y sacó una caja de trampas para cucarachas, y de ella sacó la munición para la pistola de clavos. Alfonsito tomó nota del detalle para jugar luego, pero de momento contempló con envidia cómo era papá el que se divertía disparándole clavos a mamá mientras le gritaba más cosas horribles. Luego se sentó en una silla a pensar.

Al cabo de un rato se levantó con aire decidido y puso en marcha la sierra circular, desnudó a mamá (*¿por qué no tenía pito?*) y empezó a descuartizarla. Esto sí que asustó a Alfonsito, porque él estaba escondido casi encima y podía ver todos los detalles. Era curioso que las tripas fuesen tan blanditas que se desmoronasen por su propio peso; se tocó su barriga y parecía más dura. Lo que no entendió es por qué papá quería abortar a mamá, cortándola en pedacitos. Qué tonto, ¿no sabía que se aborta sólo a los niños a los que se odia? De todas formas, lo que papá le estaba haciendo a mamá tenía que doler mucho; ¿por qué mamá no hacía nada para impedirlo? ¿Y



quién iba a limpiar toda la sangre que había salpicado las paredes? Mamá no, porque ya no tenía brazos.

Después papá apagó la sierra, trajo unas bolsas de basura, y empezó a meter dentro todos los trozos de mamá. Y fue entonces cuando Alfonsito pensó que lo mismo mamá estaba muerta. Eso era mucho más preocupante, porque papá no había matado nunca antes a mamá. Se pellizcó pensando que despertaría de una pesadilla, y cuando no funcionó cerró los ojos y deseó muy fuerte que todo cambiase. Al abrirlos se llevó una enorme decepción al ver que papá seguía recogiendo intestinos del suelo. Y tuvo miedo. No sabía por qué, ya que a él no le podía pasar nada, pero todo aquello era horrible.

Tenía tanto miedo que le entraron ganas de mear. *Estupendo*, pensó al recordar que los panfletos decían que los pipises de los fetos forman el fluido *amniotigoso* en el que flotan. Cuanto más mease dentro de su útero, mejor feto iba a ser, así que empezó a orinar alegremente dentro de sus sábanas.

Papá oyó la orina goteando desde el armarito sobre la mesa de la sierra circular, y levantó la mirada. *¿Qué cojones pasa ahora?*, se preguntó mientras abría las puertas del altillo. Alfonsito se quedó de piedra; estaba mirando a papá cara a cara. Decidió que si se quedaba callado e inmóvil papá no podría verle.

¿Pero tú qué haces aquí, maldito hijo de puta? Papá extendió una mano para agarrarle, y Alfonsito se movió hacia atrás, completamente aterrado al ver que a pesar de todo le había descubierto. *Ven aquí, jodío, ¿qué es lo que has visto, eh?* Alfonsito estaba arrinconado y empezó a patalear y a chillar, pero papá le agarró por un tobillo. *Ya te tengo, bastardo.*

Papá empezó a tirar de él, pero en esa postura no podía hacer mucha fuerza. Alfonsito se agarró con una mano a una de las tuberías en el fondo del altillo, y con la otra mano empezó a lanzarle a papá las cosas que había ahí: latas de pinturas, cajas de estropajos, listones para hacer marcos de cuadros, lo primero que pillase. Papá estaba irritándose más y más, y gritaba con más y más fuerza insultos que eran peores y peores. Cambió de postura, apoyándose mejor, y empezó a tirar con más fuerza del tobillo de Alfonsito, que se estaba quedando sin cosas para arrojarle. Entonces vio la mochila llena con las cien latas o así. Extendió la pierna libre por detrás de la mochila, y de una patada se la lanzó a la cara a papá, que soltó su tobillo mientras se caía hacia atrás.



El ruido fue tremendo, pero después se hizo un silencio todavía más aterrador. Alfonsito se asomó muerto de miedo y vio que papá estaba tumbado en el suelo, boca arriba, con los ojos muy abiertos, y con el cuello doblado en un ángulo imposible. Salió de su escondite cautamente, sin dejar de mirar a papá.

Su primer pensamiento fue salir corriendo del taller, pero tuvo una idea. Sus úteros hasta entonces no le habían evitado sus problemas porque no eran de verdad, porque no estaba dentro de un mayor que le protegiese. Vio la solución con toda claridad.

Desnudar a un mayor no es demasiado difícil, aunque sea tan gordo, si se tienen unas buenas tijeras (papá sí que tenía pito). Rajarle la piel del abdomen con una sierra eléctrica también fue fácil. Pero sacarle las tripas requirió mucho trabajo, porque no había herramientas para hacer eso en el taller, tan sólo un cuchillo. A medida que iba sacando vísceras las metía en las bolsas de basura que contenían los trozos de mamá; le había bastado con ver un destripamiento para aprender.

Después se metió en la barriga ahuecada de papá e intentó cerrarla desde dentro con una grapadora, pero no había la suficiente piel para conseguirlo. Así que se olvidó de cerrar la barriga y se acurrucó dentro de ella.

Se estaba calentito ahí dentro. Empezó a chuparse el pulgar derecho, y entonces vio algo que le llamó la atención: del tórax de papá asomaba una vena enorme que estaba cortada con un aspecto familiar. Cambió de postura y empezó a succionar del saliente. Por alguna razón había esperado que saliese de él un líquido dulce, pero le sorprendió mamar algo con sabor metálico. Rápidamente se acostumbró y satisfizo su hambre.

Alfonsito estaba preocupado pero satisfecho. Volvió a quedarse dormido mientras hacía la digestión.

Se despertó brevemente cuando sus hermanos volvieron del cole. Qué pesados, vaya forma de gritar. Había empezado a hacer algo de frío, pero volvió a dormirse. Y cuando se despertó de nuevo el taller estaba lleno de mayores que tiraban de él.

Alfonsito entendió enseguida por qué los policías querían sacarle de dentro de papá: estaba claro que eran cristianos y querían sacarle de su útero, y abortarle, y cortarle en pedacitos, y tirarle a las bolsas de tripas. Eran esos hombres malos que manipulan a las mujeres y luego les hacen cosas horribles; Alfonsito les odió inmediatamente.



Chilló y se resistió, pero no le sirvió de nada, esos malvados con uniforme consiguieron arrancarle del vientre de papá. Alfonsito estaba histérico otra vez y escupía espuma por la boca, como si estuviese sufriendo un ataque de epilepsia.

Los policías empezaron a hacerle preguntas mientras le regañaban y le sujetaban. Alfonsito no contestó, tan sólo gritaba incoherentemente mientras se debatía en vano intentando escaparse. Aprovechando un descuido de los agentes consiguió liberar un brazo y lo alargó hacia una de las mesas, agarrando la pistola de clavos que papá no había podido descargar.

¡PLAC! Un odioso machista se llevó las manos hacia lo poco que quedaba de su boca. ¡PLAC! Otro despreciable manipulador de mujeres cayó al suelo con el corazón atravesado. ¡PLAC! Falló; uno de los policías había conseguido sujetarle el brazo.

Poco después Alfonsito recibía una nueva paliza.

Pero habrían más.

Muchas más.

© *Santiago Egidio Arteaga*

Santiago Egidio Arteaga empezó a escribir cuando descubrió en Internet un sitio llamado La Fábrica de Basura que estaba lleno de cuentos de horror y gore. Desde entonces ha ido evolucionando hacia la ciencia-ficción y la inactividad como escritor. Actualmente es profesor de matemáticas en la Universidad Autónoma de Barcelona, y ha tardado dos años en escribir una novela de ciencia-ficción de 70 páginas llenas de guarradas.



UN DULCE AROMA A FLORES UL- TRAVIOLETA

*por Jorge De Abreu
Ilustrado por Isabel Sánchez*

El empujón fue firme y violento. Sentí aquel halo frío de oscuridad rodear mi cuerpo conforme caía dentro de la habitación. Aquellas gruesas manos presionaron mis omoplatos inesperadamente y dieron el empuje necesario para hacerme perder el equilibrio. Caí en medio de las tinieblas, una noche sin estrellas. Caminé a lo largo del pasillo hasta llegar a la puerta, detrás de mí venía el hombretón de la nariz roja. Conspirar contra alguien como H. no era saludable, eso lo sabía, tampoco ignoraba las consecuencias de mi acción, ahora no siento nada, no espero nada. El pasillo era interminable, largo como la eternidad; conté infinitas lámparas colocadas a ambos lados del pasillo, cada diez metros, diez largos y monótonos metros de piso, pared y mediocre luz. Llegamos a la puerta, yo adelante y el hombre atrás, aquel que tenía la nariz roja y la camisa manchada de café. Mi cuerpo chocó contra el piso sin misericordia alguna; caí de rodillas, pero la violencia del empujón me impulsó aún más hacia adelante, mi pecho golpeó con fuerza el frío cemento. El hombretón de nariz roja me empujaba de vez en cuando para que mantuviera el paso; él iba siempre detrás de mí, taciturno, empujándome eternamente a lo largo de aquel pasillo-universo. Esa noche salí de casa de G. mucho más tarde que de costumbre, el viento frío de medianoche azotaba de vez en cuando mi aterido rostro; había sido una reunión ordinaria, igual a muchas anteriores a ella, sólo que se había retrasado un tanto. Estaba pensando en el frío que congelaba mamutes cuando me dieron la voz de alto. Después del quincuagésimo varazo mi piel se había hecho insensible al dolor carnal y mi mente divagaba en el caos rojizo de un desierto de ascuas ardientes. Era la enésima vez que entraban en mi celda; la luz del pasillo golpeó el rostro de uno de ellos cuando se dio vuelta, iluminando una nariz de tonalidad rojiza, o así me lo pareció. Una sombra me pateó en el lugar acostumbrado, y cónsonamente emití el esperado quejido-gemido y me incorporé con dificultad sobre mis pies, me esposaron y el hombretón de nariz roja me empujó hacia afuera, la luz directa hirió mis ojos, asaeteando mis retinas. Caí de rodillas, gol-





peé el piso con el pecho, y mi rostro fue abofeteado por el frígido suelo; escupí sangre. No me moví, la visión de aquellos inmensos mamutes paralizados ante un monumental glaciar me dejó atónito; no sentí las esposas, sólo me estremeció aquella ráfaga nocturna de invierno boreal.

Siento el resabio salado aún en la boca; hace tiempo no oigo nada, salvo el silencio, el intenso zumbido del absoluto silencio. Me incorporo sobre mis adoloridas rodillas, comienzo a escuchar un suave siseo, un dulce reclamo de descanso reparador. Nos detenemos ante a una puerta, una de tantas; el hombretón de la nariz roja saca un manojo de llaves y abre sin dudar el inmenso portón de roble. Un acre aroma de flores ultravioleta comienza a inundar la oscura habitación, escucho el trepidar de un ejército de termitas nocturnas. La puerta se abre lentamente, muy lentamente, una pequeña rendija aparece en cuestión de siglos, y me petrifico en la muda contemplación de aquel portento. El hombretón empuja con destreza aquella puertita de papel cebolla, con suma delicadeza presiona en el sitio indicado y la puerta se desliza sobre su eje con suavidad. El cuarto está lleno de flores ultravioleta, montones de ellas se apiñan a los lados de mi cuerpo exánime; los mamutes pasan en desbandada sobre mi cadáver huyendo del glaciar que se les viene encima, y el glaciar me alcanza, me alcanza tirado en el suelo, en medio de aquella oscuridad atestada de flores ultravioleta, y siento frío, un frío intenso que paraliza mis pensamientos y obnubila mi mente. La puerta se abre de golpe y la oscuridad contenida sale desbocada y me devora... me devora.

© Jorge De Abreu.

Jorge L. De Abreu es un biólogo que trabaja en el área de bioquímica nutricional. Lector y escritor empedernido ha publicado algunos relatos en las revistas [Cygnus](#), [Necronomicón](#), [Letralia](#), [Axxón](#), [Efímero](#) y [Koinos](#). Es editor de los fanzines [Ubikverso](#) y [Necronomicón](#). Es miembro fundador de [UBIK](#) Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía, asociación que desde 1984 se encarga de la divulgación y promoción de la CF en Venezuela y mantiene un blog con ideas y relatos estrafalarios que sólo una trastornada mente puede concebir: <http://www.onilegroj.blogspot.com>.



DANZAS

por Alfredo Álamo

Ilustrado por Mauricio-José Schwarz

CONTEMPLANDO UN CUADRO DE FRIEDRICH



Mirando al abismo el abismo le miró
y perdió la cabeza, luz y esperanza,
camino al mundo de la muerte
bailando al son de una vieja canción
que ni tenía letra ni forma, nombre
o razón, canción de locos, vampiros,
sangre en venas de diosas morenas,
de templos azotados por un viento
negro, templos de amor, miedo,
lágrimas y horror.

Dame tu voz, dame tu vida, eres
la Noche, la Luna, la Muerte, la Risa,
el alambre de espino, una niebla rojiza
y absurda, cada noche eres tú, fantasma,
ilusión, visión inagotable, suspiro
de un mágico y tenebroso amor.



PEQUEÑA DIOSA

Quiero tus labios de metal cromado,
quiero tu cuerpo de encaje dorado,
quiero besarte en un charco de sangre
y amarte y matarte y sentir tu agonía,
pequeña diosa que siempre reía.

Quiero tu amor de drogas y alcohol,
quiero tus ojos de ningún color,
quiero verte bailar por el abismo
y abrazarte y llorarte y sentir tu agonía,
pequeña diosa que siempre reía.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 8



Y acabar así con mi pequeño infierno
de luz, sombras, oscuridad y ensueño
por la Madre Óxido y la Telaraña,
por la Rabia, el Olvido y la Vida,
por la pequeña diosa que siempre reía.

© *Alfredo Álamo*

Alfredo Álamo también es un apasionado de la poesía. Comenzó escribiendo poesía antes de los 18 años, como prueban estas poesías y aún continúa en ello. De hecho, quedó finalista en el *Concurso de Ciencia Infusa 2003* con *ALFREDUS ELÉCTRICO* y este año es candidato a los *Ignotus* con *APOCALIPSIS RELATIVO*.



EL DESPERTAR DE LA BESTIA...

por Daniel Gianatti

Soy una babosa reptante,
repleta de inmundicia,
que quiere plasmar en los que lo
rodean
todas sus frustraciones

Como el lobo estepario solitario,
me encuentro en la oscura noche,
olvidado por todos a los que recurrí
en busca de refugio.

El frío cala mis huesos
hasta lo más profundo
y recuerdo con dolor
las promesas no dichas.

Has abierto las puertas clausura-
das
y has dejado paso a los demonios.
Los has soltado en la noche

y ya comienzan a depredar.

Cúidense los pobres aldeanos,
de las sombras de la noche
y procuren desplazarse en grupos
nunca, nunca, solitarios.

Cuídate pequeña, que si no lo
haces
nadie te salvará y, entonces,
saciaré mi hambre ignota
e inconmensurable de edades pre-
téritas.

Crujirán tus huesos en mis man-
díbulas
mientras mastique tu carne tierna
y al deglutirte en cada bocado
saborearé tu íntimo aliento.

© *Daniel Gianatti*

Daniel Gianatti, de Rosario, Argentina, nació en 1954. Poeta, autor de algún cuento corto, comenzó a escribir en 1986, cuando junto con **Edgardo Iñigo** comenzaron a editar el fanzine *EL PLANETOIDE INEPTO* durante 2 años y 7 números. Ahora ambos editan el newsletter aperiódico de ciencia-ficción también llamado *EL PLANETOIDE INEPTO* con casi 400 suscripto y 14 números publicados. Es Contador Público, voraz lector del género e interesado en su difusión...



REVENTANDO

por Javier Álvarez Mesa

Ilustrado por Fernando León González y Gustavo Felix Claramunt

Si te la chupan

te la chupan

Rubén Esquivel

1.

Hubiera sido una vida normal, como la de cualquier otro transexual, de no haber sido por aquel encuentro. Pero empezamos por el principio, que es por donde debe empezar toda historia. Nací en abril del 77, en Sevilla; pero trasladaron a mi padre –que aparte de encargos varios trabajaba principalmente para la compañía *Carbonell* de aceites y vinagres– a Córdoba cuando apenas contaba tres añitos de edad. Así que me crié entre los *putos* cordobeses en la *puta* Córdoba, y no fue hasta los once años que descubrí la verdadera razón de por qué mi padre le tenía tanta tirria a esa ciudad. Ya de chiquitito compartía el odio de mi padre hacia cordobeses y malagueños (de los franceses mejor ni hablamos), aún sin entender muy bien las razones, suponía que algo de malo le habrían hecho a la familia, o que igual también le tiraban la carga del camión a papá, como los franceses. Qué sabrán ellos (los cordobeses), con su pueblo grande, paletos que no saben más que gritar *puta Sevilla y puta Canal Sur*.

Pues bien, pese a que Córdoba se hallaba en segundo lugar en Andalucía respecto a lo que en número de burdeles se tratase, no eran especialistas en cosas poco comunes. Así pues, había pocos maricones; y de travestis, no hacía falta más de una mano para contarlos. Y es que si de algo podemos estar orgullosos los sevillanos es en no tener nada que envidiar a los madrileños en negocios de prostitución; si ellos tienen la Casa de Campo llena de travelos y putas, aquí en la Alameda tampoco faltan. Y vaya travelos, *mi arma*. Auténticas bellezas que no tienen nada que envidiar a la más hermosa de las hembras, y que la chupan veinte veces mejor. Y entre todas esas dadoras de placer, la número uno, servidora, una superhéroe que no tiene nada que envidiar ni al mismísimo *Blade*. Me los cargo sin necesidad de peleas espectaculares ni que me tengan que poner música de *Prodigy* de fondo. Mas no adelantemos acontecimientos.



Lo descubrí a los once.

Papá no había sido nunca una buena persona, siempre andaba emborrachándose y pegándonos palizas; era como se supone debe ser un padre, un buen pedazo de cabrón que viola a su devota esposa, la puta de tu madre, después de calentar a sus bastardos hijos. Porque papá no era papá, y aunque entonces no lo entendía muy bien, ahora entiendo porque mamá saludaba tan efusivamente al vecino del 2º A. Éramos dos bastardos, pero para entonces Juan ya había cumplido los diecinueve y hacía cosa de un año que no paraba en casa, así que al que le colocaron la peluca rubia y le dieron por el culo fue a mí. Me desperté con una polla enorme en mi culo y unas manos apretándome el cuello. Papá estaba muy bien dotado, lástima que no le excitaran las mujeres, podría haber sido hijo suyo de verdad verdura.

—¡Cuán tarde he descubierto la joya que guardaba en casa! Qué buena estás, Antonia.

—Papá... no... —sentía un dolor horroroso en el ano.

—Goza, Antonia, goza.

—Papá, soy Antonio, soy tu hijo.

—Calla, puta bastarda. Ahora traga.

Y me dio de ostias y me obligó a chuparle la polla hasta que se corrió en mi boca. Los recuerdos de esta primera violación se me hacen difusos ahora, pero creo que en algún momento llegue a disfrutar, en las oscuridades de mi alma hice caso de su consejo y disfruté. Pero en el exterior me aterraban esos momentos, y mamá callaba; lo sabía, pero callaba. Quizá fuera la puta que papá decía. ¿Cómo cojones se aguanta que tu marido viole a tu hijo? ¿Qué persona sería capaz de callar ante tal aberración?

En el colegio se reían de mí, pues corrían rumores que nadie creía, pero que aprovechaban para burlarse y descargar sus frustraciones en mí. Podía leerlo en sus labios: *Ahí va Antoñito, dicen que sus padres lo prostituyen, ¿No os habéis fijado como anda? Eso es porque pone el culo por dinero, Mirad, ya viene el chaperó comemierda.*

A los catorce años todo acabó, no aguantaba más sus perrerías; celebré la obtención del graduado escolar cargándome al viejo. Para él la hora de la siesta era sagrada, si se te ocurría hacer ruido y despertarlo sacaba el *dos de bastos* (así llamaba a una barra de acero que se había encontrado en el campo) y te corría a palos, ¿qué mejor momento para morir? Conseguí robar



un poco de cloroformo del aula de ciencias y me aseguré de que no despertara, mamá estaba drogada con los *valiums* que le recetaba el médico para los dolores. *Es por el trabajo de la casa, es que tengo la espalda fastidiada*, decía la muy puta de mamá. El muy cerdo (de papá) roncaba como un tronco mientras lo ataba con una improvisación de cordelería a base de las cuerdas de las ventanas, cinturones y sábanas liadas. Fui al armario de su dormitorio, con cuidado de no despertar a mamá, no todavía, y rebusqué entre sus cajas de herramientas. En la pequeña gris encontré un martillo de cabeza pequeña y unos alicates que parecían resistentes. De la caja grande roja saqué una bolsita de clavos del siete y cómo no, faltaría más, también cogí el maletín del taladro. La venganza es dulce como el roce de la piel humana. Más placentera cuanto más dura el ritual de preparación.



ojos vacíos suyos. Su pasividad me animó a continuar la tarea.

No recuerdo muy bien el momento exacto de la muerte del bastardo, no recuerdo nada después de observar a mi madre en la puerta del salón, hasta que en un momento dado me desperté como de una ensoñación, agitando el taladro y salpicando de sangre las paredes de la habitación, eufórico, o eufórica, pues ya entonces creo que me convertí en Antonia. En un instante dado debí de enloquecer, pues al *despertar*, me encontré con que le había machacado los sesos a aquel cabronazo a golpe de taladro. Ojalá te estés pudriendo en el infierno, cerdo.

Pues eso, que menudos berridos dio el muy bastardo cuando comencé a taladrarle la rodilla. *Hija de puta, cabrona eres, Antonia*, se dirigía a mí con improperios e insultos. *Mala hija*, me reprochaba el muy cabrón entre alaridos, mientras le clavaba a martillazo limpio los del siete, uniendo sus manos a los reposabrazos del sofá, que eran de madera de roble. Se desmayó unas cuantas veces, pero yo lo reanimaba. En un momento dado me giré hacia la puerta del salón, interrumpiendo la faena a causa de un desmayo del muy cabrón, y vi allí varada a mamá; silenciosa, furtiva, fumándose un pitillo, mirándome con esos





Esa es la historia de mi transexualidad. En cierta forma, supongo que de no haber sido por ese pederasta cornudo no habría descubierto los placeres anales, debido a mi timidez. Sí, de verdad que soy tímida. El que una fuera puta era por necesidad, que lo sepan. A ver qué otros empleos puede ejercer un transexual sin estudios. Si tengo valor y algún día me hago la operación completa supongo que las posibilidades laborales se expandirán, aunque ya me da lo mismo, pues lo que empezó siendo una segunda *ocupación* me ha reportado pingues beneficios; tantos como para abandonar la prostitución. Lo chungo es que se trata de una ocupación harto peligrosa y arriesgada, más que la de bomberos y policías.

2.

En un principio no era más que un simple chapero de calle, que pronto cayó en la trampa de la droga; pero un cliente bondadoso, un viejo de polla pequeña pero corazón enorme, me ayudó a escapar de aquella espiral de muerte y me pagó la primera operación; yo a cambio se la tuve que chupar de gratis hasta que murió de infarto un día, pero no por mi maña y buen proceder, si no por la invasión de un país oriental donde tenía no sé qué contratos que fueron cancelados. Pobre maricón. Tanto fumar y tanta tensión, no lo pudo soportar... En fin, así es la vida, todos vienen de la misma forma pero cada cuál se va de la manera que le viene en gana, y él eligió ésa, un infarto por una mariconada de guerra. Lo que yo les diga, la vida es una mierda, y lo puedo atestiguar con pruebas.

Y como no tenemos bastante con la que nos liamos entre nosotros mismos encima hay que aguantarlos a ellos. Vas tú por ahí tan tranquila, buscando clientes y se te acerca un pavo con la cara muy blanca, babeando y diciendo cosas como *pasa tía* o *cuánto pesas* y mascullando cosas como *buena sangre, buena sangre* cuando lo acompañas a un hotelito, creyendo que no lo escuchas pero vaya buen oído que tengo yo. Eso fue lo que pasó. Por aquel entonces andaba yo en la veintena recién cumplida, obsesionada en mi vulnerabilidad adquirida por la reciente operación. Ahora era una tía, con polla, pero una tía; y es a las tías a las que atacan los asesinos sicópatas y demás pirados, tenía que defenderme, así que me compré varias armas y me apunté al gimnasio: full contact, culturismo y judo. Ahí es menos. Ya llevaba cosa de un año cuando aquel nosferatu se me acercó y me preguntó que *cuánto*.

—Diez mil —le dije yo.



—No, que digo que cuánto pesas.

—¿Y a ti qué te importa?

—Buen litraje...

—¿Cómo?

—Vamos a una habitación —dijo enseñándome la pasta.

El pavo estaba muy tenso, sudando sin sudar, con los ojos mirando a todas partes y a ninguna. Ya me olí algo raro, pero me había enseñado la pasta. Ahora supongo que había nacido recientemente, y he ahí su congoja y su ansia. Vamos, que estaba con el mono.

Alquilamos una habitación en un hotelucho de mierda, frecuentado por yonkis y putas varios, allá en el centro de la puta Córdoba.

Y hago aquí un inciso porque se preguntarán ustedes por qué coño seguía en aquella ciudad que me había arrastrado por la senda de la desgracia, pero es que hay que ver como se agarra uno a lo que le lleva por la calle de la decadencia y la amargura. Aquella ciudad me había despertado a la madurez y al horror y me sentía extrañamente ligada a ella. No podía abandonarla. No puedo.

Pues eso, que ya en la habitación el tipo comenzó a desnudarse y yo hice igualmente, dejando siempre al alcance de la mano mi bolso, donde guardo mi beretta. En esto que acabé de despelotarme y me dispuse a empezar haciéndole una mamada cuando el tipo reculó.

—Pero... pero... —farfulló.

—¿Pero qué? —dije.

—Tienes polla.

—Ya.

—Yo... yo creía.

—Sí, ya me estoy dando cuenta de lo que creías —ya me había pasado más de una vez, supongo que soy tan deslumbrante en mis rasgos y atributos femeninos que no se imaginan lo que escondo—. Mira, tío, puedes hacer dos cosas; te piras ahora pero pagándome la mitad, que esto a mí me está



costando de perder otros clientes, o te quedas, te la chupo y me follas. Incluso si te da morbo, te follo yo a ti. ¿Tú decides?

El pavo dudó un instante, luego se encogió de hombros y se acercó, metiéndome la polla en la boca con escasa consideración. Así seguimos un rato, hasta que el pavo dijo que tocaba follar. Y en eso estábamos cuando de repente le picó la mosca de la sangre y saltó a agarrarme del cuello en intentar morderme. Se ve que no estaba con muchas fuerzas, mas después de la mamada que le había hecho, así que conseguí zafarme de él. Era algo gracioso, dos tipos con la polla tiesa peleándose, uno lanzando mordiscos y el otro pateando, intentado abrir a la vez el bolso y sacar la beretta.

La saqué y le pegué un tiro en la frente. El tipo se derrumbó sobre el piso, y así se quedó mientras yo me vestía. Pensaba que tenía que salir de allí de inmediato, alguien habría oído el disparo y seguro que la poli estaba al caer. Por primera vez reparé en el cuarto,



menudo asco. Cortinas agujereadas y raídas, cubiertas de una espesa mugre. Muebles vetustos, de antes de la Guerra de Cuba, protegidos por una capa de polvo y mierda de ratón. Y las sábanas, qué decir de las sábanas, donde las corridas había dibujado una telaraña. Qué asco de sábanas, que rezumaban a causa de nuestro sudor, pues el sudor reblandecía el semen cristalizado entre las hebras de hilo, y despertaba a los espermatozoides muertos, convirtiéndolos en espermias muertos-vivientes. Se me fue la olla, supongo que por algún hechizo del vampiro que se regeneraba tumbado sobre el terrazo hecho piscos del suelo; bien por eso o bien porque soy proclive a que se me vaya la olla. Tanta droga tomada en su tiempo no es buena para las conexiones neuronales.

El caso es que allí estaba yo, la muy bella, divagando sobre los sueldos paupérrimos que debía cobrar la limpiadora del hotel, si es que la había, cuando el tipo del tiro en la frente se levantó y saltó de nuevo sobre mí. Joder, qué susto. No era un pirado, era una especie de vampiro, como ya he descrito en el párrafo anterior y se vienen sospechando ustedes desde hace rato. El asunto era que no me lo podía cargar con mi pistola, cuya munición no había sido desarrollada por un departamento de caza de vampiros, sino por gente vulgar y corriente que diseña y fabrica balas para matar gente corriente que camina por la calle (o no, según donde vaya y si tiene coche o



hay autobús), pero aunque no me lo podía cargar *definitivamente* bien le podía descerrajar otro balazo de la ostia y tumbarlo por otro buen rato, rato que aprovecharía para pirármelas del lugar, en vez de quedarme sentada discurriendo y recapacitando sobre cuestiones nimias. Así que le pegué otro tiro, saqué un machete —que también llevo en el bolso. Tengo un bolso muy grande y cabe de todo— y le corté la polla, pues según mis conocimientos en regeneración vampírica pensé que así tardaría más en lo tal. Dicho y hecho lo dicho, me largué del susodicho hotelucho.

3.

Propiamente dicho y con propiedad, aquel no fue el primer vampiro que maté, pues como bien deducirán, cabe suponer una alta probabilidad de que el pavo se levantara, volviendo a la vida, tras el segundo tiro al igual que hizo tras el primero, por mucho que en la segunda ocasión además del tiro recibiera un corte de polla. Supongamos que el pavo se regeneró, se incorporó y salió del hotel y santas pascuas. Por ahí andará, seguramente guardándole inquina a cierto travelo que se le resistió un día en una habitación de motelucho, travelo que conoce acerca de su orientación bien bisexual bien homosexual. Esta ciudad (Córdoba) tampoco es tan grande y si sigue por aquí, algún día volveremos a vernos las caras. Lo va a tener chungo porque el armamento que porto ahora es altamente mortífero para la raza vampírica.

¿Y cómo llegué a convertirme en cazadora de vampiros? ¿Mucho ver *Buffy* se preguntarán?

El caso es que antes de marcharme de la asquerosa habitación me dio por registrar a aquel torpe sobrenatural y hallé su cartera repleta de billetes, los cuales sustraje sin dudarle. También me quedé con su chaqueta de cuero.

Eh, le dejé los pantalones y la camiseta. Un detalle, ya que el cabrón había intentado chuparme la sangre.

Por un tiempo proseguí con mi prostituida vida, sin embargo, los momentos de sosiego los pasaba divagando más de la cuenta y siempre sobre el mismo tema; lo llamado sobrenatural. Ese tipo era





un vampiro, sin duda, lo había visto con mis propios ojos. A ver quién si no iba a sobrevivir a un disparo en la frente y tenía tantas ganas de morder, un vampiro, seguro que sí, no había duda. Entonces si existen los vampiros y se supone que son muertos vivientes, gente maldita y tal y cual, pues será porque existe el mundo sobrenatural, y Dios y demás cosas de esas. O a lo mejor no, a lo mejor es por un virus y alguna cosa que puede explicar la ciencia, que eso también salía en una película. ¿Existirán también los fantasmas y los hombres lobo? Una vez vi un dibujo de un hombre lobo con una polla enorme. Ya ves si haría falta bombear sangre para levantar ese pollón. Pero en lo que estaba, si existen los vampiros entonces tiene que haber gente que sea su esclava y los ayude, sirvientes como los rumanos esos del Drácula o los que llevaban tatuajes en plan ganado del *Blade* ese. Una vez leí un libro, de esos que dan gratis de vez en cuando con el periódico, era una paranoia auténtica en la que se aseguraba que los basureros conspiraban para dominar el mundo. ¿Quién sabe? Igual los basureros, que en el libro llamaban basuros, son los esclavos que usan los vampiros. Igual dentro de cada camión de la basura va un ataúd; sí, puede ser, así si a un vampiro le sorprende la luz del día, pues llama por el móvil a un camión de basura, éste viene, se monta, y a dormir resguardado del Sol como un niño bueno... Y así me pasaba las noches, poniendo el culo o discurriendo sobre la naturaleza vampírica. Y si ese tipo, que tenía una pinta de pobretón del cagarse, llevaba tanta pasta encima, ¿Cómo de rico sería un vampiro de los poderosos? Uh, la cosa sería ver si se podía vencer (y matar) a cualquier vampiro tan fácil como a aquel desgraciado, y a ver qué rastro dejaban cuando se los matara. Si fuese como en las películas del Cushing que se deshacían en cenizas, a ver qué juez te iba a condenar por mucho que te pillasen. ¿Qué iba a decir la poli? «Sí, se lo cargó con una estaca... No, señoría, no tenemos el cuerpo porque era un vampiro y se desintegró después del estacazo».

Decidí buscar a otro vampiro y probar de cargármelo, por cosa de hacer el Bien y ganarme un dinerillo, más por lo segundo que por lo primero. No me digan que me fallaba la lógica, ya lo sé, ¿por que un chino sea rico todos lo son? Sí, pero ya les digo que a mí, desde lo de la droga, el raciocinio no me ha funcionado muy bien. Yo había descubierto que los vampiros existían, aquello era un shock, que más daba que mi deducción fuese que si ese vampiro con que yo me había topado por casualidad llevase un fajo de billetes en la cartera fuese rico, y que si yo lo consideraba rico a él, ya considerase ricos a todos los vampiros. Sí, era una deducción errónea, pero casualmente más tarde resultó la cosa en que había un montón de vampiros ricos. Claro, todos los viejos, mientras más llevasen en el mundo más oportunidades tenían de hacerse ricos; por usurpar personalidades de víctimas, por aliarse con la



canallesca política del momento o bien por otros medios, a mí me daba igual, yo los desvalijaría a todos.

¿En qué estaba? Ah, sí. Búsqueda de vampiros. Al contrario de lo que la gente pueda suponer, encontrar a un vampiro es más fácil de lo que pueda parecer. Todo es cosa del dominio que se tenga del ambiente nocturno, hay que saber cuándo y dónde buscar. Los vampiros suelen visitar los locales nocturnos asiduamente, van de bares y pubs tan panchos como ustedes pueden ir a la carnicería o al supermercado. Una vez allí intentarán conseguir comida de calidad y, si no es así, saldrán airados a vagar por las calles hasta dar con la comida de segunda, un yonki o cualquier puta desafortunada. Lo mejor es conseguirse una buena (o un buen) estudiante, saludable ella, libre de enfermedades. En contra de la opinión pública, si es que la hay, las enfermedades afectan a los vampiros; no llegan a matarlos, pero los joden como joden a cualquier mortal.

Una vez vi un vampiro con gripe.

Sí, sí. A lo que estaba; pues resulta que en un principio yo me imaginaba a los vampiros algo así como al Jack el destripador ese. Digo yo, me dije, que intentarán cargarse a gente que la sociedad considera basura, hacerla desaparecer si pueden, o que por si la encuentran (a la víctima), que la poli no se preocupe mucho, ¿no? Pues eso, y a la peña lo que menos le importa es lo que le pase a un drogata o a una puta. Bueno, los maricones tampoco es que preocupen mucho, pero como ahora está de moda lo políticamente correcto y maricones que votan hay muchos... Allí estaba yo divagando como siempre, pero llegando a la conclusión de que las putas y los drogatas eran víctimas propicias para los vampiros. Así que me fui a los Jardines de la Victoria y me senté en un banco. Al poco aparecieron dos niños con navajillas.

—Eh, tú, puta —me dijo uno, balanceándose frente a mí y esgrimiendo su navajilla.

—¿Qué pasa, mamón? —le dije yo, sacando mi beretta.

—Nada, nada —dijo el uno, y se largaron como si le hubieran metido un litro de vinagre por el culo.

Esperé un poco más, y otro poco, y otro, así hasta que llevaba esperando dos horas y eran ya cosa de las cuatro de la madrugada. Había rechazado dos clientes por un absurdo. ¿Quién coño me decía a mí que sentándome en aquel banco iba a venir un vampiro a tratar de morderme? Vaya tontería,



empecé a divagar, a cuento de qué niño santo se me ha metido a mí en la cabeza que si sigo aquí haciendo la tonta va a aparecer un vampiro y...

Apareció. Un tipo blancuzco como el otro, pero éste no tenía pinta de yonki con el mono, ni sudaba sin sudar. Hizo hacer ver que era un cliente, también simuló hacer ver que sabía que yo llevaba sorpresa.

—Le importaría a usted, señorita, acompañarme a mi vivienda, es decir, residencia habitual, para allí estar más cómodos en lo que a la transacción comercial que vamos a realizar se refiere —me dijo. Era muy educado, no se le entendía la mitad de lo que decía, pero se veía que era de colegio de pago.

—No me importaría en suma —le contesté. Así que fuimos a su vivienda residencial y procedimos a ducharnos en cortés compañía, o sea, juntos. En la ducha el me cogió la polla y me la meneó. Me dijo que siempre había soñado con hacer eso, pero que no se había atrevido hasta hace poco. Ya, vamos, me pensé, que antes te daba corte que vieran lo maricón que eres, pero como ahora te puedes cargar a todo aquel con el que follas, pues como que no te da tanto corte. Luego me la chupó. Coño, vaya novedad, me dije, siempre era a mí al que le tocaba chupar. Bueno, pues fenómeno; tú sigue, chaval.

—Venga, metémela —me dijo, volviéndose de espaldas. Joder, menudo mariconazo.

Mariconazo pero con mala leche, que luego el hijoputa tenía planeado arrancarme medio pescuezo a bocados.

—Salgo un momento, espérame aquí.

Corrí la mampara, que era de vidrio rugoso, y salí de la ducha, también salí del cuarto de baño cerrando la puerta tras de mí. Éste daba directamente al dormitorio, donde había dejado mi bolso, en el cuál rebusqué hasta encontrar una estaca de madera de nogal que previamente me había ocupado de afilar. La sostuve con la izquierda y con la derecha busqué en el bolso un mazo que había comprado en el *Carrefour*. En esto que la puerta del cuarto de baño se abrió y ante mí el mariconazo me contemplaba atónito. Sin darme tiempo a empuñar el mazo me abalancé sobre él aferrando la estaca con las dos manos y gritando como un mandril hembra. Impacté en mitad del pecho, hundiéndose la estaca en el ser vampírico, destrozando costillas, desgarrando carne y reventando al fin su maléfico corazón.



—¡Muere, bicho de Satanás! —le grité. Él se deslizó, haciendo tabletear la puerta, aferrado al pomo.

—¿Por qué?

Y ahora me dirán ustedes que si se esfumó o se convirtió en cenizas o explotó o qué, pues nada de eso. Porque ese tipo, y me apesadumbra decirlo pues es una muerte que llevaré en mi conciencia, no era ningún vampiro. Era sólo un mariconazo que recientemente se había aceptado a sí mismo. Sí, era muy pálido y demás, y vestía muy raro, pero no era un vampiro. Sangró como mortal y ni se volatilizó ni nada. Les cuento lo sucedido pues fue mi primer asesinato, si bien había errado en la víctima, esto lo comprobé a posteriori, y aquel suceso no sirvió si no para confirmarme en la maldad vampírica, a causa indirecta de la cual había muerto un inocente. Ello me reafirmó en mi convicción de erigirme en caza vampiros.

Una vez comprobado que aquel maricón no era un vampiro, razoné todo esto que les he contado, le desocupé la cartera de papel moneda, recé un padre nuestro y huí vilmente de su vivienda residencial.

4.

Les puedo asegurar que el segundo tipo que maté era un vampiro. Éste sí que se deritió cuando le clavé una estaca, y no veas qué peste lió el cabrón. Pero empecemos por el principio, aunque eso ya lo he contado; mejor empecemos por la noche siguiente a aquella en que me cargué al maricón educado.

En muchas películas cuando se le clava la estaca al vampiro se muere y punto, pero no hace espectacularidades, por ello no me hallaba yo muy convencida de que el maricón educado fuese un mortal o no. Todavía tenía mis dudas. Sí, ya, como les digo, yo estaba en que me había equivocado, en que había cometido un crimen contra un semejante; pero y si era como en esas pelis que los vampiros sólo explotaban o desintegraban ante la luz del sol, que si les clavabas una estaca se morían simplemente pero ni estallaban ni nada. ¿Qué pasaba entonces? Igual el maricón educado era un vampiro, igual no había pecado contra un semejante y contra Dios y no pasaría la eternidad en el infierno. Mis dudas se despejaron cuando vi derretirse a la siguiente víctima de mi estaca de nogal. Hallábame de nuevo en el mismo banco del parque, a las tres de la madrugada, discurriendo si debería haberme asegurado cortándole la cabeza al mariconazo y haber quemado su



cuerpo cuando me abordó un tiparraco cuyo aliento hedía a muertos podridos, nunca mejor dicho.

—Buenas noches, señorita. ¿Es usted de por aquí? Yo he sacado a pasear el perro.

—¿A las tres de la mañana?

—Sí, el muy maldito me ha despertado ladrando y he supuesto...

—¿Usted ha supuesto que... se cagaba?

—Yo no lo hubiera dicho así, señorita, pero algo parecido.

—¿Quiere decirme algo más?

—Usted perdone si la importuno, señorita, pero...

—¿Por qué no me dice que me quiere follar? ¿Qué me dice si le pido diez mil por follarme?

—Diría que es usted muy directa, señorita.

—No me llames señorita, llámame puta.

—Lo que usted diga, seño... puta.

Otro educado, muy modosito él. Seguro que no era tan modoso a la hora de arrancarme la nuca a mordiscos. Se le veía que era un vampiro; ese aliento, esos ojos vacíos de vida, sacando el perro a las tres... Bien, dirán ustedes que de nuevo me fallaba el carburador, que menudos razonamientos, pero la suerte estuvo de mi parte y aquel gilipollas resultó ser un vampiro; estúpido, pero vampiro, que de todo tiene que haber en la viña del señor. Para cuando llegamos a su pisito en Ciudad Jardín ya llevaba rato berraco y le rezumaba la punta del nabo, así que no más entrar y cerrar la puerta me agaché, sin desvestirme ni nada, le desabroché el pantalón, se la saqué y empecé a comérsela en plan salvaje. Astutamente había cerrado antes de que entrara el perro, que se quedó en el pasillo de la escalera, gimiendo quedamente, lanzando algún ladrido-chillido ocasional. Mientras se la comía, agarrándosela con la mano diestra, con la siniestra rebusqué la estaca de nogal en el bolso, la encontré. Haciendo maniobras bucales, cogí la estaca con las dos manos y la lancé hacia arriba, dando en clavarla en la zona entre donde cuelgan los huevos y el agujero del culo, vamos, que pueden decir que lo empalé. Un correón de sangre surgió al retirar la estaca y el tipo se derrumbó en el suelo,



chillando como un cerdo. Alcé mis brazos con la estaca entre mis dedos engarrotados y descargué mi furia de nuevo clavando la estaca entre las costillas flotantes de la parte derecha del torso, en dirección hacia el corazón y los pulmones. En estas que una cantidad de sangre imposible de ser albergada en un cuerpo humano anatómicamente correcto brotó de la boca del vampiro gilipollas y me bañó de la cabeza a las tetas. Joder, a ver si me voy a ahogar, pensé, pero el caño dejó de fluir con prontitud y el gilipollas del nosferatu comenzó a derretirse, inundando la habitación una peste de mil demonios (ya ves, un vampiro echaba la misma peste que mil demonios, así sería de guarro el tío). Intuí que aquellos vapores que inundaban la estancia serían capaces de causarme la muerte por asfixia y/o envenenamiento así que corrí como loca por las habitaciones abriendo puertas y ventanas.

—Ea, qué corra el aire —dije, y me dispuse a registrar muebles y cajones en busca de mercancía valiosa y papel moneda de curso legal. Así hice, consiguiendo un botín por valor de dos mil setecientos euros entre pitos y flautas; o más bien, entre billetes y objetos varios. Y ésta es la historia de cómo me cargué a mi primer vampiro, tras un primer intento fallido.

Ah, y al perro también lo tuve que matar, pero de un tiro de la beretta, que el hijo de puta se me lanzó al cuello —no, no era vampiro; no se derritió— nada más abrirle la puerta del piso.

No, no me fijé en los colmillos. Ni siquiera le dio tiempo a intentar usarlos.

5.

A sí seguí una temporada, matando vampiros pardillos de tres al cuarto y equivocándome de vez en cuando y matando a mortales comunes, lo cual era un fastidio porque no se derretían y había que tener cuidado, que la poli no es tonta, como ustedes ya sabrán. Así fui haciéndome con un fondo de recursos, un montante que me permitió retirarme de mis actividades prostitutivas. Lo mejor es cuando pillabas a uno de esos richachones del Brillante, ya saben, el barrio pijito de Córdoba. Luego me di cuenta de lo que les dije, de que la carne de primera la buscaban en los bares. Además, era allí donde más posibilidades había de encontrar un buen partido, un vampiro de recursos. En las discotecas y sitios caros, claro está, cómo no había caído. Igual que los mortales; las personas no se dividen por raza o credo, se dividen por dinero y poder. Los ricos con los ricos y los po-



bres con los pobres, si es que es de perogrullo. Los vampiros ricos quieren morder mortales ricos, ahí lo llevan.

Así que comencé a frecuentar lugares de postín y a hacer la calle por los barrios del Brillante, pero a la poli le dio por detenerme.

—Oiga, usted, ¿qué hace por aquí?

—Pues... pasear.

—Ah, no, usted no puede estar aquí. Aquí no se puede hacer la calle.

—Pero bueno, ¿me está llamando puta?

Y me detenían y al calabozo una nohecita, por puta. Así que cambié de táctica, me compré ropa de pija y cuando me pillaban paseando decía que era una acompañante de la *agencia* y que estaba buscando el número tal de la calle cual.

—Hola, buenas noches, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Oigss, sí. Resulta que no encuentro el número trigo de la calle Rodrigo, que me han dicho de la agencia que era por aquí.

—Ah, pues yo la ayudaré si me lo permite.

Y el muy bastardo del mono (agente de policía) me llevaba del brazo hasta la puerta de la casita en cuestión, casita que yo previamente me había asegurado de que existiese. Así que si eres puta que te follen pero si eres puta de lujo te limpio el culo si hace falta... Pues menuda hija de puta es la gente, si es que están todos deseando de poner el culo en cuanto huelen la pasta. Eso es lo que pasa con esta sociedad de mierda, ni raza ni credo ni pollas, el verdadero racismo está en la pasta. Sólo existen dos clases de personal: los pobres y los ricos; y los pobres, los muy gilipollas, que son más, en vez de unirse y derrocar a los ricos lo que quieren es ser uno de ellos, para mirar a sus anteriores compañeros por encima del hombro. Mezquinos, corruptos e hipócritas, yo os maldigo.

Sí, ya, a lo que estaba. Que me fui haciendo con la vecindad y donde vivía Juan y donde Rafael, y adonde iba Manuel y adonde José. Así que un día se me acercó uno de esos vampiros hijoputas, me llevó a su chalet y me fue fenómeno, casi veinte mil euros que me hice frente a la media de dos o tres mil que sacaba de los pisos de los vampirillos de clase media-baja. Estos tíos estaban forrados, menudas me las prometía; pero claro, ya les dije, y si no se



lo he dicho se lo digo ahora, que la policía y la guardia civil y la fiscalía local, la general y el tribunal supremo no se toman el mismo interés por el asesinato o la desaparición de un pardillo que de un ricachón, miembro productivo de la sociedad. ¿Productivo de qué, cabrones? Esos banqueros, constructores, políticos, abogados y medicuchos que lo que son es unos parásitos, la verdadera lacra de la sociedad. Mamones que no dejan fluir el progreso constructivo, sino el destructivo. Matarlos a todos, eso pido yo.

Aquella primera desaparición no llamo mucho la atención, un vampirucho hijoputa que era la mar de viejo y ejercía como médico, desviando operaciones a su mutua privada y saqueando los bancos de sangre. Era viejo, muy viejo: Entre sus cajones encontré arcanos periódicos, uno de cuando el desastre de Annual, con eso les digo cuán viejo era el hijoputa del vampiro aquel.

El segundo ricachón, ese fue el que me costó la carrera, como quién dice. Aquél no se derribió, pues resulta que después de andando chupándosela y de clavarle la estaca de nogal, apareció la mujer con dos niños. Habían estado de vacaciones en no sé qué parque temático de más para allá de Murcia. Y claro, allí estaba yo, desnuda y con una estaca de nogal junto al cadáver del padre/marido. No era cosa de dejar testigos, ustedes me entienden, los até y les fui clavando la estaca uno por uno, por si las moscas alguno de ellos era un vampiro. Con los dos niños, uno de diez y otro de doce años, incluso disfrute, porque en lo poco que los traté los reconocí como unos cabrones con los cuernos retorcidos que de mayores se convertirían en una de las clases parásitas que antes les he mencionado.

A la susodicha familia la halló al día siguiente, muerta, lógicamente, una limpiadora que trabajaba con un contrato basura de quinientos euros al mes por diez horas de trabajo diarias. La noticia enseguida saltó a la prensa nacional como *El caso Ochavillos*. Los titulares se sucedieron día a día: *Hallada asesinada la familia Ochavillos al completo en su chalet, Nuevas pistas sobre el caso Ochavillos, Se relaciona al asesino con misteriosas desapariciones*. Eso en los diarios de la prensa escrita, que en la televisión fue el despiporre. Antena 3 y la Primera hicieron su agosto con sus programas pseudoperiodísticos de las tardes, ejemplo clásico de programas basura contra los que despotrica el propio presidente del gobierno, el mentiroso más grande de todos los tiempos. Pues eso, ¿no vieron el Diario de Ana ese? Salió un pavo que decía que el sabía quien era el asesino y que por veinte mil euros lo decía, pero ni se los dieron ni mierdas, si estaba flipado el tío. Y no dijo la propia Ana que los crímenes eran obra de un perturbado, que si el asesino creía que los tipos eran vampiros porque los había matado con una estaca. Claro que lo creía, en el caso del padre, pero tras matarlo me di cuenta de mi error, y, a



ver, no iba a dejar testigos, coño. Si es que era de perogrullo. Luego estuvo el nenaco que salió en el otro programa, Tardes con Patricia la puta o algo así. El nenaco llevaba la cara pintada como los *Kiss*, viejas glorias del rock. No se le entendía muy bien lo que decía porque hablaba como un gilipollas pero deduje de sus balbuceos que afirmaba que un vampiro le había mordido y estaba infectado, tenía gangrena en la pierna y pedía que se la cortaran porque si no tendría que volver a matar a una familia en su casa con una estaca de nogal. Aquello me dejó blanca, ese nenaco debía estar enlazado telepáticamente conmigo sin que yo me apercibiera de ello, o eso o es que se trataba de mí misma en una vida posterior o anterior, o tal vez los vampiros lo habían entrenado para decir aquello y hacerme salir de mi escondite. Igual resulta que los vampiros ricachones estaban organizados, como decía el del libro de los basureros, igual era cierto la conspiración basuro-vampírica para dominar el mundo. ¿Cómo si no podía explicarse que un borracho gobernase los sacrosantos U.S.A. y que un gilipollas gobernase la legendaria España? Estaba en las últimas y así lo confirmaron los señores agentes de policía (monos) que se personaron en mi residencia habitual a los cinco días de haber eliminado a la potencial familia vampírica Ochavillos. El resto ya lo saben, la televisión se ocupó de retransmitir el juicio con pelos y señales, difamaciones contra mi persona de por medio.

Esa es la historia de por qué vine a parar aquí.

6.

La enfermera pasó el turno a Alfredo.

—Bien, Alfredo, ¿Y tú? ¿Quieres contarnos algo?

—No.

—¿Recuerdas por qué estás tú aquí?

—Yo lo sé, yo lo sé —levantó la mano Eustaquio.

—Sí, ya sabemos que tú lo sabes todo —dijo la enfermera—. Pero ahora le toca hablar a Alfredo. Ya sabes el turno, Eustaquio. Tú hablarás después de Rodrigo.

—Rodrigo, recoge el trigo, Rodrigo, recoge el trigo —dijo Rodrigo.

—Rodrigo, silencio —rogó la enfermera—. Le toca hablar a Alfredo.



—Yo lo que quiero —dijo Alfredo— es hacer como el Gran Jefe, sí, como el Gran Jefe. Ahogaré una noche a alguien con la almohada y luego cogeré una fuente y, y, y, y ¡Plam! Saltaré por la ventana.

—¡Sí! Yo me pido que me ahogues —dijo alguno.

—¡Y yo, y yo! —dijo otro.

La enfermera se levantó y agitó brazos y carpeta ordenando silencio y calma. Silencio y calma, esa era la norma principal. No excitarse.

Antonio se levantó y caminó hacia los amplios ventanales, admirando el paisaje de Teruel, mientras la enfermera trataba de poner fin a la algarabía. Muchos querían ser ahogados, otros pedían desayunar, uno cigarrillos y otro que le hicieran una paja. Alfredo permanecía callado, enfurruñado, él ahogaría a quién quisiera, por mucho que se lo pidiera éste o aquél.

Antonio observó el vuelo de un gorrión.

© Javier Álvarez Mesa

Javier Álvarez Mesa ya se ha casado y sigue de profesor interino, cada vez escribe menos, lo cual puede suponer una buena noticia para algunos y una mala para... Por si no os acordáis, es cordobés y ha publicado por ahí algunas cosillas en [Qliphoth](#), Menhir, Solaris y un montón de revistas más. De entre sus producciones más oscuras y salvajes ha sido rescatado este *RE-VENTANDO* para vuestro deleite.



LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS

por José Carlos Canalda Cámara

Ilustrado por Marina Muñoz

Antes de comenzar mi narración he de confesarles que, quizá por vez primera en toda mi vida, me encuentro completamente perplejo frente a algo que siempre había considerado carente por completo de importancia. Yo, escéptico militante y agnóstico convencido; yo, que toda mi vida he despreciado a todos aquellos que mostraban públicamente sus creencias religiosas tachándolos automáticamente de supersticiosos, veo ahora turbado cómo las que yo creía eran mis sólidas convicciones se han derrumbado como un frágil castillo de arena sometido al embate de las mansas olas de un playa cualquiera.

¿Por qué escribo esto cuando es mi firme voluntad la de no mostrárselo jamás a nadie mientras viva? ¿Por qué, cuando he jurado (sí, ante el mismo Dios en el que nunca he creído) no confiar mi secreto a persona alguna? Bien, supongo que será por la necesidad de desahogo que todos llevamos dentro, por el deseo íntimo de poder sincerarme con alguien aunque ese alguien sea tan sólo una aséptica hoja en blanco que sólo habrá de ver la luz cuando yo haya desaparecido de este mundo. Pero esto, o al menos eso creo, ya no me importará entonces.

Pero centrémonos en el relato. Somos, o por hablar con mayor propiedad, éramos, un grupo de cinco amigos todos de la misma edad y similares hábitos y aficiones. El hecho de que todos nosotros nos mantuviéramos solteros y sin deseos de abandonar nuestra cómoda libertad, rebasada ya con creces la barrera de los treinta años, hacía que lleváramos una vida peculiar en comparación con nuestros antiguos amigos ahora convertidos en respetables –y alienados– padres de familia. Todos nosotros estábamos bien situados profesionalmente, teníamos dinero de sobra y ganas de disfrutarlo, y nos sentíamos sumamente cómodos en brazos de nuestra prolongada juventud. Hacíamos lo que queríamos, y no nos arrepentíamos de ello.

Por lo demás, y esto es importante destacarlo, mis cuatro amigos eran tan indiferentes en materia religiosa como yo mismo... Si no lo eran aún más; y en especial Raúl, protagonista principal de nuestra aventura. Raúl era exactamente igual que el resto de nosotros pero corregido y aumentado; de hecho, presumía frecuentemente de ser la persona más escéptica del mundo en lo que a cuestiones religiosas se refería. Aun para nuestro nivel el bueno de Raúl era un exaltado, y donde nosotros sólo mostrábamos una ele-



gante y despectiva indiferencia, nuestro amigo se revelaba como un furibundo militante antirreligioso... Lo que no dejaba de producirnos evidentes incomodidades dada su palmaria carencia de tacto en lo que a su trato con personas creyentes o religiosas se refería.

Esta aclaración es importante para entender suficientemente lo que sucedió. Todo comenzó una noche de verano en un acto social al que estábamos todos invitados; lo que comenzó como una conversación trivial entre él y un desconocido (luego supimos que se trataba de un *afamado* –es un decir– parapsicólogo) acabó degenerando en una áspera discusión acerca de las almas y de la vida después de la muerte... Huelga decir lo que nuestro amigo defendía, con una vehemencia dignamente emulada por el airado y presuntamente entendido en estos espinosos temas parapsicólogo de marras. Raúl no tenía, nunca los había tenido, pelos en la lengua, y a poco acabó expresando, en voz manifiestamente alta, su opinión acerca de la capacidad mental de su airado interlocutor.

No llegaron a las manos, pero les faltó poco. No sin esfuerzo los separamos llevándonos al furibundo Raúl a un lugar menos conflictivo, lo que se tradujo en que la fiesta se chafó también para todos nosotros. Teniendo en cuenta que mientras él discutía yo había estado tirando los tejos, con bastante buen resultado por cierto, a una rubia bastante despampanante que daba inequívocas muestras de no estar todavía comprometida para esa noche, puede suponerse sin riesgo a incurrir en ningún error que me supo a cuerno quemado la inoportuna metedura de pata de mi fogoso amigo.

Pero el mal ya estaba hecho y no tenía remedio, por lo que procedimos a llevarnos a Raúl a un sitio lo suficientemente tranquilo para que pudiera calmarse antes de acompañarle hasta casa. No, no se crean que Raúl había bebido de más; me consta que ese día, fuera de una o dos cervezas, no había probado el alcohol; pero sus *borracheras sobrias* –así llamábamos jocosamente entre nosotros a sus arranques de ira– no tenían nada que envidiar a las más soberanas *tajadas* del bebedor más impenitente que imaginarse pudiera.

Transcurridos algún tiempo y varios generosos *lingotazos*, se calmaron al fin tanto el enfado de Raúl con el parapsicólogo como el del resto de nosotros con Raúl por habernos chafado la fiesta. Al fin y al cabo la cosa no tenía ya remedio, por lo que poco habríamos ganado manteniendo nuestra actitud. Así pues, decidimos pasárnoslo lo mejor posible eligiendo, eso sí, a Raúl como el merecido objeto de nuestras pullas.



No merece la pena, por supuesto, relatar aquí todo lo que pudimos hablar a lo largo de varias horas, pero sí resulta necesario contar el final de la tertulia. A pesar de lo desenfadado de la conversación y del acoso en tercer grado al que jocosamente teníamos sometido al bueno de Raúl, éste seguía en sus trece acerca de lo que él denominaba *estupideces supersticiosas*, postura que de hecho no era otra cosa que su total y absoluta crítica a todo cuanto se relacionara de cualquier forma con los muertos o con la vida después de la muerte.

Bien, esto tampoco es demasiado importante. Lo cierto es que Juan, otro de mis amigos y con diferencia el más zumbón de todos nosotros, acabó retando a Raúl a que demostrara públicamente sus teorías... Lo cual en lenguaje llano venía a decir que no se creería sus baladronadas hasta que no le viera afrontar impertérritamente cualquier situación –con muertos por medio, por supuesto– que fuera capaz de atemorizar o, cuanto menos inquietar, a cualquier otro de nosotros. ¿Cómo? Se podría discutir, por supuesto, pero se le ocurría algo divertido. Puesto que la festividad de Todos los Santos estaba ya muy próxima, ¿qué nos parecía pasar toda una noche –esa noche– dentro del cementerio viejo?

Al oír tan pintoresca propuesta Raúl no tuvo por menos que echarse a reír. ¿Con tan poco se conformaba? Bien, no sería él quien se opusiera, aunque encontraba demasiado fácil la apuesta como para aceptarla. ¿No podía pensar en algo más complicado?

No, con eso sería suficiente, rebatió Juan. Todos los demás nos sorprendimos también por lo absurdo de la petición, pero conociendo como conocíamos a nuestro amigo optamos prudentemente por callarnos a pesar de que lo único que encontrábamos desagradable en la misma era la necesidad de pasarnos una noche en vela y pasando frío. Algo tramaba, de eso estábamos completamente seguros, por lo que los tres aceptamos rápidamente el envite a la espera de tener una oportunidad para enterarnos de lo que en realidad se cocía.

Fue al día siguiente cuando Juan nos citó en su casa a todos excepto a Raúl con objeto de explicarnos su triquiñuela. Su plan era sencillo: la noche de la cita él se disculparía alegando cualquier excusa al tiempo que nosotros tres nos encargáramos de acompañar a Raúl al cementerio. Mientras tanto él, convenientemente disfrazado, entraría subrepticamente saltando el muro por la parte trasera para aparecer ante ellos simulando ser la Muerte que llegaba a reclamar el alma de nuestro intrépido amigo. Y si éste conseguía mantener el tipo después del susto, habría que quitarse el sombrero ante tan inaudita flema... Flema que estaba evidentemente por demostrar.



El plan fue aprobado por unanimidad; todavía estábamos dolidos por los resultados de su última batallita, por lo que no se puede decir que nos disgustara precisamente la idea de hacerle sufrir una buena gamberrada. Así pues, perfilamos los detalles del plan y un día más tarde nos reuníamos de nuevo los cinco para organizar definitiva y oficialmente nuestra excursión nocturna.

El programa era sencillo: a las doce menos cuarto teníamos que estar todos en la puerta del cementerio viejo (bueno, todos excepto Juan, pero esto Raúl no lo sabía) de forma que a las doce en punto pudiéramos encontrarnos ya en su interior. Y a partir de entonces, lo que fuera sería lo que tuviera que ser.

Fuimos puntuales y a la hora estipulada estábamos ya los cuatro en el lugar designado; Andrés, tal como estaba previsto, dijo que Juan le había llamado media hora antes para decirle que se retrasaría debido a que había sufrido un pequeño accidente casero y necesitaba ir a la casa de socorro a que le hicieran una cura. Ignoraba cuánto podía tardar, pero llegaría allí en cuanto pudiera para sumarse al grupo. Luis y yo, que éramos el resto de los conspiradores, fingimos creérnoslo al tiempo que Raúl se limitaba a refunfunar algo acerca de la *casualidad* del accidente; pero –añadió– puesto que contaba con suficientes testigos, no veía la razón por la que hubiera que aplazar la visita.

Entramos, pues, en el viejo cementerio tras forzar sin demasiados problemas la oxidada cerradura. Éste llevaba ya bastantes años abandonado y completamente desasistido, por lo que se prestaba estupendamente para nuestros fines tanto por la carencia de vigilancia como por el estado ruinoso de sus tumbas, hecho este último que contribuía y no poco a incrementar la lobreguez del recinto.

A decir verdad la situación era para impresionar al más templado. Caminábamos prácticamente a oscuras, sin más luz que la producida por nuestras pequeñas linternas, ya que la noche carecía de luna y una densa niebla velaba incluso el tenue resplandor de las estrellas. Debíamos tener cuidado para no tropezar con ninguno de los numerosos obstáculos que se interponían en nuestro camino, amén de que corríamos también el riesgo de caer en alguna de las fosas abandonadas que, sin ninguna protección, abrían sus negras fauces en torno nuestro.

El ambiente no podía ser más fantasmagórico. Sabíamos perfectamente, pues habíamos visitado anteriormente el cementerio en varias ocasiones, que muchas de las tumbas estaban abiertas y vacías por haberse procedido



al traslado a otros cementerios de los restos que contenían sin que nadie se hubiera molestado después en taparlas convenientemente; sabíamos también que la mayor parte de las que seguían ocupadas presentaban un deplorable estado de conservación al estar abandonadas y con las lápidas rotas o desaparecidas. Pero lo que durante el día era tan sólo una ruina romántica, se convertía de noche en algo siniestro e inquietante incluso para espíritus tan poco sensibles como los nuestros.

Lo confieso: hubo un momento en el que lamenté muy seriamente haber aceptado tomar parte en el juego. Pero como lo último que hubiera hecho sería reconocerlo ante mis amigos, vencí a duras penas mis escrúpulos intentando convencerme de que eran completamente ridículos y carentes de sentido. Así pues, seguí adelante apretando los dientes y en silencio al tiempo que procuraba centrar toda mi atención en el estrecho sendero luminoso que la linterna abría ante mis pies. Mis amigos guardaban asimismo silencio, lo que mueve a sospechar que ellos también tropezaban con los mismos escrúpulos; pero entonces no era apenas consciente de ello absorto como estaba en mi camino como forma de no ver nada de lo que se alzaba alrededor.

—Bueno, ya hemos llegado —la voz de Raúl sonó como un cañonazo en mitad del, en todos los sentidos, sepulcral silencio—. Acomodémonos y dejemos pasar tontamente el tiempo hasta que amanezca.

El lugar elegido para detenernos era una pequeña rotonda formada por la intersección de dos paseos perpendiculares. Unos bancos destartalados ofrecían un misérrimo descanso que fue rápidamente aceptado por nuestros fatigados —¿cómo era posible, si sólo habíamos andado durante unos pocos minutos?— cuerpos. Y de esta manera, dando la espalda a las tumbas más cercanas y sintiendo sobre nosotros la ominosa sombra de los altos cipreses que, negro sobre negro, semejaban ser pilares que ascendieran hasta el mismo cielo, nos preparamos lo mejor que pudimos para pasar allí la gélida noche.



¿La noche? Bueno, por un momento había olvidado que Juan debía estar ya a punto de organizar su *numerito*; a las doce concretamente según habíamos planeado, y para que dieran faltaba todavía...



No tuve tiempo siquiera de mirar mi reloj cuando supe que en ese mismo momento era medianoche. No, no había ninguna torre cerca que hiciera sonar sus campanadas como si de una película de terror se tratara; la realidad fue mucho más prosaica, al ser la alarma del reloj de pulsera de uno de mis compañeros la que nos advirtió de ello. Y cuando apenas habían transcurrido unos escasos segundos desde que el corto zumbido se interrumpiera, una voz lúgubre y cavernosa sonó a nuestras espaldas llamando por su nombre a Raúl.

Era Juan, pensamos todos excepto, claro está, el interpelado pero no por esperada dejó de sobresaltarnos su brusca aparición. Por ello, no tuvimos necesidad alguna de fingir nuestra turbación cuando, atraídos por el reclamo, todos nosotros nos volvimos precipitadamente en busca del portador del mensaje. Mi susto, puedo asegurarlo, era completamente real, y creo no equivocarme demasiado si afirmo que al resto de los confabulados debió de ocurrirles algo muy similar.

Pese a tan irracional reacción sabía positivamente que tenía que ser Juan, por lo que rápidamente conseguí controlar mis desbocadas emociones dedicándome a observar con una inquieta curiosidad el resultado de su trabajo. Verdaderamente lo había hecho bien, recuerdo que me dije a mí mismo; y es que su caracterización resultaba soberbia. Surgiendo espectralmente del estrecho hueco existente entre dos lápidas contiguas e iluminado por una tenue luz que no procedía de nuestras linternas y que debía de ser producida por algún tipo de pintura fosforescente, Juan semejaba ser la viva encarnación de la Muerte tal como acostumbra a ser representada habitualmente: el sudario en cuyas sombras se escondía la cara (hubiera sido muy chusco que se le identificara a las primeras de cambio), las manos transfiguradas en huesos gracias a un maquillaje excelentemente logrado, la inevitable guadaña... No, no faltaba ni el más pequeño detalle.



Y sobre todo la voz; porque si bien su timbre normal era más bien atiplado, Juan había conseguido fingir un vozarrón que pudiérase decir procedía de ultratumba y que hubiera bastado por sí solo para helar el ánimo de cualquiera. Unido esto a su perfecta caracterización daban un resultado que era, más que estremecedor, francamente espeluznante.

—¿Quién eres? —preguntó al fin Raúl con voz opaca— ¿Qué quieres?



—En cuanto a quién soy, eso salta a la vista —le respondió la aparición al tiempo que emitía un siniestro chirrido que quizá pudiera interpretarse como una macabra risa—. Y en cuanto a qué quiero, está también meridianamente claro: tu alma. Tu hora ha llegado, y he venido a buscarla para llevarla conmigo.

Aunque no le estaba mirando ya que mantenía mis ojos fijos en la fantástica representación de Juan, supongo que la faz de Raúl debió de pasar bruscamente de la palidez mortal al rojo de la ira, pues sólo así se puede explicar su repentino estallido de cólera. Gritando como un poseso al tiempo que hacía escabrosos comentarios acerca de nuestras bromas, nuestro amigo arremetió contra todos nosotros —Juan incluido, por supuesto— al sentirse tan humillantemente burlado.

Era evidente que había descubierto nuestro plan antes de lo que nosotros esperábamos, pero a pesar de todo intentamos mejor o peor —más bien peor, puesto que estábamos tan sorprendidos como él— seguir adelante con la farsa.

Todo fue inútil; Raúl seguía en sus trece exaltándose cada vez más a pesar de todos nuestros intentos por calmarlo. Ahora centraba su rabia en el pobre Juan que, tan perplejo como nosotros, —al menos así nos lo pareció entonces— se mantenía inmóvil y en silencio ridículamente erguido entre las dos lápidas que le servían de escenario. Este mutismo irritó todavía más a Raúl dado que interpretaba, y no le faltaba razón, que el mismo no era sino la confirmación de sus acusaciones.

Creo haber comentado ya la gran facilidad con la que Raúl perdía los estribos a poco que se le incitara a ello; no es de extrañar, pues, que reaccionara como reaccionó agarrando lo primero que encontró en el suelo —si no recuerdo mal era el brazo oxidado de una vieja cruz de hierro hecha pedazos— para blandirlo a modo de arma contundente al tiempo que se encaminaba directamente hacia donde Juan se encontraba.

Sus intenciones eran tan evidentes, y tan poco tranquilizadoras, que Andrés, Luis y yo nos lanzamos hacia él intentando evitar que la broma acabara en una catástrofe. Lo logramos sólo a medias ya que Luis mordió el polvo al ser esquivado ágilmente por Raúl mientras que Andrés y yo apenas si podíamos sujetarlo —él de una pierna, yo de la mano que tenía libre— dado que su fuerza, incrementada por su furia, era superior a las nuestras conjuntas, lo que motivó que a duras penas consiguiéramos sujetarlo. Arrastrados los dos por nuestro furibundo amigo —con Luis no había que contar, pues se había torcido un tobillo y no podía incorporarse— veíamos impotentes cómo



Raúl seguía adelante sin atender lo más mínimo a nuestros gritos cegado como estaba por sus deseos de vengarse.

Mientras tanto, ¿qué hacía Juan? Allí estaba, inmóvil como una estatua, sin moverse un centímetro de su posición y sin decir esta boca es mía. Entonces supusimos que estaba manteniendo el tipo en la creencia de que nosotros dos seríamos capaces de calmar a Raúl de forma que pudiera mantenerse la farsa durante algún tiempo; ahora, por el contrario... Pero no adelantemos los acontecimientos.

Gracias a sus brascas sacudidas Raúl logró al fin zafarse de nuestra presa recorriendo con toda rapidez los escasos metros que le separaban de Juan. Éste reaccionó al fin saliendo de su estupor para, tras lanzar un cavernoso *volveré*, escabullirse como alma que llevaba el diablo. Impotentes para detener a nuestro amigo, Andrés y yo nos detuvimos jadeantes contemplando cómo ambos, perseguido y perseguidor, desaparecían de nuestra vista tragados por la densa oscuridad reinante más allá del reducido círculo iluminado por nuestras linternas. Desconcertados por completo, pero sin atrevernos a adentrarnos en las sombras, ambos decidimos volver sobre nuestros pasos para ayudar a Luis, que seguía quejándose de su lesionado tobillo. Realmente no sabíamos qué hacer, pero tampoco éramos capaces de reaccionar ante una situación no esperada que se nos había escapado por completo de las manos.

Mientras discutíamos entre los tres sin alcanzar ninguna decisión, Raúl apareció de nuevo sudoroso y jadeante y, y esto era lo fundamental, aparentemente bastante más calmado. Nos dijo, al tiempo que tiraba al suelo con rabia su improvisada arma, que el pillo de Juan se le había escapado amparándose en la oscuridad y que ya le ajustaría las cuentas convenientemente cuando le encontrara, pero que en ese momento lo único que deseaba era abandonar aquel lugar. Puesto que nada dijo de nuestra complicidad en la gamberrada callamos prudentemente en evitación de males mayores, limitándonos a acompañarlo a la salida del cementerio.

Volvimos en silencio a la ciudad sin saber muy bien qué hacer. Alguien propuso, quizá por romper el hielo, que fuéramos a tomar una copa al lugar que solíamos frecuentar habitualmente y, por extraño que pueda parecer, todos aceptamos incluyendo al malparado Luis, que afirmó que nada le iría mejor a su tobillo que un rato de descanso en un lugar tranquilo.

Llegamos, pues, a la cafetería en cuestión, donde nos aguardaba una desagradable sorpresa. El dueño de la misma, que nos conocía desde hacía mucho tiempo, nos encargó nada más llegar que llamáramos urgentemente a



cierto número de teléfono que nos proporcionó. Su insistencia, unida a su actitud esquiva a la hora de responder a nuestras preguntas, nos sorprendió primero y nos intrigó después, pero nos incitó a cumplir con toda rapidez con lo solicitado.

Fui yo personalmente quien marcó el número, encontrándome con que me respondían del servicio de urgencias del hospital. Tras identificarme como amigo de Juan y explicar que éste carecía de familia, recibí el mazazo: nuestro amigo había sido ingresado allí tras ser víctima de un grave accidente. Posteriormente sabríamos que los responsables del hospital, tras registrar sus pertenencias en busca de algún documento que permitiera identificarlo, había encontrado tan sólo una tarjeta de la cafetería y a ella habían llamado pensando que quizá allí pudieron conocerlo, como efectivamente ocurría; pero en ese momento tan sólo acertamos a salir atropelladamente del local en busca de noticias acerca de nuestro amigo.

Una vez en el hospital recibimos la fatal noticia: Juan había fallecido prácticamente en el acto debido a las gravísimas heridas sufridas en un choque frontal con un coche conducido por un estúpido borracho. Voy a evitar por innecesario comentar aquellos trágicos momentos en los que, por ser las personas más allegadas a él, fuimos nosotros los que tuvimos que afrontar el duro trago de reconocer y hacernos cargo del cadáver; pero lo que sí me veo obligado a reseñar, por ser imprescindible para esta narración, es un detalle que nos heló literalmente la sangre: según el parte de los policías llegados al lugar del siniestro apenas unos minutos después de ocurrido éste, el accidente había tenido lugar en la carretera que conducía de la ciudad al cementerio exactamente a las once y treinta y siete minutos... Es decir, casi media hora antes de la hora de nuestra cita. Juan no había llegado, pues, al cementerio cuando tuvo lugar el accidente, y de hecho su coche circulaba en el sentido de salida de la ciudad y no en el de entrada, como hubiera sucedido de haberle ocurrido a la vuelta del mismo. A modo de broma macabra que nadie excepto nosotros fue capaz de comprender, en el asiento trasero del destrozado vehículo fue encontrado un lío de ropa que contenía un disfraz completo de Muerte incluyendo a la guadaña... Disfraz que evidentemente el infortunado Juan no llegó a tener oportunidad de vestir.





Eso es todo, o casi todo. Pasados los primeros días de desconcierto y con Juan yaciendo para siempre bajo un fría losa de mármol, comenzamos a preguntarnos cosas que hasta entonces sólo habíamos sospechado o temido. Si Juan nunca pudo llegar al cementerio, ¿quién era entonces el que había ocupado su lugar en la farsa, desempeñándola por cierto con toda perfección?

Han pasado ya varios años desde aquella trágica noche y todavía no he conseguido saber la respuesta... Aunque puede que en realidad no desee saberla. Sí puedo decir que el grupo se ha desintegrado por completo: aparte del infortunado Juan, Luis tuvo que ser internado en un centro psiquiátrico mientras Andrés era objeto de una súbita conversión que le llevó a ingresar en una orden religiosa; creo que ahora está de misionero en Centroamérica, pero la verdad es que nada concreto sé de él desde hace mucho tiempo. Raúl, por último, fue víctima de una grave crisis nerviosa que a punto estuvo de llevarle por el mismo camino que a Luis; recuperado finalmente tras un largo período de tratamiento médico, lo único que me dijo al despedirse de mí antes de emprender un viaje al Tíbet, era que se sentía como Lázaro tras haber burlado a la muerte y que debía ser consecuente con su nuevo estado. Tampoco he vuelto a saber nada de él.

Y en cuanto a mí... Bien, teóricamente soy el único de los cinco que superé la prueba sin secuelas aparentes, puesto que sigo haciendo mi vida normal; pero lo cierto es que desde aquella maldita noche no cejo de hacerme preguntas. ¿Qué ocurrió en el viejo cementerio mientras mi amigo Juan agonizaba? ¿Fue una simple broma de alguien que suplantó a Juan, o fue algo mucho más serio que, lo confieso, no me atrevo a mencionar? Lo cierto es que mi antigua seguridad en estos temas saltó hecha pedazos esa noche y desde entonces ya no soy el mismo... Aunque lo cierto es que tampoco puedo saber lo que soy.

© José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares. Como escritor cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En lo que respecta a los relatos, tiene publicadas obras tanto en papel (*Pulp Magazine*, *Asimov*, *Artifex*, *Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico*, *Menhir*) como en formato electrónico ([Sitio de Ciencia Ficción](#), [BEM](#), [Oliphoth](#), [Alfa Eridani](#), [Púlsar](#), [La Plaga](#), [Tau Zero](#), [Revista Ochocientos](#), [NGC 3660](#) y [Axxon](#)). Uno de sus relatos ha sido seleccionado para el Fabricantes de Sueños 2004.



FELIZ NAVIDAD

por José Antonio Fuentes Sanz

El comisario Torres lo presentó cómo una especie de recompensa:
—No podrás quejarte, Ari: misión en la Costa Dorada, sol, playa, turistas, clima mediterráneo...

Lastima que estuvieran a 24 de diciembre, con un frío polar y anocheciendo a las cinco y media de la tarde. En cuanto a la playa, la del Milagro hubiera hecho honor a su nombre si un solo turista despistado estuviera en el agua. Si la del grifo era una muestra de la marina, una inmersión era muerte segura por hipotermia.

Además, Tarragona no le gustaba: no había bandas organizadas de rai-gambre, ni grandes negocios ilegales, todo eran pequeñeces. El necesitaba algo más para redondear su sueldo de policía. Aún no entendía porqué el comisario se mosqueó tanto por 4.000 euros desaparecidos en la redada... estas cosas ocurrían.

La represalia fue endosarle aquella misión en Nochebuena (que de todas formas a él tanto le daba) apoyando un dispositivo de la Nacional en la Costa Dorada. Comisionado en servicio, rezaba su traslado forzoso. El comisario local ya estaba avisado:

—Así que eres policía ¿Seguro?

Aristides Galazo, con su ropa de marca, su cronometro kinetic en la muñeca, la pesada pulsera de oro con su nombre en relieve en la otra, el móvil de último modelo y el pelo engominado y peinado hacia atrás, parecía más un mafioso de nueva generación que un policía con sueldo medio para pasar todo el mes.

La operación duraba un par de semanas cuando el juez concedió la orden judicial para proceder según los indicios presentados. Así que a las diez de la noche, cuando ya no había un alma por la calle y todos estaban en sus casas comiendo pavo relleno con turrón y cava, el equipo de policías se plantó discretamente en el callejón para proceder a las detenciones.

—Es éste edificio —le explicó Luis, que estaba al cargo.



Era un buen tipo, pero más recto que un palo y con poco sentido del humor.

—Entramos, limpiamente y sin incidentes. No son más que una panda de yonquis de pacotilla y seguramente estarán tan colocados que no sabrán ni quienes somos. Requisamos todo el material y el dinero... y espero que no falte nada.

Asintieron todos, incluido Ari, que no se dio por aludido. Para la miseria que debían tener, no valía la pena arriesgarse a cogerse los dedos.

Luis estaba atento a Ari, aquel madrileño de apellido tan raro. Era nieto de gallegos e hijo de argentinos regresados a la *Madre Patria* durante la dictadura de Videla y, según el comisario Torres, un elemento de cuidado, pero alguien con quién se podía contar si había problemas.

No dejaba de ser la cara opuesta a muchos otros compañeros, que eran buenas personas, pero con quienes no se podía contar hubiera o no problemas. En todo caso, y como no había mucho que pudiera meterse en los bolsillos, era un respaldo bienvenido.

Subieron por las escaleras, en tan mal estado que empezaron a creer que se hundiría bajo sus pies, y tomaron posiciones a ambos lados de la puerta, pistolas en la mano. Luis golpeó la puerta, gritando aquello de:

—¡Policía, abran, traemos una orden de registro!

Y a la tercera, echaron abajo la puerta. No lo hicieron a patadas, como en las películas, sino con un mazazo en la cerradura, que dejó la puerta descuaringada en el suelo.

Entraron a saco, repitiendo lo de *Policías, todos quietos* a viva voz mientras apuntaban con sus pistolas en todos los rincones. El interior era de una sordidez deprimente, con las paredes llenas de moho, el techo cayendo a pedazos, una iluminación mezquina y olor a basuras.

Ari pasó inmediatamente por delante, seguido por los otros que se guardaban detrás, arriesgándose a que alguno de los drogatas hiciera una tontería. Iba con la Llama por delante y atento al menor detalle entre tanta basura y tan poca luz. Si algo merecía la pena, sería el primero en verlo. La mano es más rápida que el ojo.

Los inquilinos eran una pandilla de desgraciados, rumanos según el informe de Luis, tirados por el suelo, colocados con sus jeringuillas, cintas al-



rededor del antebrazo y los cigarrillos colgando de los dedos, que ya les quemaban la piel. No había gran cosa: cuatro papelines y muy poca pasta. Lo dicho: unos pobres desgraciados.

Seguido por Ramón recorrió el pasillo, ojeando todas las habitaciones, desastradas y dejadas de la mano de Dios, hasta la última, dónde vio a un tipo tirado en el suelo y una chica con abrigo polar barato agachado sobre él. Fue solo un momento: una drogadicta, seguro, con los ojos febriles y el pelo largo negro descuidado, delgada y de rostro envejecido. Al verle la chica dio un brinco y sin dudarle salto por la ventana abierta.

Ramón entró a tiempo para ver el abrigo blanco ondeando en el aire mientras desaparecía por el hueco de la ventana. Corrieron ambos hacia allí. Hacía falta humor para tener la ventana abierta y sin calefacción con el frío que hacía.

—¡Hija de puta! —exclamó Ramón.

—Por ahí va —señaló Ari el abrigo blanco que se perdía entre la oscuridad, abajo en la calle.

La chica hubiera hecho un buen papel en el trapezio del circo. Debía haber bajado agarrándose a las barandillas y desagües, era increíble que no le hubiera fallado un brazo y estuviera estampada en el suelo. Lo que hacían las drogas, pensó.

—¡Voy por ella!

Jamás se le había escapado nadie y no iba a escapársele una drogadicta de poca monta. Salió corriendo, pasando ante sus compañeros, y bajo por las escaleras saltando escalones de dos en dos.

Ramón enfundó la pistola, el tipo aquel del suelo estaba más tieso que un bacalao. Con el colocón que llevaba dormiría al menos dos días.

Y además la chica era una chapucera pinchando, le había abierto una vena y la sangre fluía vaciando el brazo. Suerte que el tipo llevaba el torniquete en el bíceps, pero de todas formas Ramón se aseguro de que lo tenía bien sujeto y además le aplico un sucio trapo a la herida, anudándolo. De momento serviría, pensó satisfecho.

Regresó al pasillo, dónde se reunían los demás. Un par de yonquis estaban esposados y con los ojos nebulosos. Otros cuatro o cinco dormían el mono en las habitaciones. Luis parecía contento. Habían encontrado sufi-



ciento caballo cómo para justificar la operación, por mucho que el madrileño pensara que era una pérdida de tiempo.

—¿Dónde esta Ari? —preguntó Luis.

—Una drogata ha saltado por la ventana y ha salido corriendo calle abajo. Ari ha ido detrás.

Luis enarcó las cejas mientras aseguraba la pistola en su funda.

—¿Como dices?

Los demás sonreían.

—Pues eso: una drogata ha saltado por la ventana, al llegar abajo se ha puesto en pie y ha salido pitando. Ari ha ido detrás.

Hubo alguna carcajada y algún ojo guiñado.

—¿Seguro que has visto eso? —preguntó Luis.

Ramón vaciló un poco. Lo cierto es que al asomarse a la puerta solo había visto por la ventana el abrigo polar flotando en el aire y lo que pensaba era una cabellera negra, pero luego vio el abrigo calle abajo y seguro que había alguien dentro.

—Sí, seguro ¿Que pasa?

Las sonrisas guasonas de los compañeros le ponían nervioso. Luis le explicó a que venía tanto escepticismo:

—Ramón: estamos en un cuarto con entresuelo.

Ramón fue a responder, pero de pronto la idea de que la chica había bajado agarrándose a las barandillas y al desagüe le pareció absurda y no dijo más. Que el madrileño se las apañará en sus explicaciones cuando volviera con la acusada.

Ari en lo que menos pensaba era en las cinco plantas que había bajado a la carrera, casi partiéndose la crisma en un escalón del entresuelo, y siguió al abrigo blanco que se perdía entre los árboles de la Plaza de los Carros mientras el frío de la noche mediterránea amenazaba con convertirlo en un carámbano.



El abrigo blanco giro hacia el paso a nivel, cuyas barreras estaban levantadas y por un momento creyó perderlo en la noche. Cruzó a toda velocidad, el frío viento azotándole en la cara y la sensación de entender mucho mejor a los langostinos congelados, y se detuvo un momento.

Parecía haberse esfumado entre las sombras de la noche. Respirando profundamente y exhalando vaho, que se convertía inmediatamente en hielo pulverizado, siguió adelante, con cuidado, vigilando cualquier movimiento sospechoso.

Allí empezaba la zona del puerto deportivo, con todos los bares de marcha de la ciudad. Pero ahora no había un alma: todo el mundo estaba en casa comiendo turrón y cava, mirando unos programas de televisión horribles y celebrando la Navidad. Solo los pringados estaban en el tajo.

Mirándolo por el lado bueno, tampoco tenía dónde esconderse. Si se metía en un bar lleno de gente la había perdido. Dejaría el abrigo en el guardarrropa y estaría toda la noche dándole a un cubata.

Se volvió desconcertado. Aquello era un paseo largo con vistas al mar y ningún lugar dónde esconderse como no fuera tumbado en el suelo. Pero con el abrigo blanco seguro que se la veía. Deshizo el camino, con ojos atentos a cualquier sombra sospechosa sobre el asfalto o en el césped, pero no vio nada.

—¿Pero dónde se habrá metido?

Tal vez en lugar de girar a la izquierda había tirado recto hacia el puerto y el espigón. Regresó al paso a nivel, cuyas luces rojas advertían que llegaba un tren y cuyas barreras estaban bajadas.

Estaba cerca de la verja cuando oyó aquel toc-toc de una locomotora acercándose. Era una vieja máquina deslucida arrastrando varios vagones que parecían haber inaugurado la línea en el siglo XIX y seguramente habían conocido a Alfonso XII y, tal vez, a su madre Isabel II.

Y pasaba el tren, tan vacío como las calles y con aspecto de ir al desguace en vez de a recoger viajeros, cuando la volvió a ver. Fue un momento. El abrigo polar salió de detrás de la cerca de piedra, bajo el enrejado metálico, y se metió de un salto en el tren a través de una puerta abierta, tan rauda que por un momento pareció un borrón.

—¡La madre...! —soltó Ari.



Y echo a correr detrás del tren. Suerte que iba a poca velocidad, pero así y todo tuvo que apretar el paso porque no se detuvo en la estación, continuando ruta imperturbable. A duras penas logró agarrarse al pasamano de una puerta abierta y auparse arriba. Se detuvo un momento, luchando por llenar los pulmones de aire mientras comprobaba el arma sentado en el suelo.

Cuando consideró que el corazón no se le saldría del pecho, se puso en pie y con algún que otro traspies recorrió el tren. Cuatro vagones, y la chica en el último, mirando por una ventana. Desde luego el tren no era un ejemplo de pulcritud, los asientos destripados y las pintadas parecían dar el ambiente a la drogata.

—¡Quieta, manos arriba! ¡Policia!

La chica apartó la cabeza para mirarle y realmente Ari se replanteó lo de coger dinero de los camellos. Parecía un cadáver viviente, con los ojos sin vida y las facciones endurecidas, jamás había visto un rostro tan inexpresivo y al mismo tiempo tan inquietante. No parecía entender lo que ocurría, o tal vez no le importaba. Incluso se planteó si no sería extranjera y tal vez no entendía ni papa de lo que le decía.

No tuvo tiempo de pensar nada más porque el tren entró en un túnel y, cómo por capricho del destino, o tal vez por el cambio de presión por las puertas abiertas, en ese momento las luces parpadearon. Hubiera jurado que solo fue cosa de un segundo o segundo y medio. Pero fue suficiente.

—¿Pero dónde se ha metido? —se preguntó a sí mismo, asombrado.

Se agacho para mirar por debajo de los asientos, esperando encontrarla agazapada en el suelo, y luego miró que no estuviera arrebuja en uno de los asientos. Pero el vagón estaba vacío, salvo su presencia.

Desde luego, David Copperfield parecía un aficionado en comparación con la muchacha. Su primera mirada fue hacia la puerta abierta, por la que entraba aire helado a raudales y aquel zumbido del cambio de presión producido por el tren, que al salir del túnel cesó.

Dudando de lo que hacía, se asomó al exterior, agarrándose al pasamano, y con decisión, apoyó el pie en la cabecera del asiento y subió trepando hacia el techo, sintiéndose absurdo. La primera cosa que se le ocurrió al agarrarse al techo como pudo, apoyado todavía en el asiento con un pie, era



que se iba a matar. La segunda que era imposible que la chica hubiera subido hasta el techo, aunque era el único lugar al que hubiera podido ir.

Así que se quedó estupefacto cuando la vio corriendo sobre el techo, dirigiéndose hacia el último vagón con toda tranquilidad, el abrigo polar ondeando al viento en la negra noche. Debía ir bien colocada para no darse cuenta de que podía caerse o la podía partir por la mitad un cable. En todo caso mantenía muy bien el equilibrio, eso había que reconocérselo.

Apretó los dientes y haciendo un esfuerzo sobrehumano logró izar medio cuerpo sobre el techo, lamentando haberse cortado las uñas aquella mañana. A cada vaivén del vagón tenía la sensación de que saldría despedido y se estamparía contra algún árbol.

—¡Se acabó!

La drogata podía ser una inconsciente que arriesgaba la vida como si nada, pero él no estaba dispuesto a intentar ponerse de pie y seguirla. Sospechaba que sería su último acto de servicio.

Con cuidado estiró la diestra con la pistola bien sujeta, intentando mantenerse con la otra, que arañaba desesperadamente el techo de hojalata para sujetarse, y apuntó.

—¡Último aviso: alto o disparo!

O no lo oyó, o no le entendió. Así que disparó. A punto estuvo de salir despedido con el retroceso del arma y acabar en la cuneta con todos los huesos rotos, pero no fue un mal disparo, teniendo en cuenta la distancia. La figura del abrigo de oso fue empujada por el hombro derecho, de dónde saltaron fragmentos de tela y de algo viscoso, perdiendo el equilibrio. La drogata perdió pie y resbaló por el techo, cayendo por el costado. Aún tuvo suerte porque logró agarrarse con el brazo herido, quedando sujeta por cuatro dedos a la tira metálica de adorno del lateral.

—¡Lastima! —admitió Ari.

No podría llegar a tiempo y la chica, con el brazo herido, no aguantaría. Le deseo que al menos no cayera bajo las ruedas.

Entonces, sin tomar impulso alguno, la chica se balanceó sobre las puntas de los dedos, dio un giro completo quedando con los pies hacia arriba, se soltó, pegó un doble salto mortal que hubiera sido la envidia de los saltim-



banquis del circo y de los campeones olímpicos de gimnasia rítmica, y cayó ágilmente de pie, cara a él.

Ari se quedó boquiabierto de asombro, tan incrédulo que estuvo a punto de soltarse y salir despedido por los aires.

Había visto a Keannu Reeves y a Carrie Anne-Moss haciendo piruetas similares en *Matrix* y también le había gustado la Cameron Diaz y la Lucy Liu en *Los Ángeles de Charlie*, pero hasta hacía diez segundos estaba convencido de que en la vida real era imposible.

Forzó los ojos en la oscuridad a ver si distinguía los cables —porque allí tenía que haber algún truco, por fuerza— y volvió la cabeza hacia atrás, imaginándose a la cámara y a los operarios con ella, y al director pegándole gritos:

—¡Sal de ahí, desgraciado! ¡Que te estas cargando la escenaaaa!

Pero allí no había nadie, solo una noche negra como el carbón. Miró de nuevo a la drogata, que avanzaba a paso resuelto sobre el techo sin que pareciera afectarle ni el viento, ni los vaivenes del tren, y se preguntó cómo diablos conseguía mantener el equilibrio sobre el resbaladizo techo. Aunque a ella, por un si acaso, le preguntó:

—¡O... oiga: ¿Estamos en alguna película?!

A medida que se le acercaba cada vez le daba peor espina. Ya no parecía una drogata, más bien parecía haberse escapado del ala de locos peligrosos de algún centro psiquiátrico, con aquella sonrisa desquiciada y aquellos ojos rojos.

—¡Alto o disparo! —gritó mecánicamente.

Hizo un único disparo que a tan corta distancia la alcanzó en el pecho, pero que apenas la hizo vacilar. Se agachó con decisión sobre él y lo agarró por el antebrazo, levantándolo en el aire. Si hasta ahora le parecía increíble, incluso tras dispararle en el corazón y comprobar que no palmaba, ahora se quedó horrorizado.

La chica no solo parecía necesitar una buena camisa de fuerza y medio kilo de sedantes sino también una visita al dentista para una revisión completa. Porque abrió una boca completamente desproporcionada y aparecieron de la nada cuatro colmillos que no tenían pinta de postizos.



Estuvo a punto de sumirse en un sopor profundo y catatónico, no por aquellos ojos rojos de mirada aviesa, sino por que al abrir la boca le echó una vaharada de aliento fétido que casi le asfixió.

La golpeó con la culata de la pistola en el puente de la nariz y ella le soltó con un aullido. Resbaló sobre el techo y tuvo que agarrarse a una de las piernas de ella para no caerse.

La drogata... o lo que fuera, dejó escapar un rugido espeluznante y volvió a agarrarle. Esta vez unas uñas se hundieron profundamente en el hombro de la gruesa cazadora, llegándole a la piel. Acertó a contener el aliento cuando ella volvió a echarle una vaharada en la cara al abrir la boca, aunque estuvo a punto de vomitar, y de nuevo la golpeó. Esta vez con más fuerza y decisión en la cuenca del ojo.

Debió hacerle daño porque dio un paso atrás, soltándole y esta vez sí que resbaló, mientras se aferraba a la chapa metálica, dejándose trocitos de piel y uña en el metal. Acertó a balancearse al sentir el hueco abierto de la puerta, y fue una suerte porque aterrizó con un pie en el suelo del vagón y el otro en el vacío y atinó a agarrarse a la cabecera de un asiento, tirando para entrar dentro. No se había matado de milagro.

Se tambaleó hasta el otro extremo del vagón, intentando comprender qué estaba ocurriendo. Tal vez había aspirado algo en la casa de aquellos drogatas, o alguno le había pinchado sin que se diera cuenta y ahora sufría de profundas alucinaciones.

En todo caso eran unas alucinaciones muy extrañas, y que continuaron cuando la chica entró gateando en el vagón, pegada al techo como si tuviera ventosas en manos y rodillas, con la boca abierta mostrándole los colmillos y los ojos relucientes de rabia y demencia. Tenía roto el puente de la nariz y un buen trecho sobre el ojo, dónde la había golpeado, pero parecía no importarle en absoluto.

Se dejó caer y aterrizó limpiamente sobre ambos pies, cogiendo carrerilla y abalanzándose sobre él. Ari se hizo atrás justo a tiempo de evitar un arañazo que convirtió la pechera de su cazadora en tiras de cuero, estropeando incluso su americana. La mano se había convertido en una especie de sarmiento con afiladas cuchillas en sus puntas.

—¡Quieta! —ordenó, levantando su pistola.



Sin esperar le disparó a la cara, abriéndole un buen boquete bajo el ojo. Cualquier explicación racional que pudiera imaginar –un chaleco antibalas, una plancha de hierro oculta bajo la ropa– se vino abajo con aquel agujero redondo y las quemaduras de pólvora en la cara.

Lo único que logró fue que apartará un momento la cabeza y al final soltara un grito terrorífico de odio que a punto estuvo de hacer que se orinara encima. No sabía exactamente que estaba pasando, pero si se dio cuenta de algo: que como no espabilara iba a morir en muy pocos segundos.

Se hizo atrás esquivando las garras y golpeó con la culata las uñas, rompiéndole un dedo, mientras ella avanzaba resuelta, golpeando, con la boca abierta de la que salía sangre negra y saliva y aquella mirada homicida, aunque seguro que cualquiera tendría la misma si le hubieran disparado tres veces.

Retrocedió sin darle la espalda, blandiendo la culata y disparando de nuevo para mantenerla a raya, atravesó la puerta entre los dos vagones. Entonces lo vio. Jamás le había parecido tan maravilloso.

Era un viejo extintor, que a lo mejor no funcionaba, pero que parecía más sólido y más grande que la culata de su pistola. Estuvo a punto de arrancar media pared al tirar para que soltarlo justo cuando la chiflada atravesaba la puerta. Tiró de la anilla de bloqueo y apretó el disparador.

Una nube de espuma seca envolvió al engendro, que retrocedió escupiendo. Ari decidió que o contraatacaba ahora o si la dejaba recuperarse se podía dar por fileteado. Cogiendo el extintor con ambas manos le asestó un golpe en pleno rostro, y siguió golpeándola mientras ella retrocedía, cubriéndose. Uno de los contragolpes que dio al extintor hizo una fea abolladura en el recipiente, pero al menos seguía siendo un arma efectiva.

Debió romperle un par de costillas y un brazo que le quedo pegado al costado, pero al fin, cuando se acercaron a la puerta, el engendro soltó un último bufido y pegó un salto hacia el exterior, desapareciendo en la oscuridad. Lo último que vio fue el abrigo polar flotando en el aire.

Ari la siguió con la mirada, pero era como intentar ver dentro de un pozo de petróleo. Se quedó de pie, con el extintor abollado en la mano, la cazadora hecha trizas y escuchando el traqueteo del tren.

Se desplomó en uno de los asientos que le pareció menos destartado y aguardó hasta que pasaron ante otra estación, Torredembarra, dónde bajo



en marcha y permaneció mirando como el tren desaparecía en la oscuridad. No se hubiera sorprendido de ver a la chica del abrigo polar agarrada al último vagón.

Una vez en la estación tuvo que hacer varias cosas. La primera de ellas recurrir a sus impulsos atávicos para convencerse de que aquel viaje en tren y todos los sucesos vividos no habían ocurrido. Algo un poco difícil mirándose la cazadora acolchada, dónde cuatro surcos cruzaban la pechera de lado a lado.

Luego tuvo que llamar a todas las empresas de taxi de la provincia hasta encontrar un taxi que le lleve de vuelta a Tarragona, dónde sus compañeros ya le esperaban y a quienes dijo quedamente:

—Se ha escapado. Subió a un tren en marcha y la perdí cuando saltó.

—¿Te encuentras bien, Ari? —preguntó Luis—. Tienes una cara muy rara.

—¿Que te ha pasado en el abrigo? —preguntó Ramón.

—Un gato salvaje.

—¡Menudo gato! —murmuró Luis.

Extendió los dedos sobre los surcos para indicar cuan grande debía ser la zarpa del gato y por tanto el mismo gato, pero Ari ya no hizo más comentarios.

Tuvo que hacerlos en comisaría, dónde Luis insistió en carearles a él y a Ramón.

—Volvamos a lo de esa mujer que saltó cinco pisos.

—Cuatro...

—¡Cinco plantas! —cortó Luis.

Ari meditaba que podía decir, porque sospechaba que si explicaba algo de lo que realmente había ocurrido no solo no mejoraría su reputación, sino que acabaría sedado y con una camisa de fuerza.

—Vi algo atravesando la ventana —admitió—. Tal vez no fue esa muchacha, sino una toalla o una cortina que se llevó el viento.



Ramón no estaba de acuerdo, pero pensó que decirlo en voz alta no solucionaría nada. Estaba harto y deseaba marcharse con la familia. Y a fin de cuentas, él había visto menos que Ari.

—Entonces, abajo viste una chica con abrigo polar y pensaste que era ella.

—Eso mismo. Subió de polizón a un tren y la perseguí...

—¿Y porque no la cogiste?

Una buena pregunta con una respuesta más complicada.

—Casi saco las tripas corriendo detrás del tren, tuve un tropezón y cuando lo conseguí me quede sin aliento, debí de estar cinco o seis minutos intentando recuperarme. En cuanto me vio a través del cristal de la puerta saltó del tren en marcha.

Luis asintió, era probable. Al menos podría escribirlo en el informe. Sospechaba por la actitud de Ari que había ocurrido algo más, pero que este no deseaba incluirlo. Barruntaba que Ari debía haber cometido alguna pifia y estaba ocultándola, pero cómo de momento no había noticias de ningún cadáver y el interior del vagón mencionado estaba tan deteriorado y destrozado que una pelea no se hubiera notado, por no hablar de la cantidad de restos epiteliales y sanguíneos que había, decidió no insistir más.

—¿Y el gato?

—¡Vale, a lo mejor no era un gato! ¡Igual era un lince, no soy ecologista!

—Vale, vale... lo entiendo.

Al final lo dejaron correr. Luis comprobó que no tenía nada fuera de lo habitual en los bolsillos de la cazadora al registrarla para comprobar los cortes. El forense dijo luego que estos eran una garra animal, aunque no pudo encontrar muestras equivalentes y por tanto ignoraban cual podía ser. El maquinista del tren, al ser interrogado, dijo que no había oído nada, probablemente porque tenía sesenta años y era más sordo que una tapia. Tampoco ninguno de los detenidos habló de una muchacha con abrigo polar. Así que la versión de Ari fue la que al final se consignó, aunque siempre quedo la duda de que había ocurrido realmente.

Convencer a sus colegas de Tarragona fue relativamente fácil, pero convencer al comisario Torres en Madrid fue harina de otro costal.



—Veamos, Ari. Hasta ahora tus informes se componían de cuatro páginas: una explicando la misión, quién es el detenido y que se supone que lleva encima, y tres hojas para explicar como el detenido ha perdido el contenido de sus bolsillos sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, y que, por supuesto, no se ha recuperado nada.

Levantó la hoja con dos dedos.

—Admitirás que este informe tuyo de... *seguí a la sospechosa cuando subió a un tren en marcha y luego saltó por la puerta al acercarme* es muy corto para tu estilo.

Ari suspiró, siempre la mala fama. Lo malo de mentir tanto es que luego, cuando decías la verdad, nadie te creía.

—Comisario, que no cogí nada —protestó.

—De eso estoy seguro, Ari: no tenían nada que coger. Pero hay otra cosa que me preocupa ¿Seguro que era una chica? ¿No sería un hombre con pelo largo?

—No —negó Ari—. ¿Por qué?

El comisario se mordió el labio, pensando, antes de responder.

—Mira, esta pregunta tengo que hacerla para cerciorarme ¿Te han violado?

—¡Comisario!

—Tenía que preguntarlo, no pongas esa cara. Hoy en día ya no te puedes fiar de los gustos de nadie.

Tamborileó con los dedos y al final dijo:

—Mira, Ari: vamos a dejarlo así. Este asunto no me convence, sé que ha pasado algo más de lo que dice este papel. Pero confió en que sabrás manejarlo tan bien como en los informes dónde dice más de lo que ocurrió.

Y el tema quedo cerrado.

—Me voy a casa a descansar —dijo Ari, deseoso de olvidarlo todo.

—Me parece bien, tienes la misma cara que si hubieras visto un fantasma.



Ari no dijo nada, se limitó a volver a salir del despacho, mientras intentaba convencerse de que jamás había ocurrido. Y nunca más volvería a repetirse. Ni dirigió la mirada al vigilante del parking cuando salió zumbando.

El vigilante le vio salir más despacio de lo normal, pero no dijo nada, preguntándose que debía ser eso de *Tengo que olvidarlo todo, no ha sucedido* que recitaba Ari en voz baja. Todos tenían un mal día.

Saludo afablemente a un par de chicas que salían tras un día de oficinas, conduciendo un cacharro de segunda mano y luego miró a la vagabunda aquella que cruzaba la calle. Ya la había visto un par de veces y no le gustaba, la próxima vez le diría algo. Parecía al acecho, y además de pinta de colgada llevaba un abrigo polar horroroso.

© José Antonio Fuentes Sanz

José Antonio Fuentes Sanz nació en 1969 en Tarragona (España), no terminó la secundaria, se pasó tres años en el Ejército como semiprofesional y ha tenido un par de empleos ocasionales. Desde hace diez es joyero de profesión. Escribe para divertirse y ha publicado sendos cuentos en [Axxon](#) y [LiterArea](#).



UN MUNDO DE SOMBRAS

Adriana Alarco de Zadra

A los pueblos andinos que han inspirado estos personajes.

El mundo de sombras en el que vivo, rodeado de individuos mugrientos, cochambrosos, estropajosos, tiznados y sórdidos, se está volviendo cada día más insufrible. Vagamos por laberintos subterráneos, en parte inundados por las aguas, buscando los lugares más secos, sombríos y alejados del sol. La vegetación prácticamente ha desaparecido de la faz de la Tierra debido al calor y los incendios que provoca. La escasez de oxígeno y ozono están causando estragos entre los humanos más desfavorecidos. Sobre nosotros se alzan los edificios de la Ciudad Austral donde viven los Selectos. Sólo ellos tienen acceso a las Fuentes de Energía Revitalizadora y nos han segregado de la comunidad, causando nuestra miseria y debilidad física.

Los Selectos son perfectos y por eso creen tener derecho a todos los recursos de la comunidad, lo que a nosotros nos niegan, dejándonos sólo las migajas. Es cierto que somos corporalmente imperfectos, hay algunos sordos, o tuertos como yo, o ciegos o inválidos a causa de las mutaciones desatadas por la catástrofe sufrida años atrás en la Tierra. Sin embargo, las imperfecciones que hemos heredado no son un motivo para discriminarnos en tal forma que estamos muriendo de a poco. Porque con la vida insalubre que llevamos, con el aire impuro que respiramos, no podemos detener la plaga de enfermedades y pestes que nos consumen desde nuestra expulsión. Muchos morimos de debilidad pulmonar, edemas, enfisemas. Somos los Indeseables.

Los Selectos desearían nuestra desaparición paulatina de la faz de la Tierra debido a las enfermedades que dejan nuestros cuerpos inservibles por la sevicia, ferocidad y encarnizamiento que nos consumen el cuerpo y el alma. Muchos mueren trastornados sin saber quiénes son, de dónde vienen y adónde van. Yo, junto con Macay, Paititi y Catarí, mis fieles colaboradores, ayudamos a los sobrevivientes de esta fatal segregación. Sin embargo, aún les somos útiles. Aunque sólo sea para usarnos en los ensayos más crueles y para probar remedios experimentales a cambio de un poco de alimento o de una manta raída.

Kori, el brujo —aunque inválido— es nuestro contacto con los selectos pues todavía conserva cierta perfección en su cuerpo y ellos necesitan de intermediarios que les eviten el contacto con los Indeseables. El brujo colec-



ciona los libros que se salvaron de los incendios y de las inundaciones y tiene un acceso parcial al conocimiento de los Selectos. Sabe mucho y conserva recetas para casi todas las enfermedades conocidas, pasadas, presentes y futuras aunque no pueda todavía hacerse crecer la pierna que le falta. Le proporcionamos los ingredientes para sus pomadas, pociones o jarabes. También tiene necesidad de cadáveres para sus clases de anatomía y otros experimentos aún más horribles. En más de una ocasión le hemos traído lo que nos exige. En algunos casos robamos los cuerpos del cementerio de los Selectos, pues ellos también mueren aunque desearían ser inmortales. Los guardias nos dejan pasar con una mueca de disgusto para suministrar los insumos que se necesitan porque ya nos conocen. Tras nosotros queda una serie de murmullos y risotadas sobre nuestro aspecto malsano y pestilencia.

Kori se hallaba ensimismado en su laboratorio mezclando grasa de oso con tuétano de buey, cera nueva y polvos de marfil para teñirse las canas.

—Jayu —me dijo—, yo no puedo salir del laboratorio. Esta pierna no me ayuda y ninguna otra artificial me ha servido hasta ahora. Estoy preparando una nueva poción que revolucionará el mundo. Voy a utilizarla para que me crezca otra y entonces, sí, podré ayudarte a ti y a tus amigos. Pero debes buscar, encontrar y proporcionarme los materiales que necesito.

El brujo me explicó lo que debía hacer. Primero tendría que encontrar los ingredientes. Luego, hirviendo minio y cerusa en partes iguales, junto con un tercio de jabón y tres partes de aceite de oliva debía formar una pomada. Debía tener cuidado de no respirar los vapores venenosos mientras hervía. Afirmaba que podía hacer crecer la piel nueva cuando por un descuido se salía al aire libre y el sol la quemaba. Me entregó unos gramos de minio con grandes recomendaciones de que se podía usar externamente, pero si se respiraban sus vapores o se usaba internamente era tóxico y venenoso. Desde entonces, estamos preparando pomadas en los recovecos de nuestro laberinto y curamos las llagas infectas producidas por la luz del sol.

Es un alivio poder recurrir a Kori. Desde que comenzó a decrecer la presencia del ozono alrededor del planeta y todo se fue convirtiendo en cenizas por la acción de los fuertes rayos del sol, la Tierra cambió para peor. No se puede decir que no lo sabíamos pero seguimos haciendo caso omiso de las advertencias hasta que llegó el Cataclismo. Sobrevino en el mundo una catástrofe como jamás habíamos imaginado ni en las peores pesadillas. Se hundió la tierra bajo las aguas, explotaron las ciudades convirtiéndose en derrumbes inmensos y sepultando bajo sus restos vidas, amores, sufrimientos, geniales inventos, importante e irrecuperable sabiduría. Desde entonces



se mide el paso del tiempo en años D.C., o Después del Cataclismo, para diferenciarlo de los años A.E, o Antigua Era.

En la ciudad sobreviven los que están alejados del sol. Quienes se esconden en los subterráneos insalubres se mueren por la falta de alimento, de oxígeno, de atención.

Muchos han abandonado la Tierra y viven en otros planetas colonizados por los hombres. Recuerdo cuando vivíamos en concordia en un mundo desarrollado que alcanzó un alto nivel de civilización, pero el Cataclismo cambió nuestras vidas. El calor infernal en la superficie de la tierra deritió glaciares, se inundaron los continentes, se movieron las placas marítimas produciendo espantosos terremotos. Lo que no quedó destruido se incendió y se convirtió en cenizas desperdigadas al viento. La vida biológica sufrió su más mortal impacto desde que el mundo es mundo.

Casi toda la ciencia acumulada durante los siglos se perdió en los incendios o simplemente se deritió. Si algo queda, está muy lejos en la galaxia y nadie regresa para iluminarnos.

Por eso vivimos alejados del sol asesino que ha diezmado a los habitantes en las últimas décadas. En la Tierra, donde se hicieron tantos descubrimientos en la Era Antigua, aunque parezca increíble, hoy apartan a las personas que no son perfectamente sanas, llamándonos Indeseables. No quedamos muchos y estamos reclusos, aventados o arrojados en este rincón del mundo, en los meandros subterráneos de una antigua mina muriéndonos de a pocos. En los alrededores se han formado islas, islotes y penínsulas donde antes del deshielo había todo un continente. Estamos viviendo en las profundidades de esta ciudad Austral, en parte sumergida, la que antes fue grande y populosa metrópoli. No somos malvados ni es maligno el dolor que nos agobia pero sí es perverso el egoísmo de los Selectos y yo no sé adónde nos llevará tanto sufrimiento.

Felizmente, ahora el brujo nos protege y ampara con su erudición y desprendimiento. Bajamos a trabajar en los recovecos más profundos de la tierra para recoger material y aunque muchos desaparecen aplastados por los derrumbes, nos queda la ilusión de un mundo nuevo. Sobrevivimos alimentándonos de los animales que podemos atrapar en las inmundas covachas aledañas, cambiando ingredientes misteriosos y difíciles de encontrar para sus pócimas, por brebajes que nos prepara, si no para curarnos, al menos para soportar la vida en el inerrante mundo de las sombras.



Otra fuente de alimentación es el caolín que el debilitado compañero Paititi se encarga de raspar de las paredes ya que él no puede caminar por largos trechos en los túneles excavados. Ese tipo de arcilla o silicato de aluminio nos abastece de sales minerales, y calcio, nos sirve de alimento, como los antiguos amazónicos, y también lo usamos para lavarnos, para desinflamar heridas y regenerar la piel.

—El progreso de la química ha acompañado siempre el incremento de las ciencias naturales y la búsqueda eterna del elixir de larga vida —acostumbra a explicarme Kori.

Nosotros, la escoria de la tierra, los Indeseables, ayudamos en la extracción y en la preparación de minerales metálicos, así como aportando órganos humanos que necesitan los Selectos. Mi colega Macay el manco, mientras excavamos en los subterráneos, asegura que las ciencias, con sus estudios sobre el genoma, la radioactividad y la constitución del átomo, le dan la razón a los alquimistas ancestrales quienes han asegurado desde siempre que los elementos tienden a transformarse. Y Macay sabe de lo que habla, no en balde es el más inteligente de nosotros y ayuda a Kori en los experimentos biológicos que regularmente lleva a cabo. *Eso es lo que va a suceder*, nos asegura Macay, *vamos a transformarnos también nosotros, con la ayuda de Kori*.

Al entregarle el oro que hemos encontrado, el brujo me advierte con severidad que no me acerque al agua mercurial que hierve en un rincón de su laboratorio pues puede explotarme en la cara. La va a mezclar con oro para fabricar su piedra filosofal, me explica. Aún con los avances científicos que existen actualmente, el oro es y será siempre la atracción mayor de los hombres, aunque no sé qué ventaja pueda tener para la humanidad sobreviviente ya que no hay mucho que comprar, aparte la metamorfosis genética y eso todavía es un secreto en el que está trabajando el brujo.

—¿Qué te sirve, Jayu? —preguntó Kori, dejando de embadurnarse el cabello que tiene tieso y derecho como agujas de puercoespín, observándome a través de los frascos con líquidos multicolores. Los pots en los estantes llevan etiquetas con nombres como Nuez Vómica, Raíz del Diablo, Matasuegras, y otros venenos conocidos.

Le expliqué que la laboriosa Catarí hizo hervir polvos de coral y antimonio con corteza de abedul, esencia de rosas y clavos de olor, como nos explicó él, para preparar la infusión de Nostradamus, y dos o tres de nosotros en vez de curarse, se han envenenado y han muerto.



—Le advertí a Catarí que no le pusiera mucho antimonio a la mezcla que puede ser tóxico. De hecho si le di instrucciones precisas es porque —me explicó— hay sustancias que son venenos potenciales y deben suministrarse convenientemente para que sean provechosas. Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol, y cuando este mismo sol ha destruido gran parte de la vida biológica de la Tierra, debemos ayudarnos con lo que podamos encontrar. Sé que es difícil conseguir ciertos materiales, pero se deben preparar con exactitud, sino no son válidos.

Me dio la receta de la infusión de Nostradamus cuando le pedí una pócima para hacernos más fuertes y sanos. Y tiene razón al decirnos que sigamos las instrucciones estrictamente para que no nos perjudiquen sus pócimas. Tendré que recordárselo a Catarí.

Kori meditó un rato, sacudió la cabeza en señal de impotencia, y luego me entregó un trozo de plata cruda influenciado por Saturno, como amuleto, pues atrae sobre quien lo lleva el respeto y la confianza de sus semejantes. Eso era todo lo que me podía donar sin pagar. Por lo demás, me dio a entender que no tenía tiempo de preparar brebajes contra el envenenamiento mientras trataba de encontrar una solución para su invalidez y para la metamorfosis, cuestión en la que llevaba ya avanzados estudios. Como ya casi está preparada esa nueva pócima, seremos de los primeros en probarlo, según me ha prometido. Y de esa esperanza sobrevivimos todos los Indeseables.

No faltan los violentos y los incontrolables entre nosotros. Algunos de los Selectos, discriminados recientemente por alguna enfermedad incurable, recorren las murallas de la ciudad. Durante las horas nocturnas observan sus antiguos hogares, allí donde vivieron con comodidades mientras eran sanos. Ahora, al igual que nosotros, viven bajo tierra, recogiendo, buscando y almacenando lo que encuentran, arrastrándose, arañando las paredes de la mina, sin poder obtener suficiente mejoría para sus males. Ya hay quienes claman venganza por haber sido desplazados, anulados, suprimidos y excluidos injustamente de la Fuente de Energía Revitalizadora.

Le he rogado que los ayude y Kori me lo ha prometido. Es magnánimo y altruista.

—Primero trata de conseguirme los productos que te indico en esta tablilla, para preparar nuevas recetas para los Selectos, —continuó y me entregó una larga lista apuntada en una tabla de arcilla—. Si quieres que cure a los Indeseables debes esperar a que termine mi poción transformadora.



Los ingredientes apuntados no eran fáciles de conseguir. Para preparar colirios con el fin de cambiar el color de los ojos, el brujo necesita nitrato de plata cristalizado; para sus pastas dentífricas debo obtener huesos de jibia en polvo, cremor tártaro, cochinilla y coral pulverizado; luego extracto de silicio negro para preparar remedios contra la senectud, sales de radio para destruir las células vivas que no son perfectas o están dañadas. Son tantos los ingredientes y tan escaso el tiempo que nos queda. Para salvaguardar nuestra integridad y para no seguir viviendo en condiciones infrahumanas, y deseamos su apoyo con prontitud.

Por ese motivo le conté, entonces, al amigo brujo qué hemos encontrado en las profundidades de la mina: enormes cantidades de explosivo que podemos utilizar contra los Selectos en nuestra rebelión. Si no encuentra rápido la solución para la metamorfosis, haremos desaparecer la Ciudad Austral de la faz de la tierra, como último recurso. Kori no está de acuerdo con esa extrema decisión pues no pierde las esperanzas de encontrar el remedio para nuestros males, y me advierte que corremos el riesgo de perder el rumbo.

Mientras tanto, además de su experimento para la metamorfosis, Kori está preparando algo sorprendente, que cambiará la faz de la tierra. Me ha pedido ayuda para procurar polvo de hierro con lo que desea favorecer la absorción de anhídrido carbónico sobre la superficie de las aguas. Y así sanar al planeta.

Sostiene que con el polvo de hierro se puede acelerar el crecimiento de las algas marinas que a su vez absorberían este gas. Es un proceso lento pero espera en la recuperación del planeta al estado que nunca debió haber perdido en un remoto futuro.

Buscaba una veta lo suficientemente grande como para realizar el proyecto. Por sus explicaciones, me di cuenta de la enormidad del trabajo. Quizás, nos quería tener ocupados. Pero entonces, Kori me informó que había comenzado la nueva revolución terapéutica para curar las pestes, las enfermedades, la invalidez haciendo crecer miembros faltantes y renovando la piel.

Había encontrado la forma de aislar los principios activos de los elementos y aplicarla al ejército Selecto.

Sin embargo, al realizar las pruebas se dio cuenta de las transformaciones. Los genes animales que utilizaba los convirtió en seres superiores físicamente, gracias a sus nuevos atributos, pero algunos pacientes tomaron formas diferentes.



Después de varias pruebas, me explicó que las metamorfosis han traído una serie de trastornos en el ejército de los Selectos, y Kori tiene mucho trabajo que hacer. Algunos han perdido la razón por haberse convertido en algo nunca visto. Piel escamosa de colores diversos y con manchas, garras en vez de manos, cráneos deformes y proboscidos.

Con el delirio alquimista que ha surgido en estos años, los Selectos recuperan antiguas y mágicas pociones para curar las deformidades —me explicó—. Ellos esconden sus transformaciones porque viven aterrados de ser discriminados y enviados entre los Indeseables.

Por eso, muy en secreto y recorriendo una serie de pasillos escondidos, canales y tortuosidades, llega a su laboratorio una clientela de seres genéticamente alterados, modificados, transfigurados. Kori está tan preocupado que quiere probar el experimento en nosotros antes de seguir tratando a los Selectos.

Después de nuestra conversación, me ha entregado el amigo brujo unas agujas con cápsulas de suero a cambio de algunos materiales para sus pociones. Las cápsulas producen cambios en la raza y pueden convertir a los hombres en seres con cualidades animales como hombres con vista de halcón, o con la osadía del jaguar, o con la malicia de la serpiente, así como hombres industrioses como abejas o que respiran bajo el agua como el tiburón. Sin embargo, también pueden cambiar físicamente pues ha inventado en sus horas de insomnio la fórmula para transformar el genoma humano. Su ilusión es que le crezca finalmente la pierna que le falta. Probaré las cápsulas. Haré el experimento, la prueba, la última ilusión, con mis compañeros. No nos queda otra esperanza.

Mientras tanto, los Selectos siguen escondiendo sus deformaciones, resguardados de la luz del sol, sin identificarse con su verdad. Con la egolatría que los caracteriza, siguen acaparando y respirando el oxígeno que a nosotros nos llega escasamente bajo la tierra en el mundo de las sombras. Balsatros resguarda la ciudad con su ejército de gigantes, para que no sufra la violencia de los Indeseables, pero yo tengo una fe inquebrantable en el viejo amigo brujo. Llegará el día en que transformará la Tierra y los últimos serán los primeros.

Comencé a llenarme de sueños y resolví cerrar el pasado en un rincón de mi memoria, como en una alcancía donde se guardan los recuerdos. Decidí promover una activa defensa de los principios que rigen nuestra comunidad. Comenzaremos por volvernos más fuertes, más sanos, más interesantes con los sueros en cápsula descubiertos por Kori.



El manco Macay, cuyo nombre en el antiguo idioma significa ceniza, empezó el tratamiento antes que los otros y de un lado le están creciendo plumas en forma de ala y su único brazo también se está convirtiendo en ala, emulando al ave fénix que renace de las cenizas. No solamente se le ha aclarado la vista sino que su cuerpo se está transformando. El brujo afirma que es todo un éxito ya que han desaparecido los síntomas de su enfermedad intrínseca. Su piel llagada, podrida, agusanada se está renovando y plumas pequeñas están abriéndose paso entre los poros del cuerpo. Macay se está volviendo hombre-pájaro. Es un ser feliz y pronto empezará a volar, revoloteando sobre la ciudad Austral como las aves que hace tiempo abandonaron los cielos de la Tierra y que pocos recuerdan.

Como mi nombre, Jayu, está relacionado con la sal, decidí probar las cápsulas de tiburón, que vive en el mundo de aguas saladas, esperando poder convertirme en anfibio y curarme de las fiebres intermitentes que me afectan. Ya estoy viendo que me salen agallas y me crece la cavidad dental para poder masticar con fruición los más débiles huesillos de los Selectos difuntos antes de que los entierren en el cementerio. Estoy volviéndome un hombre-pep. Puedo nadar en las aguas que rodean la Ciudad Austral y quedarme bajo la superficie más tiempo que ningún hombre antes pudo hacer. El júbilo me ha llenado el espíritu al ver que una piel suave cubre mis extremidades. ¡Soy un Tritón, un rey marino, un salvador que se levantará de las aguas!

He suministrado las píldoras de jaguar a Paititi, nuestro compañero de excavaciones subterráneas quien sufre de depresiones y cansancios, para que se fortalezca su estructura vital. Por lo que veo, ya le están creciendo garras en las manos y su cabeza se está convirtiendo en la de un felino audaz. Tiene manchas en la piel y se está volviendo fuerte y feroz.

A Catarí, la mujer invisible como la llamamos por tener una sutil figura, delgada, estilizada, enjuta, desmirriada y tenue, el suero la volverá una mujer-serpiente ondulante y maliciosa, así como a las otras féminas del mundo de sombras. Se están deslizando por los meandros subterráneos y recorriendo angostos canales que antes no podíamos atravesar, para acercarnos sin aviso ni sospecha a la ciudad de los Selectos. Si continúan rechazando nuestra humanidad, nuestra existencia, el sentido mismo de la vida, tendrán que atenerse a las consecuencias.

Esperaremos con paciencia la transformación para levantarnos de nuestras catacumbas y volver al mundo luminoso y espléndido de la metrópoli, sin perder el sentido de nuestra propia realidad.



El brujo ha probado él también sus cápsulas. Le está creciendo el miembro que le faltaba pero parece tener pezuña en vez de pie. No importa. Ahora puede caminar mejor que antes.

En nuestros sueños inventamos un porvenir impactante. Una división de jaguares Paititi, mitad hombres mitad felinos, rodearán la Ciudad Austral y vencerán a los gigantes de Balsatros. Por las aguas se acercarán los tiburo-nes Jayu, nadando en las aguas saladas y profundas de los agigantados océanos; por los aires se acercarán volando raudamente los halcones Macay, durante las horas del ocaso cuando el sol no quema. Las serpientes Catari avanzarán por los senderos que llegan al centro de la Tierra Conocida, mitad ofidios, mitad féminas, ondulantes y maliciosas. Comenzaremos la invasión aunque Balsatros haya alineado en las puertas a sus súbditos perfectos, gigantescos, fuertes y sanos, hipnotizados con su poder de mesmerismo, para evadir la realidad. ¡Y si no nos abren las puertas, usaremos explosivos! Nuestra venganza será terrible.

Así, en esa forma sutil pero feroz, nosotros venceremos.

Es nuestro propósito que los Selectos reconozcan su malevolencia, se comuniquen con nosotros, nos faciliten el oxígeno y no sigan viviendo de fantasías o traeremos abajo su mundo con nuestra furia vandálica, nuestro instinto animal y nuestra fuerza monstruosa. Entonces, los animales se apoderarán de la Tierra nuevamente, levantándose desde las sombras con sus pieles renovadas para comenzar otra vez el ciclo infinito. Ocuparemos la ciudad Austral y será nuestro jefe y guía Kori, el hombre-lobo, el brujo de las profundidades, esa mente generosa, erudita y compasiva, finalmente sano y entero.

© *Adriana Alarco de Zadra*

Adriana Alarco de Zadra nació en Lima, Perú y transcurrió muchas vacaciones en casa de la abuela al sur de Lima, en zona vinícola y algodónera. Los infinitos arenales de la costa desértica y los cielos surcados por pelicanos y gaviotas llenaron sus ojos de espacio y libertad. Casada, vivió en campamentos de trabajo, alejados de la civilización, en varios continentes. Ella escribe para volcar en el papel y en la pantalla sus experiencias, investigaciones y sentimientos. Viaja con frecuencia a visitar a sus hijas y a sus nietos que le llenan la vida.



EL CADÁVER EXQUISITO

por Rubén Mesías Cornejo

Desde pequeño he tenido conciencia del placer que me causa la contemplación de la materia muerta y aunque jamás sabría explicar el origen de esta malsana propensión, siempre pensé que tenía un sentido místico que se me escapaba una y otra vez. Conforme transcurrían los años e iba creciendo se incrementaba esta inclinación mía, así como también aumentaba el número de mis detractores, absolutamente convencidos de la gravedad de mi perversión y aunque la mitad lúcida de mi conciencia estaba de acuerdo con las críticas e incluso sugería, tímidamente, el aspecto más crudo y nocivo de mi manía con tal verismo que yo mismo terminaba asqueándome con la mera evocación de los cadáveres que había contemplado. La otra mitad insistía en complacerse apreciando aquellos cadáveres como efigies trágicas que anunciaban estáticas la extinción de una vida más. Una vida que retornaba al seno del limbo.

Empero, llegó un momento en el que pretendí exacerbar mi apasionamiento confiriéndome a mi mismo el poder de inducir la muerte en quienes yo adivinaba la visita de la parca, así pude calmar mi ansiedad de encontrar pronto un cadáver tendido en alguna vereda, rodeada de un anillo de curiosidad que compartía indiscretamente un morbo íntimamente mío. Esa fue la razón que me convirtió en la sombra de muchos seres que decidieron suicidarme combinando la ceremonia del harakiri con el suplicio de la horca, o simplemente dejando que el azar decidiera el instante de fugar después de haber perdido deliberadamente la ubicación de la bala asesina tras el giro del tambor. Evidentemente este siniestro trabajo me entretuvo durante una larga temporada que empleé para redactar mentalmente una excusa que me redimiera de esta culpa sideral. Mi parte lúcida invadía poco a poco la zona oscura de mi conducta para increparme mi maldad, una maldad que ejercía sobre las personas menos enérgicas que caían bajo la seducción de mi voz sofista, cantante de verdades dobles; sin embargo hubo alguien que cruzó mi camino y esparció contradicción en él, puedo afirmar con seguridad que no era nadie, si bien poseía nombre y apellidos, porque los papeles de su instrucción eran endebles como su constitución física, empero la fuerza de su mente inquisidora bastó para hacerme desistir de seguir buscando el placer, la sensación máxima, en la muerte de otros. Entre otros argumentos me dijo:



—Cuando tú mueras. ¿Quién se alegrará de tal suceso? Evidentemente no los que te conocieron como un maniaco, tal vez mitómano, que narraba historias sobre suicidios hábilmente inducidos. Quienes se alegrarán, cuando arribes al túnel de luz que se bifurca, serán ellos, los muertos, porque también morirás.

Y señaló en lontananza el perfil de una verde arboleda que erguía tranquila y eterna como la custodia de muerte que realmente era. Aquella era la guirnalda que ornaba el parque-cementerio que todos conocían como *Los Jardines de la Paz*.

Aquello me hizo temer el futuro y darme cuenta de que era un asesino pero también advertí plenamente mi categoría humana y la fugacidad de su equilibrio afectado por la Providencia, por el azar que tal vez hubieran determinado el momento de mi muerte o el inicio de mi expiación, una expiación que no supe adivinar, pues si lo hubiera sabido habría buscado mi muerte como antes busqué la de otros.

Después que esa voz se alejó de mí procuré concentrarme en los avatares que la normalidad me ofrecía: deportes, reuniones íntimas, mujeres, ejercicios físicos que agotaron mi cuerpo y distrajeran mi mente del morbo que sabía encontrábase allí como una crisálida envuelta en su capullo. El tejido de aquel era extremadamente delicado y el leve roce de un acontecimiento violento, criminal, una nota roja, en fin, podía hacer que la mariposa negra tornara a mí. Yo lo sabía y trataba de controlar la lectura de los periódicos cubriéndose los ojos al ver las fotografías relacionadas con algún hecho de sangre, aquella prohibición excitaba aún más mi curiosidad. Volver a probar aquella sensación que ninguna película podía darme, la exquisitez de la contemplación de un cadáver fresco. Espié la sección de las mujeres desnudas, imaginando su carne ubérrima mutada en lánguida agonía de putas complacientes. No aguanté más y decidí levantar la censura. La mariposa había batido sus alas. Yo lo había escuchado y estaba feliz del éxito de su fuga. Investigué el periódico en busca de algún suceso que alimentara mi morbo, de pronto caí en la cuenta: esos sucesos ya ocurrieron, están registrados. Molesto por este descubrimiento, salí de mi casa hurgando entre la multitud la presencia de alguna desgracia latente. Nada. Entonces me dediqué a recorrer el centro en busca del acontecimiento que me devolviera la tranquilidad. La mariposa negra revoloteaba dentro de mí buscando la llama para consumirse, pero nada ocurría. ¿Qué le pasaba al mundo? Acaso la desgracia no recorrería ya los caminos de la tierra o aquel no era el día elegido para tornar a ser.

La noche vino y me encontró fatigado. Una procesión de vidas pasaban a mi lado rumbo a un destino múltiple. Uno de ellos moriría, pero, ¿cuál? De-



cidí que debería ser a quien yo le conociera el rostro, eso significaba desoír la voz que trató de salvarme de este pecado, gravísimo pecado de asesinar. El medio sería un modesto empujón al borde de la pista, el tráfico haría el resto, ese era mi plan pero el azar tenía que intervenir, a título personal confieso que deploro tal inferencia en mi vida. Yo era quien debía manipular el destino, consideraba tener la suficiente calidad intelectual para hacerlo, estaba psicológicamente preparado pero alguien oculto en el más estricto anonimato se dedicó a molestarme combinado el método de tortura psicológica con acuciantes empujones que me hacían perder el equilibrio dando la impresión de estar ebrio, ocasionando la curiosidad de quienes estando ociosas de ideas se entretenían observando cualquier incidencia callejera. El espionaje de estas personas provocaba en mí un vasto malestar, parecían descubrir mi secreto máximo. Sentíame acosado, herido en mi intimidad, casi desnudo de mi esencia, me estaba sucediendo algo que no había previsto nunca. Yo me encontraba en la mira de alguien que compartía mi perversa afición, siendo así, yo era su presa, y una presa tiene que escapar de su cazador; pero también dentro del miedo existe la osadía y yo ansiaba conocer siquiera el perfil de este abrupto colega, de esa sombra nocturna. Investigué las caras que iban y venían, que se perdían en callejuelas estrechas y transversales, que abordaban raudos vehículos y desaparecían instantáneamente. Nada hallé tampoco de aquellos cuerpos y de su ortodoxia. ¿Dónde se ocultaría aquel malhechor? No lo sabía, era difícil pensar en algo claro cuando otra idea, la idea de una agresión ronda en tu cabeza. Estaba claro que podía convertirme en el cadáver exquisito de alguien. Decidí huir entonces y hacerle caso a aquella voz que me señaló la idílica silueta de aquel parque-cementerio, la compañía de esos cadáveres no sería grata para mí, apátrida en esta tierra. La huída a través de las luces frías fue larga, parsimoniosa: tal vez el otro tuviera compasión y hubiera cambiado de idea, pero conociendo el alcance de mi perversión deduje que el otro también buscaba aquel ambiguo placer como si se tratara de una poderosa droga. Huir, huir de lo que no se ignora, huir del azar; de la fuerza más poderosa del universo; huir sin tener fe en el éxito del escape; huir sabiendo de antemano que existe la posibilidad de morir a manos de la incertidumbre. Agobiado por estos pensamientos ensayé un camino sin sentido que trataba de evitar transitar por las cuatro avenidas principales que delimitaban el centro de la ciudad. Me perdía como tráfuga en la posibilidad de vivir, esperando que las horas pasaran y el tráfico disminuyera. No se me ocurría que hubiera ideado otra manera de asesinarme. Así maté el tiempo hasta que el cansancio me obligó a retornar a golpe de la medianoche.

La tranquilidad de un día fenecido reinaba por doquier. La gente gastaba sus voces comentando las anécdotas del día; las estrellas lucían su pacífica



luz a la mirada de los filósofos. Y yo me integraba en aquel paisaje como una solitaria silueta que cantaba para acompañarse y no denunciar el miedo que todavía conservaba, aunque la presencia casi tangible de mi enemigo hubiese desaparecido de mi percepción, excepto por el claudicante paso que amenazaba derribarme a cada rato. Una acequia se cruzó en mi camino, aquella agua sucia, brillaba como una estrella cercana, a través de los agujeros que dejaban las tapias que la cubrían a medias se veía viajar la carroña dócilmente posada sobre aquellas aguas rápidas cuyo raudal había crecido considerablemente durante la última semana. A esa altura de la noche el íntimo conflicto existente entre él y yo habíase aquietado. Tal vez él hubiese aplazado su intentona, mi temor habíase relajado lo suficiente como para permitirme ver con escepticismo los acontecimientos de esta noche. Tanta era mi confianza que decidí atravesar la acequia. Puse los pies resueltamente sobre una de aquellas tapias que parecían sólidas; sin embargo algo descoordinó mi equilibrio, vacilé y la tapia desapareció debajo de mis pies. El agua sucia y la carroña me rodeaban por todas partes. Mi desesperación me hundía cada vez más, pues jamás aprendí a nadar. Entonces supe que no existía ningún otro maniaco que me perseguía, era mi alter ego. Yo ya era el cadáver exquisito que tanto había buscado en otros.

© *Rubén Mesías Cornejo*

Rubén Mesías Cornejo, 31 años, vive y trabaja en Chiclayo, Perú, se dedica a la literatura desde 1995. Publicó en varios medios escritos de su ciudad como la revista generalista *ARBOLEDA* y en los ya desaparecidos fanzines *SUB ART* y *DKVSA* de carácter contracultural. Luego consiguió publicar en las páginas del suplemento dominical chiclayano *LA INDUSTRIA*. Escribe ciencia-ficción, fantasías históricas y algo de terror. Además de la literatura, le gusta el ajedrez, la historia y los temas militares.



PRISIONERO

por Graciela Inés Lorenzo Tillard y Fabio Ferreras

La eterna noche por fin ha terminado y comienza a aclarar: un resplandor pálido y movedizo desciende de arriba, inundando los rincones de esta celda.

Un momento... ¿Qué estoy diciendo? ¿Rincones? Debería encontrar una palabra mejor. ¿Acaso puede hablarse de rincones cuando te han encerrado en una celda sin muros? No, claro que no, pero como sea que se llamen las paredes, continúan ahí, invisibles, impenetrables, burlándose de mí, incitándome a correr con la cabeza por delante y la boca apretada para ahogar el gemido que sobrevendrá al doloroso impacto y el regreso al centro de la celda. Porque eso fue lo que me sucedió ayer; cuando recuperé el conocimiento tirado en el suelo, dolorido en la oscuridad absoluta y con un torbellino confuso en lugar de pensamientos.

No sé dónde estoy. Lo último que recuerdo es la *trampa*, el artefacto plateado que cayó imprevistamente del cielo con un golpe feroz... y lacerante. También recuerdo el terrible dolor que sentí mientras la cosa me arrastraba hacia arriba, ante la mirada horrorizada de mis compañeros de migración, y que estaba maldiciéndome por haber caído y...

—¿Estás despierto, Sumún?

La voz es tan inesperada que me sobresalto, estremecido. Arriba, el resplandor continúa aumentando, y no sólo parece surgir del techo sino también de las paredes... ¡Sí! ¡A pesar de ser invisibles pueden capturar y reflejar la luz! ¿Qué clase de materia es capaz de semejante prodigio? Si lograra escapar de aquí...

—Vamos, responde, Sumún. Sabemos que has despertado. ¿Te encuentras bien?

Es Ramén. Pobre compañero, tan preocupado por mi bienestar... Lo imagino reunido con el resto del Clan, al final del mismo valle donde *Ellos* me raptaron, sus rostros temerosos alzados al cielo atentos al menor atisbo de nuevos ataques de *Ellos*...

—Estoy bien, gracias —respondo, dirigiendo mis pensamientos hacia él—. Despejado y recuperándome. Todavía dolorido, pero más por los porrazos



que me he dado en la cabeza intentando escapar, que por la trampa en sí misma. Por suerte no me dañó demasiado.

—Pues qué alivio, Sumún, porque estamos todos muy afligidos por ti...; Kadisha, Turku y Malendra te mandan sus respetos y deseos de recuperación, al igual que todos los demás.

Gracias, susurro, con un jirón de pensamiento que quizá no logre llegar hasta el lejano valle donde quedaron. Pienso en mis tres esposas, las primeras integrantes del Clan, y mis ojos se llenan de lágrimas. Pienso en los rostros compungidos enfrentados unos a otros en la penumbra de la hondonada, abandonados en medio de un terreno desconocido y a la ventura de Pizco, que a todos nos resguarde...

—No tienes por qué agradecer —dice Ramén—. Eres nuestro jefe, Sumún, y te sacaremos de ésta.

Su voz transmite un indudable optimismo, como así también el coro de suspiros que suena de fondo, el de los veinte integrantes de la tribu que están atentos a nuestra conversación. Me aprecian, por supuesto, y yo los aprecio aún más por ello. Es gente valerosa, de la mejor, y no me he equivocado al seleccionarlos. Todos respondieron con entera satisfacción a los padecimientos del éxodo. La bravura y diligencia de Ghuro, siempre el primero en enfrentar a las alimañas que encontramos por el camino, dándonos tiempo a los demás para escapar por un sendero alternativo; la intuición de Kadisha, que nos llevaba directamente hasta un valle repleto de alimento y Clanes amistosos cuando los Ellos me atraparon; la inteligencia de Ramén, con una solución para cada problema, y una excelente disposición... ¡Cómo les he fallado al dejarme capturar tan fácilmente! ¡Cuánta imprudencia he demostrado, por el Gran Pizco!

Si logro escapar de esta celda, aunque parezca del todo impensable, me resultará imposible presentarme ante la tribu como jefe, volver a mirar sus caras... mi autoridad no está intacta...

—Escucha, Sumún —dice Ramén en mi cabeza, interrumpiendo mis divagaciones—, tengo una idea que podría sacarte de allí.

—Me parece impensable, amigo mío. En primer lugar, no existe una salida. Cuando recuperé la conciencia estaba oscuro, y no fue hasta hace un rato, con el amanecer, que he podido hacerme una idea del lugar. Es un recinto cuadrado, de muros invisibles desprovistos de aberturas, de techo alto y suelo resba-



ladizo, absolutamente vacío de todo, excepto de mí mismo...; además tampoco sé dónde me encuentro, ni qué tan lejos estoy de ustedes...

—Eso ya está resuelto, jefe. Ya conoces el poder de orientación de Kadisha; tu Primera Esposa asegura que te hallas a un kilómetro escaso de nosotros, en un lugar desconocido, por supuesto, aunque no tan lejos como para desesperar. En cuanto a un posible plan de fuga, déjame decirte que he pensado en algo... ¿Dices que no hay ninguna puerta en esos muros?

—Así es. Ya he recorrido varias veces el perímetro y no encontré ni un solo agujero. Estoy apoyado ahora contra la pared. Es... inexpugnable.

—¿Y sin embargo puedes ver lo que hay al otro lado?

Dirijo la vista al exterior. Si bien la iluminación ha aumentado, sigue siendo insuficiente para distinguir qué son esas formas oscuras que rodean la celda en las cuatro direcciones.

—Puedo ver, sí. Está confuso, aunque mejorará en un rato, cuando haya aclarado del todo. —Entonces no lo soporto más y le pregunto a Ramén qué propone hacer.

—Presta atención, Sumún, porque no podemos fallar y quizá no dispongamos de mucho tiempo; deberemos cronometrar muy bien nuestros movimientos —responde Ramén apresuradamente. A pesar de la distancia que nos separa y de no poder verlo, puedo notar la excitación en el timbre de su voz, que cosquillea, vibrante, en la bóveda de mi cráneo. Le pido los detalles del plan.

—No es muy complicado —dice—, ya te darás cuenta, pero debo advertirte que se basa, eso sí, en un supuesto fundamental: que Ellos te quieren con vida. Creo que podemos darlo por sentado; caso contrario, el artefacto te habría matado y a estas horas estarías muerto.

—Eso es cierto. Ya lo había pensado.

—Lo que nos lleva a una conclusión obvia: no tardarán en llevarte comida.

Vuelvo a dirigir la mirada al exterior, bruscamente perturbado por esa revelación. Ramén tiene razón: si *Ellos* me quieren con vida, vendrán hasta aquí, ya sea para traer alimentos, para imponer condiciones, o exigir acuerdos de sumisión...; debería estar alerta. Pero no veo a nadie a través del muro invisible, sólo las siluetas negras que poco a poco van ganando en gris; la luz continúa aumentando, sin que pueda precisar su origen todavía: parece provenir de todas partes y de ninguna.



—¿Sumún?

—Sigo aquí, Ramén, descuida... no puedo ir a ninguna parte —respondo, sonriendo en la menguante penumbra—. ¿Qué debo hacer cuando Ellos se acerquen?

—Nada, Sumún, no harás nada —es su sorprendente respuesta—. O mejor dicho: te limitarás a mirarlos. Del resto nos encargaremos nosotros.

—Explica más.

—Utilizaremos la Red Mental para atraparlo. Tú fijarás la mirada en Él: nosotros concentraremos nuestra Voz en un único grito y te utilizaremos como cañón; un solo disparo deberá bastar, porque no podremos intentarlo otra vez. —Ramén hace una pausa para que yo pueda asimilar el plan y luego agrega—. Le ordenaremos que entre a la celda y te saque de allí. No podrá negarse a obedecer, Sumún, ya lo verás. No podrá resistirse a todas nuestras Voces Mentales combinadas. Somos un Clan poderoso, Sumún, tú mismo nos reclusaste y lo sabes bien. Le obligaremos a liberarte.

Cierro los ojos un instante, impresionado por la audacia de Ramén. El plan debería funcionar. Después de todo, en un mundo como el nuestro, con un medio ambiente tan enrarecido, la supervivencia de la especie hubiese sido imposible si no fuera por nuestra Voz Mental, desarrollada a lo largo de años y años de evolución. Me pregunto porqué nuestra raza jamás se atrevió a utilizar antes nuestra Voz Mental como medio de defensa contra Ellos.

Abro los ojos. La estancia, más allá de los muros, se ha iluminado súbitamente. Alcanzo a ver la horrible silueta distorsionada de uno de Ellos mientras esquiva los gigantescos bultos del enorme recinto y se acerca a la celda...

—¡Ahora, Ramén! —grito, envalentonado por la proximidad de la victoria— ¡Lo tengo a la vista! ¡Por el amor de Pizco, lancemos la Voz!

La mujer abrió la puerta de la habitación con cierta dificultad; llevaba en sus manos una bandeja con leche y tostadas y tenía puesta una bata. Sus ojos todavía se veían abotagados por el sueño. Encendió la luz (con cuidado, no fuera a volcar todo sobre la alfombra) y su primera reacción fue, justamente, la de soltar la bandeja... y un alarido.



El grito llegó hasta su esposo, que seguía amodorrado en la habitación contigua. Con ojos legañosos y en ropa interior, sin la menor idea de lo que podía estar sucediendo, se levantó y salió corriendo por el pasillo. Entró en el cuarto de su hijo.

No se percató del cuerpo de la mujer, desmayada en el umbral sobre un charco de leche chocolatada que se extendía lentamente sobre la alfombra. Sus ojos quedaron clavados en Mati, y jamás olvidaría esa imagen. Porque al fondo de la estancia, sobre el escritorio donde su hijo hacía las tareas escolares, se encontraba la pecera que le habían regalado el día anterior para su cumpleaños, y el niño estaba de rodillas (como un gato tomando la leche), con la cabeza metida dentro del agua.

Más tarde, las pericias forenses señalaron que había muerto ahogado. En una mano aún apretaba el pequeño tubo de comida para peces.

Mientras el hombre se derrumbaba llorando junto a su esposa, incapaces ambos de acercarse al cuerpo para verificar lo que tanto temían, el pececito nadaba dentro del recipiente, con los ojos tan abiertos como los del niño. Se estrelló contra el vidrio tras una corta carrera y volvió a intentarlo, una y otra vez, como si intentara escapar, lo cual era impensable.

Parecía decepcionado.

© Graciela Inés Lorenzo Tillard y Fabio Ferreras

Los relatos de **Graciela Inés Lorenzo Tillard**, cordobesa, pueden ser leídos en fanzines tanto electrónicos como de papel. Uno de ellos es *LA PESTE AMARILLA EN LA BUENOS AIRES*, en *Menhir 2* (papel) y en *Alfa Eridiani 4* (digital). Ha escrito prosa, crítica, infantil y poesía. Tiene varias novelas cortas en cartera tanto de ciencia ficción como de fantasía que buscan editor. Esta es la segunda colaboración que publica junto a **Fabio Ferreras**, también argentino, nacido el 25 de mayo de 1972 en Bahía Blanca, ciudad donde reside actualmente. Ha publicado tanto en [Púlsar](#) como en [Axxon](#) y en *Fabricantes de Sueños 2004*. Le gusta la ciencia ficción y la fantasía. También se les podrá leer a ambos en la antología *Razas Estelares*.



LOS EXPLOTADOS

por Sergio Gaut vel Hartman

Adivirtió los movimientos de las ratas aun antes de abrir los ojos, pero la indolencia, como siempre en los últimos tiempos, fue más fuerte que el miedo. Son unas pobres ratas hambrientas, se dijo midiendo la distancia que lo separaba del amanecer. Y lo dijo aunque sabía positivamente que encontrarían la caja y depredarían los pocos alimentos que contenía. Se sintió un miserable, abrumado por su incapacidad para correrlas a escobazos. Hacía rato que se declaraba vencido al plantearse la necesidad de luchar. Eso implicaba cerrar otra puerta, por lo que, resignado, se quedó mirando el techo. Entre las rajaduras colgaba una colonia de arañas y las cucarachas espiaban como si la cautela fuese una característica de la inteligencia. Las arañas y las cucarachas no correrían la misma suerte que el hombre, no señor. Las ratas tampoco. Oh, benditas criaturas; tal vez hicieran de la Tierra, al heredarla, un mundo habitable.

Cuando se cansó de mirar el techo se levantó, vistió y salió a la calle. Logró, por una vez, resistir el impulso de echar una ojeada a la caja de los alimentos; necesitaba conservar el ánimo intacto para soportar las horas venideras.

El bar estaba vacío. Quedaba muy poca gente capaz de excentricidades como gastar dinero en sucedáneos del café.

—Café —dijo cuando el mozo se acercó a la mesa.

—Veamos la plata —dijo el mozo, receloso.

Mostró el vale de curso legal que había recibido en la fábrica la tarde anterior. Esperaba que alcanzase para una taza grande y dos bizcochos de vainilla, pero el mozo le obsequió una explicación incomprensible mediante una serie de muecas y gestos crípticos. Era tan sencillo conseguir personal barato que ningún empleador se tomaba la molestia de interrogar a los postulantes. Este era francamente imbécil o funcionaba con peligrosa intermitencia. No obstante aprobó lo dicho por el mozo porque le daba mucha vergüenza admitir que no había entendido. El mozo le dio la espalda y se dirigió al mostrador.



Era como con las ratas y todo lo demás; no tenía energía como para meterse en la realidad. A veces se atormentaba persiguiendo sombras, aunque la mayor parte de su vida podía representarse mediante una línea quebrada que se movía hacia un polo de pura indecisión.

El mozo regresó portando una cafetera humeante. Sin embargo, en contra de la rutina, no descargó la taza con un tintineo de loza ordinaria, sino que hizo un gesto con la barbilla y ahuecó la mano sacudiéndola perentoriamente.

—¿Qué dice? No le entiendo.

El mozo repitió el gesto y casi de inmediato, fastidiado, lanzó un chorro de café. Ahora comprendía: el vale, quizá devaluado por algún colapso económico producido durante la noche y del que no había tenido noticia, era insuficiente para comprar una taza de café; apenas alcanzaba para un chorro, la cantidad que fuera capaz de recoger entre las palmas y beber antes de quemarse.

No era tan rápido como para tomar café en esos tiempos de milagrosa miseria, pero fue capaz de retroceder, logrando que unas pocas gotas le salpicaran la ropa.

—¿Qué hace? —dijo el mozo recuperando el habla.

—Me muevo hacia atrás, ¿qué pretende, bañarme en café?

—¡Está loco! Ahora tendrá que pagarlo como si lo hubiera tomado.

—Escuche: me lo tiró encima, ¿cómo voy a pagar algo que no consumí?

—Excusas, no oigo otra cosa que excusas, todo el día, todos los días.
—El mozo se arrodilló, y sacando una jeringa sin aguja del bolsillo absorbió el café derramado.

Era ahora o nunca. Jamás había dejado de pagar una deuda, ni siquiera se había atrevido a robar un libro. Pero esta vez era diferente; pura justicia divina. Resultaba inconcebible que las cosas se hubiesen deteriorado hasta el punto de que un hombre decente tuviera que convertirse en fugitivo por una miserable taza de café.

Salió del bar sin hacer ruido. Y ya en la calle corrió a toda velocidad. No se atrevía a mirar hacia atrás, seguro de que el mozo, una vez recuperado el café, habría empezado a perseguirlo.



Corrió varias cuadras sin darse tregua y no se detuvo hasta llegar a una plaza. Allí, rodeado de botellas y envases vacíos de latón, plástico, cartulina acerada, residuos legendarios de la era del consumo, aplastados, imposibles de reconocer, se sentó en un banco de piedra.

Permaneció sentado apenas un minuto, el tiempo suficiente para recuperar el resuello y comprobar que el mozo no lo había seguido. Pero fue un minuto desgraciado, porque empezó a reflexionar. Las ideas funestas que lo cortejaban desde temprano, al despertar, volvieron a asaltarlo. No tenía defensa contra los pensamientos insidiosos que él mismo producía. Pensó en las ratas, insatisfechas con el magro festín que habrían obtenido de la caja de provisiones. Pensó en todas las desdichadas criaturas que heredarían un planeta devastado y en las profundas mutaciones que sufrirían antes de adaptarse a las nuevas condiciones ambientales.

Por suerte el hambre lo llamó a otro nivel de sufrimiento. Sacó el vale y lo estudió atentamente. Era rosado, grueso y pesado; un mensaje claro como el agua había sido impreso al dorso: *material comestible*. No tenía mucho que elegir. Cortó el vale en ocho porciones iguales, separó tres de ellas y guardó las otras cinco en el bolsillo del pantalón. Antes de meterse el material en la boca supo que tendría gusto a frambuesa.

La imprevista carrera para huir del mozo lo había alejado de la fábrica. Sin embargo todavía era temprano; el madrugón provocado por las ratas y la omisión del desayuno habían pulverizado sus rutinas... y todos los músculos del cuerpo, casi atrofiados por la inútil espera de un cambio de vida. Tal vez la situación merecía una melodía, silbada a todo pulmón, pero no se le ocurrió ninguna.

Al llegar a la fábrica vio que una multitud de operarios se agolpaba frente al portón. Sobre los muros habían sido colocados carteles en los que se anunciaba el cierre de la planta. Las ratas lo predijeron con su febril actividad, y el no había sabido descifrar el mensaje: tras diecisiete años de esclavitud en esa maldita fábrica iba a debutar como desocupado. Uno de los carteles informaba que los obreros más antiguos cobrarían una especie de indemnización en bonos comestibles dentro de dos semanas. Dentro de dos semanas, pensó, las ratas serán las protagonistas de la historia. Las ratas o las cucarachas, eso no estaba definido por completo. Le parecía una tontería ser exageradamente optimista, aunque estaba seguro de que ninguna de las dos especies reincidiría en la comisión de errores tan groseros como los depósitos bancarios y las compras con tarjetas de crédito.



Empezó a caminar sin rumbo, alejándose tanto de la fábrica como de su casa. Al cabo de un rato se encontró en un barrio que no conocía, un lugar de casas nuevas, luminosas, recién construidas, y más casas aún, en plena construcción, sobre cuyas lozas, andamios y techos se afanaban albañiles sudorosos, con sus cuerpos oscuros brillando al sol. ¿A qué extraño mundo había venido a parar? Trató de aguzar la vista para confirmar si las figuras eran seres humanos o si, por el contrario, se trataba de hormigas gigantes, adelantadas de la invasión que pondría orden en un planeta desquiciado. Se le ocurrió que la lucha entre ratas y hormigas podía llegar a ser un espectáculo digno de verse. Pero tal vez todo era una alucinación. El calor de la mañana hacía reverberar el aire y resultaba casi imposible determinar con seguridad quién o qué trabajaba en esos edificios. De todos modos no le importaba demasiado. Su situación era tan precaria que la naturaleza de ese barrio de ensueño pasaba a segundo plano. Tal vez fuera un aborto burocrático, una certificación de que los herederos tomaban posiciones o un indicio de su propio desorden mental.

Se alejó de las casas caminando por una diagonal de árboles raquíticos. Era una prueba palpable de que la ansiedad de las hormigas no se moderaba ante la inminencia de la victoria. En el fondo no dejaban de ser simples insectos.

Desembocó en una plaza recién inaugurada: todavía pendían jirones de banderas y guirnaldas de los postes pintados de blanco y verde. En el medio de la plaza había una estatua ecuestre protegida por una cerca electrificada. Le hubiera gustado averiguar quien era el prócer homenajeado, pero el sol, una vez más, brillando con intensidad impedía tener una visión confiable del conjunto. Tal vez se trataba de una araña a caballo de una hormiga, aunque bien podía ser una simple ilusión óptica causada por el hambre y el calor.

Se sentó en un banco de madera pintado en arco iris, libre de inscripciones obscenas y corazones tallados a navajazos. Sacó otro rectángulo de frambuesa y empezó a masticarlo lentamente, como si se tratara de una idea ridícula. Si los bonos fueran de menta, pensó, no podría comerlos, porque la menta me produce arcadas; me moriría de hambre, igual que el pato encerrado en la caja fuerte, rodeado de lingotes de oro. La riqueza es un fenómeno relativo, como el fin del mundo. ¿Tenía sentido seguir pensando en eso cuando tantas especies se disputaban el planeta que los humanos habían destruido?

Luego de caminar horas y horas sin ver a un solo ser humano, decidió que se estaba moviendo en círculos. Como no tenía con qué marcar el banco trató de quebrar la rama de uno de los arbustos, pero no lo logró. Tal vez



fuera de un material nuevo, indestructible. O quizás el reino vegetal había entrado en la carrera por obtener el planeta vacante y estuviera empezando a producir especies más inteligentes, capaces de defenderse a sí mismas de las rémoras. El paisaje se resistía, como si el naciente mundo nuevo fuera tan refractario a sus deseos como el antiguo, el de la casa en ruinas, la fábrica cerrada, el mozo y los recuerdos carcomidos por la abulia y el fracaso.

A ciencia cierta ya ni siquiera sabía qué era eso de tener recuerdos. La memoria se alejaba del presente reptando por un túnel estrecho y tortuoso, diseñado con tal malignidad que en el primer recodo ya era muy difícil saber a ciencia cierta si el escenario pertenecía a un hecho vivido o era simple ilusión.

Cuando el sol empezó a declinar se internó en una calle levemente distinta, un poco más sucia, con casas viejas, manchadas por la decadencia. Sin demasiado dolor tuvo que aceptar que estaba perdido, que no sabía cómo regresar a casa y quizá, lo peor de todo, que ya no le importaba. Tras desperdiciar un día completo se le ocurrió pensar que hubiera sido más sensato ir en busca de otro trabajo, o dormir una siesta de muchas horas, de muchos años, como Rip van Winkle, abrigando la secreta esperanza de que el paso del tiempo acomodara un poco las cosas. Al despertar podría ser una rareza, un anacronismo en el planeta de las moscas mutantes, finas como bailarinas y cultas como griegos del siglo de Pericles. Ese pensamiento tuvo la virtud de abrir una nueva bifurcación: era la primera vez que pensaba en las moscas como herederas de la Tierra. ¿Y qué pasaría cuando considerara a los caracoles? ¿Por qué no perros y gatos y tortugas? ¿Demasiado contaminados por la proximidad con los hombres? Siempre creyó que la gente explotaba a los animales domésticos, por pura perversidad, aunque eso no se pudiera demostrar. En la hora final esa explotación parecía volverse contra las pobres mascotas, mientras que las criaturas perseguidas, marginales, resultaban las más aptas para sobrevivir.

Recorría las calles del último barrio del mundo. El aspecto ruinoso de las casas y la suciedad acumulada lo hacían sentir casi feliz. Observó que los materiales de construcción eran allí de lo más heterogéneo: chapa, madera, fibrocemento, cartón, telgopor y plástico. Había cualquier cosa menos ladrillos. De todos modos vio poca gente y siempre a la distancia. Los chicos brillaban por su ausencia, aunque, reflexionó, a quién se le puede ocurrir tener chicos en estos tiempos.

Le dolían los pies de tanto caminar, pero era justamente el dolor lo que certificaba su condición de estar vivo. Estar vivo, no *ser*. Pocas veces se logra dar en el blanco con una sutileza semántica.



Llegó a una plaza mal iluminada acuciado por la necesidad de hablar con alguien, de preguntar dónde se hallaba. No se atrevió a golpear la puerta de una de las miserables casas que bordeaban la plaza porque esa conducta no guardaba relación alguna con su carácter. Mi reino es la inacción, pensó, rumiar ideas y abortar iniciativas.

Ya se había puesto el sol. En la plaza y sus alrededores no se veía un alma, aunque en la penumbra se movían algunos bultos oscuros, que tal vez fueran parejas abrazadas, haciendo el amor, o cucarachas del tamaño de terneros; no tenía cómo comprobarlo. Caminó por el sendero de grava gris sin hacer ruido, avanzando a ciegas por el borde de una cornisa. Sintió miedo, y para ahuyentarlo trató de pensar en objetos y conductas familiares. Aún así percibió que la realidad se alejaba de él como si hubiera descubierto algo repulsivo en su cuerpo o sus ideas. Tal vez eso era consecuencia de que siempre se consideró injusta y perversamente premiado con la muerte de sus padres, en un imprevisto accidente, lo que le había permitido heredar el viejo departamento de dos habitaciones; de otro modo su lugar de residencia sería una plaza similar a ésta. Sí, definitivamente la realidad lo aborrecía. Estaba tan seguro de que sólo quedaba espacio para el suicidio... En un mundo que se devoraba a sí mismo, la muerte prevalecía como un atractivo cambio; una oportunidad extra para alguien que había agotado la vida dejándola intacta.

Arrastró penosamente los pies. La oscuridad le producía una vaga inquietud, una zozobra que desdibujaba el poder de la muerte. —¡Será de Dios...! —exclamó en voz alta, como para que los bultos diseminados por la plaza tomaran nota de su presencia, pero fue inútil: una quietud pétrea embargó las hojas de los árboles y cristalizó el aire. Dio un paso más, un último paso, tan torpe como cada uno de los anteriores, por lo que no lo sorprendió chocar con un bulto de gran tamaño que clausuraba todas las salidas. Se le ocurrió que si hubiera sido un perro habría tenido una buena excusa para patearlo. Nunca había pateado un perro, como el personaje de *La Edad de Oro*, y ahora que los animales amagaban con heredar la Tierra, reventarle las costillas a uno podía tener un dejo de revancha personal con aspiraciones de reparación colectiva. Pero si se trataba de un animal más grande y feroz... Definitivamente no asomaba como una buena decisión. Así y todo preparó la pierna, echándola hacia atrás. Sólo cuando el movimiento fue incontenible tomó en consideración la posibilidad de que el animal, perro o lo que fuera, debía estar muerto. ¿De qué sirve patear a un animal muerto? Era un acto vacío, sin categoría, morboso, teñido de connotaciones negativas. Pero era tarde para arrepentimientos: la punta del zapato entraba en contacto con el bulto.



Durante una fracción de tiempo inmensurable, miles de años subjetivos, no ocurrió nada. Después se desató el infierno. —¡Será de Dios...! —volvió a gritar. Para alguien tan poco afecto a los desbordes era como tocar el cielo con la lengua. No era un perro, ni otro animal, ni vivo ni muerto. Era una bomba, sí señor.

La explosión le arrancó la pierna a la altura de la rodilla, impulsando el miembro seccionado hacia arriba y afuera, haciéndolo girar en cámara lenta, como si tratara de ponerlo en órbita. La pierna giró y rotó antes de caer sobre el pasto produciendo un ruido sordo, laberíntico, ajeno al dramatismo que, supuso, debería haber expresado.

La luz de la explosión, en cambio, sirvió para modificar su criterio con respecto al paisaje circundante. La plaza estaba llena de cuerpos caídos, diseminados al azar por caminos y canteros, probablemente víctimas también de las minas arteralmente sembradas por las hormigas o las víboras. Supuso que las víboras eran los animales ideales para exterminar a los humanos mediante artefactos camuflados.

¿Por qué bombas? ¿Y por qué no? Había leído, antes de que leer los diarios se convirtiera en una tarea superflua, que se había conjeturado un colapso desatado a partir de una escalada de acciones terroristas. Sembrar las plazas de minas era un procedimiento tan eficaz para cosechar caos como envenenar el agua en las cisternas de la Costanera.

Durante esos ínfimos instantes de cegadora claridad creyó percibir un brote de febril movimiento, lo que le permitió imaginar un futuro promisorio, solidario, rodeado de víctimas del sistema dispuestas a luchar por sus derechos pisoteados. Pero la actividad cesó de inmediato. Las explosiones debían ser un lugar común en esa plaza singular y él, forzosamente, tenía que prepararse para recibir la inminente ola de dolor. Ya tendría tiempo, al amanecer, de ponerse en contacto con sus compañeros de infortunio.

Contempló la pierna con desapego, como si fuera un objeto ajeno: un adorno de terracota sobre una repisa, el gavlán en la percha. Es la derecha, constató. ¿Cuánto pesa una pierna? ¿Tres kilos? La levantó con una mano; parecía pesar mucho más, aunque la explicación podía ser que conservaba el zapato, la media y una parte del pantalón. Hasta ese momento hubiera jurado que las explosiones y los choques contra vehículos en movimiento arrancan los zapatos de los pies de las víctimas. ¿Y el dolor?

Todo el asunto estaba dominado por el absurdo. No había dolor, ni sangre. Si bien no se podía analizar frívolamente una tragedia como la que aca-



baba de ocurrirle, desde que el mundo empezara a desquiciarse todas las tragedias cotidianas aparecían desordenadas, sin progresión o seriedad. Era como si la lógica se hubiera fosilizado y toda su vida pasada empezara a ocupar el lugar de las alegorías y ficciones. En cambio la explosión sí tenía sentido: pertenecía a un continuo virgen, apenas contaminado por los vicios de la Humanidad; tal vez fuera un fresco que aún se estaba pintando, un relato bullendo en la cabeza de un cuentista... Pero él no podía aspirar más que a un triste papel de personaje. Probablemente terminaría confirmando que sólo era un muñeco de estopa, manejado a distancia por amos insensibles. Sin embargo, todo el esquema tenía su flanco positivo: no sentía dolor, no tenía hambre ni sueño. Recordó los rectángulos de frambuesa del bono como algo muy lejano y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

La noche se asentó como borra de café, una capa de miel oscura, suave, tibia. No tenía idea de la hora y la ausencia de Luna y estrellas tanto podía ser consecuencia de las nubes que se arracimaban sobre su cabeza como de una ceguera provocada por la pirotecnia de la explosión. Trató de oír algún sonido, o producirlo, pero descubrió que no resultaba. Debo estar muerto, razonó, ¿por qué no lo pensé antes? Conservo algunas sensaciones residuales, pero me iré apagando poco a poco, como una vela de sebo. Había llegado a congraciarse con la idea, considerándola una respuesta definitiva a sus interrogantes, cuando oyó el correteo de las ratas a su alrededor. El sonido de infinitas pezuñas tintineando sobre su cuerpo lo devolvió a la realidad.

—¿Qué le pasó, señor? —dijo una rata grande y negra a la que siempre había considerado el líder de las ratas que vivían en su casa.

—Una bomba, creo, o una mina —dijo, convencido de que la rata no necesitaría una explicación detallada y profunda.

—¿Se lastimó mucho? —dijo una rata pequeña y gris, nerviosa—. ¿Cree que podrá volver a casa?

—Me parece que no. —No se había planteado el asunto, aunque estaba casi seguro de que no podía volver. Tampoco serviría de nada: un inválido sería presa fácil de todas las alimañas. Estaban ansiosas por ocupar su lugar y no tendrían consideración.

—¡Ah! —exclamó la rata grande—. Hicimos bien en venir.

—¿Por qué?



—Vea, señor —dijo la rata grande—, nos molesta la hipocresía. Estamos convencidos, mis amigos aquí presentes y yo mismo, que la raza humana se extingue. Así que hemos venido a solicitarle, como únicos herederos naturales de todos sus bienes, que teste a nuestro favor, que nos ceda su propiedad, legalmente.

—Eso de *herederos naturales* está por verse —dijo una cucaracha negro brillante del tamaño de una palta—. Mi gente reivindica esos títulos para sí; estamos con el hombre desde que vivía en las cavernas. Todos saben que inclusive precedimos a la especie humana sobre este planeta.

—¿La cucaracha más antigua que la mosca? ¡Eso sí que es cómico! —La risa de la mosca zumbó en la madrugada y sólo se interrumpió ante el crujiente carraspeo de la hormiga.

—No creemos —dijo la hormiga— que este asunto pueda plantearse como una cuestión de antigüedad. Ser apto es más relevante que haber estado mucho tiempo en el mismo sitio. En lo inmediato hablamos de la casa de este hombre, pero de algún modo lo estamos convirtiendo en el símbolo del cambio que sufre la totalidad del ecosistema.

El hombre se había dejado cautivar por el discurso de la hormiga, aunque por alguna razón cuya lógica se le escapaba, decidió que no debía quedar al margen. Como representante de la especie que había dominado el planeta durante cientos de miles de años, tenía derecho a elegir a sus herederos.

—Leí en alguna parte que las nutrias serían los animales más adecuados para heredar la Tierra —dijo mientras trataba de dominar a todos los animales que lo rodeaban con un gesto severo. Pero no tardó en advertir que no le prestaban atención. Las hormigas querían imponer la idea de la organización, las cucarachas la de la antigüedad y las ratas la de la fuerza como ley fundamental.

—¿Cómo funciona esa ley? —preguntó ingenuamente la araña.

—¡Ahora van a ver cómo funciona! —replicó una rata blanca. Las ratas operaron coordinadamente, lanzándose al unísono sobre los otros animales, engulléndolos en contados segundos. Cuando se sintieron dueñas de la plaza, ahítas y jadeantes, se acurrucaron, amontonándose unas sobre otras.

—Me gustaban más las hormigas —dijo el hombre—. ¿Por qué, en mi casa, que estaba invadida por toda clase de alimañas, nunca hubo hormigas?



Las ratas se miraron entre sí. De ser anatómicamente posible se hubieran encogido de hombros.

—Trajimos los papeles —dijo la rata gris.

—Las hormigas son más organizadas —insistió el hombre sin mirar las escrituras que presentaban las ratas.

—¿Va a firmar o no? —dijo la rata blanca, irritada.

—Este planeta sucumbió porque los humanos fomentamos el caos. Nosotros pretendíamos ser animales sociales, pero jamás hicimos nada por el prójimo. En cambio las hormigas se ayudan entre sí de un modo admirable, todo el tiempo. Las ratas son capaces de comerse unas a otras; son demasiado parecidas al hombre.

—Entonces, ¿no nos va a legar el departamento?

—Las hormigas y los grillos deberían asociarse. Formarían un equipo interesante. Las hormigas están construyendo barrios nuevos; no tratan de usurpar las casas de los hombres, ni imitan sus costumbres. Las hormigas no pondrían bombas para conseguir una pierna amputada y un zapato maloliente a los que adorar.

—¡Nadie adora piernas amputadas y zapatos malolientes!

El amanecer despuntaba, limpiando la plaza de bruma y grises. Las ratas comprendieron que era inútil seguir discutiendo con el hombre y se retiraron reprochándose los errores estratégicos cometidos. Habían exterminado a sus rivales, pero no se habían acercado ni un centímetro al objetivo. La lucha por el planeta que la raza humana descartaba ni siquiera había comenzado.

—Se olvidan los papeles —gritó el hombre.

El ciclo se cerraba. Había empezado y terminaba con las ratas. Unas ratas muy distintas a las que había conocido y temido en su infancia. Él también había cambiado, de sol a sol.

Se acomodó la pierna como pudo y pidió a voz en cuello que le proporcionaran aguja e hilo para unirla al muslo. Alguno de los que lo rodeaban, víctimas como él de las ratas y los usureros, de los mozos de los bares y de las minas anónimas, lo ayudaría a reparar la pierna.



Si alguna vez me despierto, reflexionó, voy a soñar con un cuerpo de verdad, libre de estopa. Y voy a ayudar a las hormigas y los grillos para que sean las especies dominantes. Podría demostrar que la vida es algo más que autopistas atestadas, consumo de basura y ganas de morir a cada rato.

Ahora la pierna le dolía. Se puso de pie con dificultad y caminó renqueando hacia el este. Saludó a las víctimas de las bombas, pero no le devolvieron el saludo. Al llegar a la calle descubrió el motivo de la hostilidad de los otros seres humanos: millones de grillos y hormigas, formados en columnas tras él, daban una respuesta efectiva a sus ilusiones. Intentó silbar la bendita melodía una vez más y lo logró; el sonido, agudo y chato, se formó en sus labios y descendió caracoleando. Los insectos no tardaron en hacer coro. Pronto fueron una fuerza incontenible marchando hacia la luz. Aunque, en rigor a la verdad, era mejor que las hormigas permanecieran calladas: desafinaban.

Ó Sergio Gaut vel Hartman

Sergio Gaut vel Hartman nació en 1947, en Buenos Aires. Se crió en un barrio llamado Floresta, donde vivió hasta los 10 años. Durante su infancia escuchó tantos programas de radio y vio tantas películas de todo género que ha terminado por suponer que esos fueron los disparadores de sus gustos literarios, aún por delante de la lectura misma. Hacia fines de la década de los sesenta había escrito media docena de relatos, los mismos que, corregidos y vueltos a corregir terminaron pareciéndole legibles y se fueron publicando en los años siguientes.



DESPERTAR

por Francisco Ruiz Fernández

Un zumbido constante, sordo y abrumador llenaba mi cabeza. Esto parecía la resaca más fuerte que nunca hubiera sufrido. Nada más que con unas sutiles diferencias respecto a otras: no recordaba haber bebido nada, y que me había despertado en el trabajo. La situación, de no ser en extremo alarmante ya que peligraba mi puesto, en otro momento podría ser incluso cómica. No recordaba cómo había llegado a quedar así, aquí.

Poco a poco me percaté de mi estado: yacía tendido –de manera bastante desmadejada, por cierto– en el suelo. Giré la cabeza, pero ese simple movimiento incrementó más aun la terrible jaqueca. El dolor era insoportable. Necesitaba una aspirina, y ya. El mero hecho pensar en la medicina me llevó a percatarme de algo mucho peor, más intenso que los aguijonazos que parecían atravesar mis sienes: el hambre. Antes de tomarme la pastilla, previendo un resultado aun peor de la acción del producto químico, debía llenar mi estómago. El pobre lanzaba gemidos, famélico y desesperado. Su agonía provocaba espasmos en todo mi cuerpo. Notaba cómo mis brazos y piernas golpeteaban el suelo, presos de convulsiones. Afortunadamente, de manera paulatina, estas fueron desapareciendo.

Pero para entonces una nueva certeza acosaba mi mente: todo parecía distante, extrañamente remoto, como si estuviera dentro de una burbuja de grueso cristal. Nada más que en este caso la burbuja estaba hecha con mi propia materia. La contundencia de esa impresión de lejanía fue entrando de manera paulatina a través las ascuas ardientes de mi cerebro. Me sentía como acartonado. Sabía que mis manos acariciaban la moqueta de la oficina, que mis dedos palpaban el suave rizo de la misma. Pero ese tacto surgía distante, remoto, como si entre las yemas de mis dedos y el resto del mundo distara un abismo. Un abismo gélido. El frío, que al principio no había apreciado por el dolor de cabeza, avanzaba de fuera a dentro, devorando mis nervios, mi médula, mi propio cerebro. Me sentía completamente aterido, con su gélido tacto como único compañero. Hubiera deseado por todo lo sagrado que se hubiera alejado de mí.

Dolor de cabeza, frío polar, sensación de encapsulamiento. Hambre.

Extraño, en verdad todo esto resultaba de lo más extraño.



Pero tenía que admitir que esa extrañeza quedaba eclipsada por el hambre: devoraba mi estómago, corroyendo como ácido mis entrañas. La necesidad de alimentar a la bestia que se ocultaba agazapada en mi interior fluía como un veneno por mis venas. Mi cerebro nada más albergaba una idea, una necesidad: comida. La bruma iridiscente de la resaca se retiraba ante la imparable marea del ansia. Necesitaba comer. Debía calmar la quemazón de mi estómago. Lo demás no importaba. Nada.

Abrí los ojos. Sin saber por qué hasta ese momento los había mantenido cerrados. ¿Miedo a lo que descubriera? Puede que sí. Con razón: no me había vuelto ciego, pero la idea de *cataratas* me acudió a la mente al descubrir la manera en que percibía lo que me rodeaba. Toda la oficina estaba borrosa, envuelta en una neblina etérea e indefinida. Para acrecentar la confusión, las luces del techo parpadeaban como si racionaran su torrente de luz, egoístas. La oficina se había transformado en un baile de sombras oscilantes, una danza que dificultaba aun más mi percepción de cuanto me rodeaba. Las mesas se habían convertido en masas amorfas de ángulos mal definidos, las sillas en imprecisos borrones de oscuridad, con todo hecho una especie de acuarela dibujada por un loco. Incluso los colores parecían haber cambiado, estando ahora recubiertos por una pátina ocre.

Daba igual. Mi dueño, el hambre, flagelaba mi cuerpo con su látigo, lleno impaciencia.

Traté de levantarme. Dos veces. La primera descubrí que tenía todos los músculos completamente descontrolados. Pero al final lo conseguí. Debía haber permanecido horas tumbado. Tenía todos los músculos adormecidos, anquilosados. Mis movimientos eran, más que fluidos, húmedos. Me sentía como si me hubieran sumergido en una piscina, y me obligaran a andar a dos metros bajo la superficie. Apoyé mi cuerpo en la más cercana de las masas difusas: al tacto comprobé que se trataba de una mesa. Respiré hondo, como para darme ánimos, y me encaminé a la salida de la oficina.

La impresión de estar sumergido se me hizo por completo evidente con esos pocos metros de recorrido. Notaba las piernas pesadas; arrastraba los pies, agotado. Incluso el, en otros momentos maquinal, movimiento de los brazos para acompasar a las piernas ahora me parecía imposible: ambos caían laxos a los costados, bamboleándose como dos enormes gusanos, flácidos y sin vida. Traté de alzarlos: pesaban como plomo. Todo mi cuerpo parecía hecho del vulgar metal. Una vez con las manos tendidas hacia delante, decidí mantenerlas así para evitar posibles golpes mientras avanzaba. Debía avanzar, salir de la oficina hacia... ¿dónde? Por un instante, denso y ominoso, no supe cual podría ser es destino. Pero mi estómago gimió: la cocina,



comida. No comprendía la razón de mi estado, pero lo cierto es que por encima de todo me poseía esa ansia, esa necesidad de comer.

Avancé. Las tinieblas del sector de oficinas me acompañaron al pasillo. Aquello más parecía un paraje de pesadilla que un complejo de alta tecnología. ¿Dónde estaban todos lo demás? El recinto parecía desierto. Formas de lo más variado parecían surgir como hongos del suelo. Más de una y más de dos veces tropecé con ellas, incapaz de esquivarlas. Palpaba como un ciego, pero mi falta de inexperiencia no me libraba. Mi estado era lamentable. Ciego, y quien sabe si sordo. El silencio me estaba volviendo loco. Por primera vez en mi vida me veía aislado de todo cuando me rodea.

La idea de que estoy afectado por una enfermedad súbita vino a mi imaginación, pero la desestimé al instante. De ser así ahora mismo reposaría en una de las camas de la enfermería. Sin embargo, mi despertar me recordaba al de un desmayado: desconcertado, desorientado, en medio de cualquier sitio. Pero siempre que uno se desmayaba vuelve a la consciencia arropado por algún compañero o compañera, alguien que había cuidado de uno durante los instantes de ausencia. Pero no me había despertado con la cabeza reposando en el regazo de nadie. No hubo palabras de consuelo, de calma, cuando volví del mundo de las tinieblas y el Olvido. Nada más estábamos la soledad y yo.

No recordaba el momento de mi caída. Como tampoco los instantes previos. ¿Hasta dónde llegaba mi memoria? Sí, había acudido a la oficina. Me había sentado en mi silla, ante mi terminal. Varios informes reposaban junto al monitor: más peticiones de material –para variar, desproporcionadas– de la gente de los laboratorios de biología, un par de solicitudes de equipos NBQ. Todo volvía a mi mente, de un modo trivial, mas sin aportarme pistas de la razón de mi actual estado.

Mary. Había llegado más guapa que nunca a la oficina. Desde mi puesto podía contemplar su espalda desnuda, sobre la que caía su cabello liso y brillante, negro como azabache. Aquella mujer, vestida siempre de negro, me había atraído desde mi primer día en el complejo. ¿Dónde estaría ahora?

Mi despertar había sido *tan* solitario.

Mary, con aquella recargada cruz de plata colgando siempre entre sus delicados y pequeños pechos. Mary. Meses tras de ella, hechizado, embelesado. Y ahora quien sabe si ella también estaba perdida en esta pesadilla de brumas e indolencia. Indolencia nada más en cuanto a los sentidos físicos, ya que en mi corazón aun bullía la pasión, la adoración hacia su imagen. Ese amor que devoraba mi alma, ansioso de su contacto, de sus caricias...



Pero, si bien mi necesidad de ella era algo constante, ahora mismo la superaba algo muchísimo más primario: el hambre. Mis entrañas se retorcían, ansiosas de ser rellenadas. Un famélico espíritu me dominaba, arrastrándome como un alma en pena a través de los corredores. Yo ya no era yo, sino mi hambruna.

Y de repente lo percibí. Leve, distante, pero allí estaba, acariciando mis fosas nasales como un canto de sirena. El aroma de comida.

Era consciente de mi torpeza. Mi vista no mejoraba. Pero todo eso daba igual: necesitaba comer. Avancé a trompicones. Cuando caía me arrastraba; luego me alzaba, inseguro como un bebé; proseguía hacia mi meta, dando bandazos, recostándome contra las paredes cuando veía que estaba a punto de perder el equilibrio. Sea como fuere, lo único importante era acortar la distancia que me separaba de la comida. El olor se intensificaba con cada puerta que abría, con cada habitáculo que dejaba atrás, con cada nivel que ascendía.

La comida estaba ya casi al alcance de mi mano. Sabía aquella mancha informe se trataba de una puerta, que tras ella esperaba mi ansiado premio: comida.

Pero en ese momento mi soledad desapareció. Noté a mi derecha un empujón, no rudo pero sí contundente. Giré la cabeza en esa dirección. Una figura, borrosa pero sin duda humana, andaba junto a mí por el pasillo. Ambos teníamos un claro objetivo: esa puerta que ocultaba la comida, escasos metros atrás más allá. Él se convirtió en mi rival. Estaba allí, junto a mí, pugnando por adelantare. Giré de nuevo hacia él y le gruñí, amenazador. Intenté estudiarle a través de la bruma de mi visión: iba vestida de negro, con el pelo del mismo color. Algo brillaba en su pecho. Por un momento pensé que se trataba de Mary, pero esa idea huyó de mi mente cuando un gemido, bajo y ronco, surgió de su garganta. Ella no poseía esa voz tan horrible: la suya sonaba como un canto de ángeles –ángeles siniestros–, como los que tenía por costumbre dibujar mientras hablaba por teléfono. Únicamente era alguien que trataba de robarme *mi* comida.

Lancé un manotazo, con más intención que destreza. Quizá todo fuera suerte, pero se lo había propinado en el momento más oportuno, seguramente entre paso y paso. Desequilibrada, la figura cayó al instante por los suelos. Desde su lastimosa posición lanzó un nuevo lastimero gemido, esta vez algo más agudo.

Miserable perdedor, púdrete, pensé triunfante.



Ya tenía al alcance de la mano el pomo de la puerta. Tiré de él y una fragante oleada saturó mi nariz: comida. Me abalancé hacia el origen del olor. Mi estomago, excitado, me provocó un espasmo tal que me vi obligado a apoyarme en la pared para no caer. A mi espalda notaba la presencia de mi competidor, atento a mis actos, avanzando sin parar. Si caía me superaría y se apoderaría de la comida.

Y debía ser mía, sólo mía.

Escuché otro grito, esta vez ante mí. Parecía proceder del sitio desde el que procedía el olor de comida. ¿Podría haber ya alguien comiendo mi recompensa? No lo toleraría: era mío. Acelaré el paso.

De improviso, sentí unos empujones en el pecho, unas estocadas que me echaron hacia atrás con brutalidad. A cada uno de los golpes le acompañaba un estampido sordo. Me vi obligado a dar un par de pasos atrás, impelido por la fuerza de los empujones. Retrocedí, sí, pero mi furia avanzó. Alcé los brazos, sin hacer caso a los golpes: nada más quería una cosa, mi comida. Palpaba, aferraba el aire buscando con desesperación y furia incontenida mi premio. No permitiría que me la quitaran. El hambre me devoraba: me recorría las venas como si fuera mi propia sangre. Rugí. Sabía que la comida estaba cerca, muy cerca. Rugí de nuevo. Escuché el eco de otros rugidos, tanto a mi espalda como delante. Ante mí, a escasos metros, había una forma. Borrosa, como todo lo demás, pero fragante hasta la locura. Comida.

Debía ser mía. Me abalancé sobre ella, babeando sobreexcitado.

Un nuevo estampido, un nuevo empujón, esta vez en mi frente. Noté con extraña lentitud cómo trastabillaba, cómo caía de espaldas sobre algo: quizá mi anterior rival. Ya poco me importaba. Notaba como mi masa cerebral se derramaba de mi cráneo reventado. Sentí un amodorramiento, un cansancio colosal. Relajé cada músculo, agotado. Había realizado un enorme esfuerzo desde que me levantara, minutos (¿horas quizá?) atrás. Necesitaba descansar. Cerré los ojos y traté de dormir. ¿Despertaría otra vez?

© Francisco Ruiz Fernández

Txisko, además de escritor, coedita junto a Santiago Eximeno [Oliphoth](#) y el blog [Eterno](#), la contraparte de [Efimero](#), blog llevado por Santi. Recientemente, ha lanzado un nuevo proyecto editorial llamado [Ma-Ycro](#). También le gusta el cómic y de hecho le han publicado en *Manicomic*, el primer fanzine de este género en Cantabria.